

# IBÍDEM

REVISTA LITERARIA DIGITAL



JULIO 2020  
MÉXICO

NO. 14



Foto de portada: Ricardo Zela  
IG: @alex2n8

Editores (IG):  
@leosaurio.rex  
@dianalugo.\_  
@alex2n8

Julio 2020  
Número 14  
IG: revistaibidem

## Índice

Ilse	1
El familiar	3
Transparencias	6
El espejo de cristales rotos	9
Amarte	11
Asesinar tu amor	12
Con el silencio	13
Gorrión	14
Sobre el pequeño Jardín (en “la calle de los pájaros”)	16
Réquiem del retrato	17
Si yo	18
La vida	19
El adiós	21
Las callecitas de Buenos Aires	22
27 años, 27 oraciones, 27 puntos	24
Sola	25
Sentidos	27
La bala	28
La niña	31
Desaparecida	31
Enfermos	32
Agua y vino para la cena	36
Plumas pesadas	36
Dolor de cabeza	37
Paralelo de un imposible	39
El camino sin final	40

A media calle	41
El basural	42
Lancha azul en puerto seco	44
Todas las cosas	48
Ojos de sal	50
Cuarentena	52
Amar	55
Estallido social	56
Nuestra historia	57
Conflagración	58
Inmoral	59
El autor que fenece al escribir	60
Reina del agua	62
La página final	62
Rumbo a Ítaca	65
La muchacha de la playa	67
La chica de los bosques	68
Poema s/t (Susana Corullón)	70
En blanco	71
El hogar del hogar	72
Iluminación	74
A flote	74
El domador	75
Microcuento de Insectos y gusanos	76
La joya lírica	77
Si me convierto en fantasma	78
El diagrama de Chetes	81

Rumor de Senryus: Ráfagas	83
Solsticio	85
Neblina	88
La herida de Salamandra	91
La Camella	94
La línea	97
Mirada nácar	98
Nunca mirar al espejo	99
El sueño de Eli	101
Eterno retorno	103
Todo por ella	104
La Divinidad, o Dios: ¡celebrando la divinidad!	105
Ganas de joder a las estatuas	107
Martha	108
Mi patria es una fotografía	111
Triste final	112
El amor no existe	114
Ginkgo	117
Escombros	119
Como cualquier otro animal mudamos de piel	121
¡Destruyelo todo!	122
Manifiesto sobre el reino de los reflejos en fotografía	123
Ficción	126
Tormenta local	127
Odiosa llegada	128
Sólo son niños	130
Luz y carne	131

Diana Lugo

20 años

México

## **Ilse**

Tenía 5 años cuando conocí a Ilse, me encontraba jugando en el patio de la vecindad donde vivía cuando ella se acercó a preguntarme si podía prestarle un carrito de madera, de esos coloridos. Cuando la vi me pareció una niña muy chistosa, tenía puesto un vestido azul, un par de zapatos negros y unas calcetas blancas pero sucias, también tenía dos coletas doradas sobre la cabeza rubia, un poco chuecas ahora que lo recuerdo. Como yo era un niño muy amable dejé que jugara conmigo, le presté mi carrito favorito, el rojo, y jugamos a que sus muñecas lo manejaban en busca de alguna aventura.

A partir de ahí, ella se convirtió en la mejor compañía que pude tener en esa vecindad tan pequeña y sucia, pero que bien o mal era mi hogar. Todas las tardes Ilse venía con sus muñecas y con los carritos que había comenzado a pedirle a sus papás para jugar conmigo, nos divertíamos imaginando que los cochecitos volaban y que podían llevarnos incluso a la luna.

Un día mientras sacábamos de su envoltura un nuevo juguete, le pregunté si creía que fuera cierto lo que decía la bolsa, esas frases engañosas que hacen que quieras comprarlo; ella me respondió con otra pregunta:

-¿Si es cierto qué?

-Eso que dice ahí

-Es que no sé qué dice, ¿qué es eso?

Fue entonces que me percaté de que ella no sabía leer, que no conocía las letras ni sabía escribirlas, mi curiosidad aumentó debido a eso y comencé a hacerle muchas preguntas de cuyas respuestas concluí que ella nunca había ido a la escuela, que no le habían enseñado las letras y mucho menos sabía leer.

La envoltura del juguete sólo despertó su interés porque me pidió que le enseñara a leer, yo accedí y desde entonces cada tarde después de la escuela iba con ella y le enseñaba todo lo que aprendía, le enseñé las letras de la A a la Z y después aprendió a leer hasta mejor que yo. Pasó mucho tiempo antes de que mi mamá me preguntara dónde pasaba todas las tardes, pues casi siempre estaba trabajando y sus ratos libres los usaba para dormir, pero un día notó mi ausencia y me cuestionó:

-¿A dónde vas todo el tiempo?

-Aquí afuera, mamá, a jugar con Ilse

-No digas mentiras, aquí no vive nadie con ese nombre

Yo no le hice caso a mamá y pensé que pasaba demasiado tiempo fuera como para saber quién vivía en aquella vecindad. Ilse creció conmigo y a pesar de eso nunca supe más que su nombre, sólo teníamos 5 años y no nos importaba más que jugar y reír, y eso hacíamos todo el tiempo, aunque ahora ya no con 5, sino con 15 años.

A veces, cuando leía en voz alta yo la admiraba y veía en sus ojos la magia de los cuentos y los poemas que recitaba, veía sus pupilas brillar con cada verso de amor que leía, aunque ni siquiera supiéramos qué era el amor. De cualquier modo, yo sabía que ella era especial, pues en ningún lugar me sentía con más calma que cuando la veía sonreír.

No podía encontrar ninguna explicación a mi sentir, a pesar de que sabía que eso no era normal, no contaba con el consejo de mi mamá, ya que como siempre, estaba ocupada. Los días iban pasando y jugar nos aburría, yo le proponía ir al parque e incluso la invité por un helado alguna vez, pero ella por alguna razón nunca quiso salir del lugar donde vivíamos, así que me resigné a ello.

Ilse me gustaba, y me gustaba mucho, sentía que cuando estaba cerca de ella nada malo podía pasar, me sentía invencible, sin embargo, aquellos días ya no eran lo mismo, pues de pronto dejé de encontrarla, ya no jugaba más conmigo, un día no vino y yo pensé que estaría ocupada o que no había podido salir y decidí buscarla. Entonces

me percaté de que no tenía idea de dónde ir, no conocía más que su nombre y a pesar de saber que vivía en el mismo sitio, encontrarla fue imposible.

Yo la busqué como un loco, pregunté en cada casa a cada persona que veía pero todos me dijeron que no conocían a ninguna niña con ese nombre, que tal vez me había confundido pero yo sabía bien que eso no era posible, que Ilse me leía cuentos y me recitaba poemas, que ella tenía que estar en alguna parte.

A pesar de buscarla por todos lados, sólo volví a verla en mis sueños, jugando con el carrito rojo, su favorito. Es hasta hoy que entiendo lo que pasó, Ilse existía, desde luego, pero sólo para mí.

---

Ronnie Camacho Barrón

26 años

México

## **El Familiar**

—¡Nos encontró, ¿Qué hacemos?, ya no hay a dónde ir! —grita Raúl, mi mejor amigo, sin apartar la vista de la siniestra criatura que por tanto tiempo nos ha estado siguiendo.

—Tenemos que pelear, no hay de otra —comienzo a buscar cualquier cosa con la que pueda defenderme.

—¡No vamos a poder ganarle! —

—¡Eso no importa!, ya me cansé de huir, esta noche terminaremos con todo —agarro un palo y mientras me preparo para lo peor, repaso en mi cabeza cómo fue que llegamos a este punto.

Todo comenzó hace un par de meses, desde que tengo memoria mi amigo Raúl y yo crecimos temiendo a doña Teresa, una anciana que vivía en nuestro barrio, en una



inmensa casa y sin ninguna otra compañía, más que un enorme y negro perro faldero que cada noche sacaba a pasear.

Realmente, nunca ninguno de nuestros vecinos se tomó el tiempo para conocerla, pero todos alguna vez, llegamos a escuchar, los rumores que pendían sobre ella, rumores que contaban la historia de una mujer pobre que ansiosa de riquezas hizo un pacto con el diablo y a cambio de cumplir con sus más banales deseos, no dudó en sacrificar las almas de su propio esposo e hijos.

Por mucho tiempo Raúl y yo discutimos la veracidad de esas historias y tras unas cuantas cervezas, encontramos el valor suficiente para ir a comprobarlas.

Como pudimos, nos brincamos la barda que servía de frontera entre su casa y la calle, tuvimos cuidado de no encontrarnos con el perro y con una palanca, destruimos la cerradura de la puerta delantera y nos adentramos en su hogar.

Aún sin saber si la historia del pacto con el diablo era cierta, una cosa era verdadera, aquella mujer tenía dinero y para probarlo estaban las múltiples fotografías que reflejaban sus viajes por el mundo, las decenas de muebles antiguos y bien cuidados, y los cubiertos de plata pura que guardaba en la despesa.

Cuando comenzamos a pensar que todo aquello no se trataba de nada más que de simples chismes, el sonido de un golpe seco llamó nuestra atención.

Pronto más golpeteos le siguieron y guiados por la curiosidad, los seguimos hasta hallar la fuente en el sótano de aquella casona.

Rodeada por un círculo de velas rojas y los cadáveres de gallos negros decapitados, se encontraba Doña Teresa, armada con un cuchillo y un aparente transe del que salió tras un grito ahogado de Raúl.

Comenzó a confrontarnos, exigiendo saber ¿Qué hacíamos ahí y cuanto habíamos visto?, pero antes de que siquiera pudiéramos responder se abalanzó sobre nosotros y trató de asesinarnos con su cuchillo.

Logró herir a Raúl en el hombro y tras un violento forcejeo, le arrebaté el puñal, y sin darle opción de que pudiera volver a defenderse le clavé el arma justo en el corazón.

A la par que un chillido de dolor salía de ella, un potente aullido proveniente del piso de arriba hizo temblar la casa y no cesó, hasta que la mujer que por años había sido la causa de nuestros miedos, murió frente a mí.

Aún con las manos llenas de su espesa sangre y sin comprender nada de lo que había pasado, levanté a mi amigo y juntos salimos huyendo de la casa.

No fue hasta que me detuve para ayudarlo a saltar la barda, que me percaté de su presencia, aquel perro negro que servía de compañero de la ahora occisa anciana nos observaba desde la entrada de su casa.

Lo había visto miles de veces antes, siempre fue un perro calmo, pero ahora lucía distinto, pues no dejaba de mostrarnos sus afilados colmillos a la par que gruñía feroz y nos dedicaba, una pesada mirada que denotaba una sobrenatural inteligencia y que no parecía albergar nada más que un profundo odio.

Sin hacerle mucho caso continuamos la huida y aunque Raúl insistió con correr a buscar un hospital para atender su herida, yo se lo impedí pues si alguien llegaba a ver la sangre que ensuciaba mis manos, pronto sabrían lo que habíamos hecho.

Tras darle unos rudimentarios primeros auxilios, tomamos todo lo que pudimos y esa misma noche nos fuimos de la ciudad.

Condujimos hasta bien entrada la madrugada y mientras recorríamos la carretera que nos llevaría a la ciudad vecina, el inmenso perro apareció en medio del camino, la sorpresa de verlo de nuevo hizo que perdiera el control del volante y termináramos saliéndonos de la carretera.

Por muy poco fue que logramos salir vivos pero nuestra suerte no duró tanto, ya que nos esperaba aquel extraño animal que desde el otro lado de la carretera amenazantemente se acercaba a nosotros y mientras buscaba algún objeto con el cual pudiera alejarlo, el perro hizo algo que jamás creí que vería, habló.

“Mataste a mi bruja y como su familiar, es mi deber vengarla” pronunció con una voz cavernosa antes de saltar sobre mí.

Pero antes de que siquiera pudiera ponerme una pata encima, los primeros rayos del sol aparecieron en el horizonte y tras tener contacto con su pelaje, este comenzó a quemarse.

Al ver que no lograría su cometido la criatura retrocedió, no sin antes advertirnos, que no descansaría hasta matarnos.

Hemos huido desde entonces, cuidando cada uno de nuestros pasos, pero estamos tan cansados que, sin darnos cuenta, cometimos un error y sin más alternativa, terminamos escondidos en una pequeña ermita en medio de la nada.

Aquella siniestra cosa nos ha seguido hasta aquí y desde la sombra de un árbol, atenta, espera que llegue la noche para por fin venir por nosotros.

Faltan pocos segundos para que anochezca y sin importar lo que suceda, tengo el único consuelo, de que al final de esto, ya no tendré que correr.

---

Daniel Canals Flores

47 años

España

## **Transparencias**

Un águila volteaba por encima de sus cabezas intentando elegir una posible presa. Tras observarles con atención, giró su plumífera cabeza con indiferencia; aquellos cabrones eran demasiado grandes para transportarlos hasta su nido. Henry Chinaski y el Führer se observaban en silencio; ninguno de los dos sabía con exactitud cómo romper el hielo.

Adolf entrecerraba ligeramente sus ojos como tratando de recordarle. Henry bebió un largo trago de schnapps y le pasó la botella al Führer, aunque este rehusó su invitación:

—Parece que nos han condenado a entendernos. Quizás estamos en el infierno... — comentó tras azotarse el lingotazo.

—¡Nein! ¡Patrañas! Dios no existe y el Diablo menos.

«Tú sí que fuiste un buen demonio», pensó Chinaski fugazmente, antes de proponer:

—Creo que es mejor empezar desde el principio. Aunque, difiramos en nuestras concepciones intelectuales, estoy seguro que podemos encontrar algunos puntos en común.

—¡Jawohl! —exclamó el canciller.

—Una vez, en la universidad, me hice pasar por nacionalsocialista, ¿sabe? —explicó Chinaski.

—Yo fundé el nacionalismo —respondió Adolf con tono solemne y una mirada brillante y soñadora.

«Esto debe ser una especie de autopsia histórico-psicológica —pensó de nuevo Chinaski, a la par que una ráfaga de viento provocaba el tener que subir el cuello de su raída chaqueta—. Menos mal que me han dejado mi viejo gorro de lana». Si aquel lugar en el que se encontraban no era el Berghof, se le parecía mucho: hacía el mismo frío alpino. Sin buscar la aprobación de su interlocutor, volvió a tantear la botella para calentarse un poco.

De repente, y sin venir a cuento, Hitler dijo con aspereza y un cierto deje de amargura en la voz a la par que fruncía el ceño:

—Mi padre me pegaba.

Al escuchar la inesperada e íntima confesión, Henry decidió tutearle:

—Del mío solo te diré que era un auténtico hijo de puta, un malnacido rijoso.

Un pastor alemán apareció de la nada situándose a los pies de Adolf. Al acariciar la cabeza de aquel magnífico ejemplar, su rostro pareció suavizarse un poco, momento que Henry aprovechó para decir orgulloso:

—Yo tengo la casa llena de gatos.

Por el mismo sitio por donde había aparecido el perro, asomó una jovencita rubia, alta, guapa y de buena constitución, portando una bandeja con un servicio de café. Sin decir una sola palabra, le sirvió una taza al caudillo y regresó contoneándose. Era Eva Braun, la amante de Adolf. Henry, sin dejar de admirar su retaguardia, dijo:

—Te cuidan bien Adolf; yo, en cambio, no tengo suerte con las mujeres. La mitad de las que he tratado están locas... la otra mitad, también.

—La mayor parte de la Humanidad es repugnante —acertó a decir Hitler mientras alisaba el pantalón de su uniforme tratando de eliminar una pelusa imaginaria.

Llevaba el pecho lleno de condecoraciones y el bigote algo encanecido pero bien recortado; como en las fotos de los libros de texto, más o menos, poco antes de perder la guerra. Aquello tampoco podía ser *realmente* el “nido del águila” ya que los aliados lo habían dinamitado para evitar su conversión en un lugar de peregrinación por parte de sus adeptos.

—El problema es que no nos queremos *de verdad*. Realmente, preferimos malvivir como alimañas en vez de seres humanos —contraatacó el escritor maldito.

—Mis alemanes no *eran* humanos, estaban hechos de acero forjado en la cuenca minera del Ruhr.

A Henry no se le escapó el tiempo verbal utilizado; confirmaba que la situación era ucrónica y extracorpórea, aunque el frío que sentía aún le hacía dudar.

—Ambos somos alemanes, yo, de nacimiento y tú por convicción. Nací en Andernach, ¿sabes? —aventuró.

—Al observar tu desaliñado aspecto pensé que eras un vagabundo. Uno de esos trotamundos, tan abundantes en Norteamérica, que cruzan el país de un extremo a otro y luego vuelven a empezar en dirección contraria —expuso Adolf con tono sincero.

—No te equivocas, soy un vagabundo de las estrellas. Aunque, lo de ir arriba y abajo no es lo mío; prefiero desplazarme en mi nuevo Porsche.

—Ese era el ingeniero que diseñaba los motores de mis tanques —precisó Adolf al mismo tiempo que cambiaba de tema—. No vencimos, pero no me dejé atrapar, ¿sabes?

¡GROOOOOOARKKKK! La conversación se vio interrumpida por un graznido lejano. En una bruma, una misteriosa transparencia invadió la escena diluyendo a los personajes, el perro, la casa, las cumbres cercanas y hasta el águila.

---

Max Haro Díaz

Perú

### **El espejo de cristales rotos**

Es domingo. La lluvia golpea los cristales de mi ventana con gordas y pesadas gotas de cárdeno otoño. Me levanto y asomo mis consternados ojos en dirección a la calle. El blanquiceleste cristal está empañado por una incierta humedad de pálido vaho oscuro. Con apuro, paso mi mano derecha hasta dejarlo muy limpio y transparente. Afuera, el viento sopla con fuerza entre las madeselvas y los geranios rojos y blancos de mi balcón. Un frío helado me sobrecoge y lentas gotas de sudor salino recorren mis impávidas mejillas hasta caer al suelo. Miro el reloj con asombro. Es la hora 9:11 pm. De alguna manera mi sombra se refleja en un claro de la pared despintada de la habitación. En la calle el ruido de las sirenas es intenso, en cierto modo comprensible pero terriblemente perturbador. Fijo la mirada en la misteriosa sombra que con agazapados y lentos movimientos se acerca, cada vez más y más. Es una sombra opaca

e inexplicable que cubre con siniestras y negras garras los límites de mi sorprendida silueta. Es opresiva e inhumana. Espeluznante y tenebrosa. Siento angustia y repulsión. Está casi frente a mí. ¡Hey venga, ayuda!. Pero no logro pronunciar palabra alguna. No puedo. Es el miedo. Es la ansiedad. Es el encierro. De pronto, un silencio absoluto invade mi pequeña habitación; mientras el hedor a vejez se desvanece poco a poco en el techo. Entonces, extrañamente la sombra se retuerce en un rincón de las paredes, en las sábanas de la cama, en las toallas del baño, en los pliegues de la cortina, en el espejo de la mesa de luz. Después retrocede unos pasos y me da la espalda. Luego se escurre, sin prisa, por la ventana y desaparece con la neblina fría, cada vez más espesa. Se pierde entre las calles oscuras, como si la ciudad se la tragara con su enorme garganta y, con ella la muerte (pienso vanamente). No es tu hora - alcanzo a escuchar. ¿Qué había sido todo eso? Qué disparate, pienso. Ahora, la habitación parece más silenciosa y fría que de costumbre. Nunca la había sentido así. Me quedo mirando los cristales hasta cerrar mis parpados cansados, atrapados en vana sonnolencia. Los años pesan de dolorosa e irremediable tristeza, de ansiedad y angustia. Lloro al borde de la cama y miro la pequeña mesita de nogal donde un frasco azul se esconde dentro de la cajonera. Observo el viejo espejo con los cristales rotos. La estatua de la Virgen de Lourdes. Tengo un designio que me sosiega. Abro el cajón. Levanto el frasco azul y logro leer: "sulmotoxina 1...". Respiro hondo y abro más los ojos con esfuerzo y resignación. De súbito, una parvada de cuervos cruza el cielo aterciopelado; mientras descubro en el pálido reflejo de los cristales rotos del espejo, mis propios ojos cansados que miran la desdicha de mi rostro envejecido, atrapado; nos miramos fijamente hasta que juntos nos tomamos el último sorbo.

Un silencio ensordecedor se deja morir en la noche, sin prisa, como una oquedad.

Daniela Sofía Navarro Hernández

22 años

Colombia

## **Amarte**

Amarte

Es un reto

Amarte

Me ha convertido en un colibrí escurridizo

Con la inusitada idea

De que la utopía será una realidad.

Amarte

Es como una carrera que no tiene una meta

El camino presenta obstáculos

Puntos de inflexión

Que amenazan mi estado de cordura.

Amarte

Es el ejercicio más complejo

Pero emocionante

Representa lo impredecible

La osadía de ser auténtica.



Sair Carrillo Hernández

29 años

Colombia

### **Asesinar tu amor**

Hoy buscando entre recuerdos,  
me encuentro - ya casi lleno –  
el cesto de tus promesas con fechas de vencimiento ya cumplidas,  
me encuentro los boletos,  
con destinos distantes que nunca recorrimos,  
me encuentro los suspiros,  
acumulados en mi pecho por tanto sufrimiento,  
Que me asfixian, que me matan.  
Me encuentro entre hojalatas,  
las ilusiones ya oxidadas, que no sirven para nada.  
Y pasan en bandadas las historias inconclusas,  
que emigran hacia el norte, en un viaje sin llegada.  
Me encuentro con tu recuerdo que no me llena, pero me inunda.  
Hoy tengo ganas de asesinar tu amor,  
no sé porque estúpida razón todo me recuerda a ti,  
tu cara, tu sonrisa, tu cabello, tu cuerpo.  
Pero no quiero más, solo quiero olvidarte,  
ahora solo quiero arrancarte, de mi vida, de mi corazón.

Hoy tengo ganas de destrozar tu recuerdo,  
de esquebrajar tu ternura,  
de envenenar tu besos, aplacar tu mirada,  
borrar para siempre tu imagen constante que se estrella en mi  
mente y me impide olvidarte.

Hoy tengo ganas de asesinar tu amor,  
y poder dormir y descansar feliz hasta mañana.

---

José Luis Hernández Castellanos

56 años

Cuba

### **Con el silencio**

Nadie pudo impedirme ir a verla. Todo el mundo hablaba de ella. Todo el mundo curioseaba en ella. Todo el mundo se refería a ella como si fuera un talismán humano; todos, además, decían que el olor de su piel distaba de todos los demás olores del ámbito femenino. Hasta, a modo de provocar ese interés por ella, hubo quien se dedicó a divulgar la idea de que se bañaba en una tina de agua tibia con miel y canela. Esa inquietud, ese desvelo, ese cosquilleo juvenil por comprobar las leyendas de otros, fue lo que me hizo buscar un trecho para clavar allí mis ojos.

Después de las tres de la madrugada el burdel permanecía con cierta mudez. O los clientes dormían a esa hora luego de su ajetreo carnal, o ya habían cogido el camino que los llevaba de vuelta al pueblo de donde era la mayoría. Por el techo de tejas de Doña Cecilia subí sin hacer ruido. Fui descalzo. Pasé el muro que dividía una casa con la otra. Al llegar, primero miré. Ella estaba sola. Dormía. Dormía boca abajo, y la

sábana cubría sólo hasta la mitad de sus nalgas. ¡Qué bien! ¡Gracias a Dios! Abrí la ventana de vidrio con una suavidad impecable. La luna, con utilitario atrevimiento, me dejó cursar los pasos para no echar a perder mi sagrada oportunidad. A pocos metros me coloqué. Me acerqué más, y pude constatar, de inicio, que el olor que se desprendía de su alcoba era distinto al que recurrentemente olían las ansias de ser ella por las demás. Hice más: me acerqué tanto, que no pude impedirme bajarle la sábana al nivel de sus piernas. Si fuera a explicar, diría que sí, que se sentía el olor a miel, pero una miel mezclada con el dulce abismo que sustenta la canela cuando, tibia, acurruca la pericia de las fosas nasales. Aproveché, de paso, y alcé una butaca y me senté. Observé su silueta por largo rato. Sus nalgas prominentes subían y bajaban como un segmento alocado. Era un cuerpo perfecto. Era una divina emanación de burbujas silentes para atropellar los sentidos. Era un corcel apaciguado, un leve rocío muerto de hambre, un panal repleto de bienvenidas. Era una suerte de misterio embrujado vestido de bravas ensoñaciones. Allí estuve nadie sabe qué tiempo. Hasta que me dormí pensando en que algún día podría ser uno de sus clientes perfectos. Dicen que me dormí susurrando acerca de sus olores. Dicen que ella, al despertar, ni quiso que yo lo hiciera.

Yo, que soy poeta y necesito atarme a las letras de la vida natural, recibí días después una carta bajo la puerta. Al abrirla, leí *¿qué de tanto disfrutaste de mí? ¿Podrás decir en versos lo mismo que dicen los demás de mi embrujo? Entonces, nájrame en unas estrofas bellas, pero hazlo como si fuera tuya. Mantén el secreto entre los dos.*

---

Emmanuel Navarrete Díaz

24 años

México

## **Gorrión**

Jesús y yo estamos sentados a orillas del río, descalzos, los pantalones de mezclilla doblados a media pierna para meter los pies en el agua. Fría y cristalina, el agua

distorsiona nuestros pies, haciéndolos ondular a su compás. Es la primera vez que veo a Jesús desde su boda, hace dos semanas. Fijo los ojos en el río. Imagino como la corriente se lleva mis pies, después mis piernas, mi torso, brazos, hombros, cabeza...

—Lili quiere que nos mudemos a casa de sus papás, en lo que ahorramos pa' una casita ahí en el pueblo —me dice Jesús, moviendo los pies en el agua.

En su garganta hay un eco, bajo su lengua hay otra voz. Puedo escuchar ese eco del pasado haciéndose más fuerte, trayendo desde la tumba palabras olvidada.

*¿Nunca has besado a nadie? ¿No? ¡Ya, ya, perdón! Ya no me voy a reír.*

*¿Y si te beso yo?*

*Cierra los ojos.*

—Ya le dije que mejor viviéramos con mi amá —Jesús continúa. Por el rabillo del ojo lo veo fruncir el ceño—. Ya ves que está ella sola y la casa está grande, hay más espacio.

*No, con la boca no te va a doler. Solo no pongas los dientes, capas me la arrancas.*

*¡Ahhh...! ¡Putá madre!*

*¿No escupiste?*

—Y así podemos cuidar de mi amá —El pie de Jesús encuentra el mío bajo el agua. Sus dedos encuentran los míos—. Pa' que no esté sola todo el rato, ya ves cómo se pone.

*No te pongas tenso, Honorio. Mírame. ¡Ey! Mírame. Somos tú y yo, solo tú y yo. Te juro no te voy a lastimar. Solo relájate...*

*No creo que tengamos problemas, no creo que te pueda dejar panzón. ¡Ay! ¿Pa' qué me pegas? ¡Si tuviéramos hijos bien bonitos!*

—Yo digo que le voy a pedir trabajo a Don Javier, algo extra los fines de semana. — Jesús pasa una mano entre sus rizos—. Lili ya trabaja doble turno.

*Oye, pues le pedí matrimonio a la Lili. Nos casamos en junio.*

*Eso que hacíamos... no era nada serio, simplemente era de rato ¿no?*

*Yo la amo a ella. La amo.*

—Me voy del pueblo —digo, interrumpiéndolo en mitad de una frase. Jesús parece congelarse. Sus ojos oscuros abiertos como platos se clavan en los míos—. Me voy del pueblo —repito, como si estuviera tratando de romper la noticia para ambos. Veo como Jesús mueve los labios, pero yo estoy bajo el agua, la presión en mis oídos una barrera impenetrable.

Creo que ahora Jesús está gritando, gritándome, histérico, pero mis ojos están en el cielo y mis oídos le son ajenos. Desesperado, me toma del brazo y pega un tirón, haciendo que este se deshaga, cada hebra que conforma piel, músculo, nervio, hueso se estira y se deshace. El río tira de mí y lentamente comienzo a deshebrarme, dejando parte mía en la orilla mientras la otra flota río abajo, perdiéndose de vista. De entre las hebras de mi ser dejadas en la orilla sale un pequeño gorrión pinto que se echa a volar y se va, sin mirar atrás.

En la orilla, Jesús grita. Pero yo ya estoy muy lejos para oírlo.

---

Ana Gervasio  
46 años  
Argentina

### **Sobre el pequeño Jardín (en “la calle de los pájaros”)**

los aviones caían como estrellas  
y perfumaban con olor a muerte los domingos.  
nosotros, por entonces, sembrábamos la pradera  
(aún no conocíamos el paisaje donde no crecían las flores)

¿ te acordás de esa tarde y mi vestido con náufragos

abrazados a la orilla del mundo?

estabas sentado en tu silla,  
te miré como si fuera la primera vez,  
con ese asombro del cielo transparente de los primeros días.  
acariciaste mi pelo y dijiste en voz baja:  
“no tengas miedo, todavía canta en el aire,  
la niña de frágiles pies”.

estabas tan cerca, tan claro, tan breve.

de pronto un pájaro te arrebató en el viento,  
sacrificó nuestro abrazo en el grafitti de un muro  
y devoró la insurgencia de nuestra querida siembra.

(si supieras qué triste fue la primavera al otro día,  
qué obstinada llovizna sobre el pequeño jardín)

---

Julio De Prez

42 años

Argentina

### **Réquiem del retrato**

¿Qué se puede hacer cuando no se puede hacer nada?

¿Qué medidas tomar cuando todas las medidas han sido tomadas?

¿Qué caminos abrir cuando todos los caminos te llevan a la misma Roma

y la salida está detrás de todas las ventanas

que poseen ojos que encandilan

y no nos dejan ver que es lo que nos pasa  
cuando el fuego de la hoguera  
no es más que un montón de cenizas amontonadas  
sobre una pared que cuelga  
imágenes desechas  
que nos indican como carteles luminosos la fecha  
de que somos más que nada  
en la nada  
y que andamos desde lo posible a lo imposible por vivir la vida  
como dos irresueltos que caminan  
en los costados de las hojas  
que se rayan  
y las imágenes y la hoguera  
son dos huecos que se disimulan y recuerdan  
que antes hubo una hoguera  
por donde hoy caminan las hormigas?

---

Ana Sofía Alessandrini

36 años

Argentina

## **Si yo**

Si yo viviera en un caracol

me desprendería del peso

Si viviera en una pipa

me tiraría todos los días por el tobogán

Si viviera en un salero

me escurría en el fondo

para no salir jamás

Si fuera en el aire

no apoyaría nunca más los pies

Si yo no viviera

elegiría vivir.

---

María Concepción Valdez López

26 años

México

## **La vida**

La vida tan sólo a veces

Es amor de serenatas, reinado,

Al son de fantasías

Sobre óleos en bocetos



La escultura humana se veía  
Incomparable, pero más seductora  
Cuando la caricia en versos sonreía.

Quizás también es dolor  
Ese dolor abrazado por la cobardía  
En rebeldía, la ilusión ahogada,  
Del amar por desatino.

Luchar en la canción de un enamorado  
En el nudo de tu garganta se oía,  
Dibujar la vida, provocando, a vivir  
La batalla más común, la voluntad  
Quizás, no de sentir, ni de hablar,  
Tampoco de escribir, pero sí de actuar.

Tan solo a veces, la vida es cantar  
Así como me lees, cantar esa risa  
Que a muchos les gusta repetir, pintar  
En tu rostro, la felicidad, las pupilas  
Del, ser, opresión del corazón,  
Tan solo a veces en la vida, solo

Se trata de perder, el miedo, la timidez,  
El egoísmo, pero no la dignidad.

---

Gladis Mabel Domínguez

55 años

Argentina

## **El adiós**

Ella encendía todas las luces

sonriendo.

Con una caricia

Alejaba la tristeza

Las horas a su lado

eran rayos de sol

las flores mas bellas

los pájaros hermosos

poblaban su corazón.

Hoy, se quedó callada.

No logro entender

el gesto de la tarde

que se va oscureciendo

y acrecienta la herida.

Siento que también me apago

en ésta ceremonia milenaria  
cuando el horizonte  
se bebe uno a uno  
todos los colores.

---

Nora Urriza de O'Brien

58 años

Argentina

### **Las callecitas de Buenos Aires**

Lo nuestro fue amor a primera vista. Desde que se encontraron tus ojos con los míos, yo supe que eras vos el amor de mi vida. Supongo que para vos fue igual, porque nunca te lo pregunté directamente. Nuestra historia se encendía con el fuego de los discursos, en las marchas, en la cama, en las madrugadas y en las mañanas. Nosotros compartíamos el alma toda, la calle, el país, el futuro y... mucho más. Nuestro transitar por Buenos Aires fue, si se quiere, breve, pero intenso. Los dos veníamos de ciudades del interior, la gran ciudad nos deslumbró, y nos abrió los ojos, a tal punto, que nos la hubiésemos devorado.

Eran años pesados y oscuros, pero lo nuestro se basaba en la inocencia de los enamorados que hacía que todo se viviera con tal intensidad que no había temor, no había duda que nos detuviera. Éramos súper- poderosos.

Tal vez por eso me sentí morir cuando me dejaste, así, sorpresivamente y para siempre.

“Las callecitas de Buenos aires, tienen ese qué sé yo”, decía Cacho Castaño, Dios lo tenga en su gloria, al machirulo que supo en una época conquistar la voluntad de las chicas que se babeaban y le tiraban sus bombachas en los recitales. Las callecitas de Buenos Aires tienen tu qué sé yo, tu mirada dispersa o ausente, tu pelo enredado por

el viento, tu pañuelo colocado justo como al descuido y nuestra lucha, nuestro trajinar por los suburbios, orquestando el cambio de un mundo encorsetado y clasista. Estas fueron las calles que conocieron nuestros sueños, esos que nos hacían atravesar las noches sin dormir, abrazados, compartiendo un futuro en el que podríamos hacer valer nuestras leyes humanas y justas. En las calles de San Telmo no importaban las ferias que visitaban los turistas ricos y los porteños aburguesados, importábamos nosotros y nuestras luchas.

Será por eso que todavía te busco, noche tras noche, entre los adoquines, en los desniveles de nuestros recuerdos dormidos de un tiempo que fue, pero se calló. Un tiempo que durmió un buen tiempo pero que se fue desperezando en las voces de los nuevos jóvenes que empezaron a desenterrar historias que fueron y se ocultaron para siempre.

Será porque creí que me engañaste cuando te llevaron a vos y se olvidaron un pedazo tuyo en mi cama.

Me dejaron, me escapé del rastrillo aniquilador de entonces. Sobreviví a tu engaño de irte sola hacia la muerte, sobreviví a los malabares de tu desaparición y tu silencio. Algunas veces, te veo sacudiendo tu pañuelo al viento, con esa carcajada que encendía la música en el cielo. Me apuro, trato de acercarme, pero algún colectivo se atraviesa, algún traspié hace que te pierda de vista otra vez. Cuando nos encontramos el tiempo se detiene y somos jóvenes de nuevo en las madrugadas.

Soy consciente de que han pasado ya más de cuatro décadas y todavía te busco, debajo de los adoquines, donde sé que dormís con tu mirada distraída y a veces, ausente. Los sucesos lógicos de una vida impersonal y prestada transcurrieron todo este tiempo. La verdadera vida se quedó allá, con vos, y no puedo dejar de perseguir eso que no sé si es sueño o realidad.

Por eso salgo a buscarte, muchas veces, como hoy, desandando caminos recorridos, cavilando ausencias y recuerdos.

Mientras sigo hilvanando mis pensamientos, de pronto, llego a la esquina de Humberto 1° y el Bajo y la luz de una farola empieza a titilar de una manera extraña. Me acerco y tengo la impresión de que hay alguien observándome. Me doy vuelta y apuro el paso, como hacíamos antes. No me siguen pero, por las dudas, la intranquilidad me hace cruzar de vereda. Camino por la vereda angosta cada vez más amenazado...

Una frenada me sorprende. Un golpe, un forcejeo, la sangre de mi frente me hace cerrar los ojos. Cuando puedo limpiarme con la tela de la camisa, me descubro adentro del baúl de un auto, enredado entre mis piernas cansadas, con olor a pucho y a nafta, saltando entre los pozos de los adoquines de San Temo.

Me sorprendo pensando que sabía que alguna vez pasaría, sabía que alguna vez podría tener la convicción que no fue un engaño, lo tuyo no fue abandono.

Soy feliz al descubrir que nuestro amor fue tan fuerte que, tarde o temprano, a mí también me vendrían a buscar.

---

Rodolfo Zamora Damonte

39 años

Argentina

### **27 años, 27 oraciones, 27 puntos**

Ese muchacho recién soplaba las velas. Velas que estaban sobre una torta de cumpleaños. Cumpleaños número 27. Había leído que muchos de sus ídolos habían muerto a esa edad. También que muchos de ellos eran verdaderos genios. Él se consideraba un artista. Más precisamente de la música. Música, si se quiere, experimental-no comercial. En la línea de bandas como Gong, Soft Machine o Henry Cow. Si bien no quería ser como estos exponentes, seguía sus métodos de composición y hasta de presentación en vivo. Luego de soplar las 27 velas sintió una extraña sensación. Un presentimiento. No tuvo que dejar de hacer el amor en el momento pero

su pensamiento viró hacia otro lado. El lado de la superstición. Del pensamiento mágico. Y consideró que si moría a los 27 años quedaría en la historia como algunos de sus ídolos, como un genio del “Club de los 27”. No quiso esperar todo el año para comprobarlo. No quiso esperar todo el año para matarse. Raudamente se dirigió a su habitación. Sacó de su gaveta su revólver. Solo tenía una bala. Se disparó a la altura de la sien. Falló. No se mató. No era un ídolo. Menos aún un genio: era un estúpido. Y aparentemente tenía Parkinson.

---

Luis Nahuel Ferreyra

27 años

Argentina

## **Sola**

Eran las seis y treinta de la mañana cuando Ángela se despertó, poseída por esa inexplicable energía que motiva a los ancianos a levantarse antes del alba, aún cuando no tienen nada para hacer. Se sentó a la orilla de su cama, no sin un gran esfuerzo. El frío y la humedad de la madrugada otoñal hacían estragos en sus articulaciones, que de por sí ya sufrían bastante la rigidez propia de la edad.

Esa cama tan pequeña le recordaba su soledad cada mañana. Hace poco se había desembarazado de su lecho matrimonial, con la esperanza de así permitir que alguna laguna mental ahogara los últimos recuerdos de su difunto esposo. Pero cuarenta años de vida en pareja son mucho más grandes que un colchón de dos plazas y un capricho senil.

Su torso y su mirada permanecieron inertes por unos minutos, dando tiempo a que los movimientos errantes de sus pies se encontraran con los huecos de sus pantuflas. Siguió cuidadosa y ciegamente con su mano la superficie de su mesa de luz hasta encontrar la tableta de sus pastillas para la presión y el medio vaso de agua que la aguardaba intacto desde la noche anterior. Seis pastillas.

Seis pastillas alcanzan para tres días, pero aún faltaba una semana para cobrar su pensión. Sacudió la cabeza para alejar las preocupaciones que no podían solucionarse y, después de un par de balanceos, se puso en pie.

Era muy triste vagar todo el día sola en una casa donde cinco personas habían vivido tan felices. Ya no le quedaba un rincón para limpiar. Todo estaba siempre tan limpio que a veces sentía miedo de gastar los muebles hasta romperlos. Esa mañana no tuvo fuerzas para inspeccionar la casa. Tenía la certeza de que encontraría más recuerdos que cosas para arreglar.

Tomó su escoba y salió a barrer el patio, con la esperanza de distraerse de aquellos pensamientos. Sin embargo éstos la siguieron con una persistencia desagradable.

Las risas de sus hijos eran ahora un débil eco que el viento arrastraba en susurros hasta sus oídos cada vez más sordos. Las siluetas de sus nietos corriendo y jugando eran ahora sombras tenues paseándose de planta en planta frente a sus ojos cada día más pequeños, nublados e irritados. Los olores del asado y el cigarrillo que se permitía su esposo cada semana, se perdían ahora entre el aroma de la tierra que barría, humedecida por sus lágrimas.

Sí... los domingos en familia habían muerto junto con su marido.

El sol ya se dejaba ver y los pájaros entonaron una solemne melodía para acompañar sus añoranzas. Luego de unos minutos, suspiró con fuerza, amontonó la tierra y las hojas secas bajo un árbol con presteza, como quien recuerda que tiene una cita importante y retomando su natural lentitud se dirigió a la cocina.

Puso su reluciente pava en la hornalla. Esa pava que nunca pudo recordar dónde compró. Sacó su pequeño matecito orejón y la bombilla del cajón, para luego cargarlo con el último puñado de yerba en su alacena. Cuando el agua estuvo a punto, se sentó a la mesa a mirar las sillas vacías.

Pronto comenzó a sollozar.

-¿Por qué te fuiste sin mí?- Le reclamaba a su ausente compañero.

-¿Por qué ya no vienen a verme?- Regañaba a sus hijos, dondequiera que estuvieran.  
- Acordate algún día de preguntar por tu abuela.- Le suplicaba al mayor de sus nietos.  
Apenas pudo tomar el primer mate antes que su corazón se detuviera.

---

Miguel Váquiro

34 años

Colombia

## **Sentidos**

Esa famélica necesidad

De desasir el ego

Escapar al desasosiego

Escamoteando a la verdad

Milésimas de oscuridad

Que eclipsan los sentidos

Aunque desapercibidos

Intenten dilucidar

La tentación sería olvidar

Esos instantes perdidos

Pero no hay mayor felonía

Que ignorar lo que se quiere

Aunque a veces se prefiere

Alimentar la ironía



Perderse en la monotonía

Replicando los fracasos

Sucumbiendo ante el ocaso

De la brevedad con que un día

Tal vez con melancolía

Seremos memoria de un paso.

---

Orell Josué Ordóñez Pérez

26 años

Nicaragua

### **La bala**

Los bombillos colgados en el techo iluminaban el viejo establecimiento, también varios cuadros del Che y Fidel adornaban el lugar. Habían pasado tantos años que no me había percatado del habano que fumaba el argentino en esa foto, siempre lo imaginé con una sonrisa, pero no era así. Las mesas de plástico y, otras de madera daban un ambiente rústico al lugar, además de la gente que muchos eran artistas plásticos y escritores, mientras tanto, una joven de alta estatura con cabello rizado se levantó de la mesa haciendo sonar con su tacones los pasos que daba. Todavía se escuchaban los aplausos dirigidos a un poeta que había leído sus versos de unas páginas arrugadas, tomó el micrófono, y mencionó a Salomón de la Selva, de inmediato supe que se trataba del poema más famoso: La bala.

Después de leer aquel poema, seguí tomando cerveza acompañado de mi amiga poeta Elisa Lackwood. La noche era fresca y estábamos pasándola bien, lanzábamos bocanadas de humo, por un momento presencié un *déjà vu*, se trataba de algo que había leído, tal vez algún relato o el pasaje de una novela que sucumbía en la cesta de basura cerca de mi escritorio.

La reminiscencia de aquel recuerdo se aumentó cuando tomé otro vaso con cerveza. Mucho antes de frecuentar el bar El panal, era un muchacho tímido estudiante de la carrera de derecho. Apenas lograba balbucear algunas palabras y leía el Código civil para los exámenes de derecho privado. Cuando terminaba de estudiar me la pasaba en la biblioteca José Coronel Urtecho hurgando los estantes de libros en la sección de literatura, desconocía quién era Hemingway, veía su nombre en algunos lomos de los libros, también a Faulkner y Dos Pasos. Sin embargo, me sentía extraviado, no sabía por dónde comenzar. Elisa fue mi salvación, llegó a la estantería a buscar libros, y me sonrió, no supe cómo actuar, pero ella me dijo que Faulkner era buen autor, en especial su novela polifónica *El ruido y la furia*. Así que seguí su recomendación y tomé aquel libro del cual no sabía nada.

Tomé asiento en una de las mesas más arrinconadas de la biblioteca y me puse a leer, las primeras páginas era un torbellino de palabras sin sentido, volví a leer continuadas veces el primer párrafo, lo último que recuerdo fue leer algo como “el olor de los árboles”. No pude terminar la novela, pensé que Elisa me había jugado una broma demasiado cruel, sin embargo, la vi pasar a mi lado, y la detuve para preguntarle sobre Faulkner. Me preguntó si lo estaba disfrutando, supe que lo dijo para burlarse por el tono de su voz, luego dijo su nombre “por cierto, me llamo Elisa”. Y, la seguí hacia los estantes donde guardé el libro porque debía volver a casa, pero Elisa me dijo que me invitaba al Panal, no tenía idea de qué era el Panal, hasta que me tomó de la mano y salimos de la biblioteca con dirección al famoso bar. Ya tenía edad para tomar cervezas y también para fumar, pero no había probado ninguna de las dos cosas.

Cuando llegamos al lugar buscamos asiento y vi que Elisa saludó a la dueña del establecimiento, luego nos sentamos en las mesas cerca de la entrada, y llegó la mesera. Estaba a punto de pedir una gaseosa, pero Elisa se adelantó y pidió un litro de cerveza y una cajetilla de Marlboro rojo. Estaba sorprendido por el apetito de Elisa, apenas era mediodía e iba a tomar cerveza. Minutos después la mesera se apareció con el litro de cerveza, y dos vasos. Elisa sirvió la cerveza y extrajo un cigarro de la

cajetilla, empezó a fumar y me ofreció uno. Me acerqué a ella para decirle que no fumaba, pero sucedió que ella se acercó más y me dio un beso. Se puso a reír y expulsó una bocanada de humo, tomó el vaso y se engulló toda la cerveza. Elisa no era una muchacha de bello semblante que digamos, usaba grandes gafas de pasta, y frenillos. Parecía una chica de clase pudiente, sin embargo, ahí estábamos, di mi primer beso y ella fumaba como una locomotora.

Durante semanas llevamos libros al Panal para leer mientras fumábamos y tomábamos. Poco a poco me sumergí en el mundo literario de Elisa, a veces dejábamos de leer para besarnos en una esquina del bar. Fue hasta que tiempo después de acostumbrarme a su modo de vida, me invitó a su casa, un cuarto que alquilaba en la Colonia Villa Tiscapa. Ya había tenido mi primer beso, pero desde esa vez, experimenté la furia de su cuerpo. Luego, me dijo que nunca seríamos parejas, solo me ofrecía su amistad, eso me quebrantó, sin embargo, lo soporté, hasta llegué a comprenderlo, es decir, teníamos nuestros gustos comunes por la literatura, pero eso no significaba que el podíamos proceder a un amor romántico.

Volví a mis sentidos para escuchar el poema leído por la muchacha de cabello rizado. Todos aplaudieron, y no pude recordar donde había presenciado el *déjà vu*. La noche continuó después de varias rondas de lectura, salimos del bar a las nueve de la noche tambaleándonos camino a su casa que estaba ubicada a pocas cuadras. Quedé con ese remordimiento del *déjà vu*, supuse que de tantos años de visitar el bar el Panal, ahora era una mescolanza de recuerdos y pasiones que pasaban como una bala por mi mente. Elisa vomitó antes de llegar a la casa, y la ayudé a levantarse, ya teníamos más de treinta años, nuestro tiempo de parranda había pasado cuenta sobre nosotros, apenas bebimos cuatro litros de cerveza esa noche. Tomé las llaves de su casa y abrí la puerta, entramos y nos sentamos en las sillas mecedoras a seguir fumando mientras recordábamos la universidad y las estúpidas tareas de derecho privado. Dejé de pensar en aquel recuerdo, se me escapó, no tenía oportunidad contra mi propia mente, decidí que lo mejor era dejarlo volar, y así fue, hasta que me quedé dormido en la silla como un anciano.

Edgar Ulises Lázaro Santos

21 años

México

### **La niña**

La niña tenía miedo, se encontraba en el bosque dentro de su pequeña cabaña. Estaba lloviendo y había fuertes relámpagos de esos que como una cuchilla parten a un árbol en dos. Se escuchó uno fuerte. Estaba asustada, así que corrió al cuarto de sus papás para ya no estar sola. Lo que fue extraño es que sus padres no la vieron llegar, ya que estaban en la habitación llorando la muerte de su hija, porque un rayo la había partido en dos.

---

José Luis Salgado

65 años

México

### **Desaparecida**

Con un zapato en la mano  
y una foto sobre el pecho,  
pregunta de casa en casa  
y de geografía en geografía  
si han visto, vivo o muerto,  
el rostro que de ella cuelga.  
Su figura cera semeja,  
sus ojos, ¡ay, tan hundidos!;  
parece que nunca duerme,

parece que nunca vive.

Si yo pudiera cargar su pena...

si yo pudiera cargar su duda.

—Señora, ¿por qué no come?

Señora ¿por qué está en vela?

Una mueca me contesta:

—Si yo supiera que ha muerto

donde está el cuerpo tendido,

seguro estaría tranquila.

Más no sé dónde respira,

ni sé si ha quedado herida;

y si pierdo la esperanza...

no estaré muerta ni viva

---

Axayácatl Tavera Rosales

27 años

México

## **Enfermos**

Quizás esta historia los decepcione y el título les sugiera algo que en estas líneas no encontrarán, pero la gran mayoría de las experiencias de la vida son decepciones y eso él lo sabía, lo sabía muy bien. Como cada día desde los últimos treinta y cinco años se puso de pie, se vistió, desayunó y salió a la calle a seguir con la rutina, con el trabajo del diario. Puede que tenga esposa, incluso tal vez tiene uno o dos hijos, pero en lo que a él respecta eso no es relevante.

En el metro hay una cantidad indeterminable de gente, todos lucen igual, la individualidad se pierde entre los vagones, podría estar ahí, seguro que sí. Es cada una de las personas que van viajando entre los túneles y puentes que atraviesan la ciudad. Uno que, como a todos, la vida desgasta; que la realidad pudre sus emociones y el tiempo va matando pedazos de su alma. Para él, así como para muchos en las entrañas del mundo, los días se han vuelto la sucesión del sin sentido. Sin expectativas, sin esperanzas, sin algo a que aferrarse, sin algo porqué vivir.

Esa mañana él estaba harto, estaba fastidiado. Pudo ser cualquier cosa. No hay una razón única ni determinante. Pudo ser simple desesperación, cansancio, frustración, decepción... incluso aburrimiento. El motivo que fuera no interesa, de esos sobran. Odio, melancolía, amor, desilusión, soledad... lo que sea.

Un día. Uno como tantos. Un hombre. Uno como tantos. En el metro de una ciudad. Él ya no pudo más. La simple idea de tener que ver una nueva mañana fue demasiado, más de lo que un hombre puede soportar. Un hombre simple, un buen hombre... un hombre más, un hombre menos, un paso de más, un hombre menos.

Sólo hizo falta cruzar una línea, dar un paso de más, separarse del resto de los usuarios en el subterráneo. Caer. La luz, la electrizada, la presión, el dolor. Vagón tras vagón sobre huesos y carne. Sólo hizo falta que su mente se rindiera y el tren se encargaría del resto.

Un paso más, un hombre menos.

En el andén sólo surgieron dos reacciones. Indiferencia y lástima. Las dos temibles, las dos fatales.

Pero por más patético o lastimoso que pueda parecer el incidente lo que resulta más lamentable de ello es la frecuencia con la que ocurre. Las autoridades tienen previsto un protocolo para momentos como estos. El fin de un hombre, la rutina de otros.

El metro se detiene por el tiempo que sea necesario. Llegan los rescatistas y dependiendo del estado del cuerpo los restos son llevados en ambulancia o en bolsas

de basura. Durante todo ese tiempo el resto de las personas tienen que detenerse, lo que aumenta su desesperación, su fastidio, quizá por envidia, quizá porque su normalidad tiene una ligera alteración.

Mientras el andén se vuelve un espectáculo morboso, en el túnel otro tren se detiene, permanece estático, en el vagón lleno la gente sin saber qué ocurre comienza a acalorarse y en uno de ellos van ciento setenta y ocho humanos enlatados en la oscuridad.

Entre esas cincuenta y ocho personas una mujer que permanece sentada cabila entre las luces que titilan en el techo, es joven, es bella y no sabe lo que quiere. Sin percatarse del tiempo que lleva sentada en el metro inmóvil piensa en todo lo que tiene que hacer, trata de averiguar cómo llenar la nada que siente en su corazón, quizás le falte amor o tal vez sea algo en qué ocuparse, un empleo, una actividad que la entusiasme y la haga sentir viva. La conciencia de un pasado, de cosas ominosas que sólo ella comprende le causa un peso, es como un constante recuerdo de los errores que la aquejan, sobre los que nadie puede ayudarla. No confía en nadie, se siente sola y aun así no soporta a la gente.

Un chico no mayor de veinticuatro años comienza a desesperarse, como la mayoría de los estudiantes la frustración de verse obligado a una serie de actividades que no escogió y de las que no puede escapar le provocan repulsión. Desde que nació su condena estaba planeada. Siente la presión de obligaciones que no le importan. El tiempo se le escurre y sin duda será reprendido por un error del cual no tiene la culpa. Su sentencia es larga, lleva casi toda su vida en aulas que no distan de celdas carcelarias. Su vida se ha reducido a la burocracia académica donde un número se ha vuelto su única identidad.

Otro hombre, más grande, más viejo, se da cuenta del desperdicio que ha sido su vida, de cómo ha malgastado el tiempo y dinero en baratijas que retacan su pequeño departamento. Se da cuenta de lo idiota que ha sido y cómo se ha dejado consumir en sus vicios. Recuerda cada botella que se ha terminado, cada whisky seco que se ha

tomado. Bajo las luces artificiales trata de hacer memoria para entrever qué de bueno ha hecho, cuáles son sus logros y sus orgullos, pero en vez de eso comprende, con cierta certeza, el vacío que ha sido su existencia y trágicamente prevé que el resto de su día será igual que los anteriores.

Otra mujer, una madre con su hijo en brazos se cuestiona algo similar, se pregunta si alguien la recordará, si sus esfuerzos de ama de casa servirán de algo. Siente un ligero temor a verse vieja y abandonada por el fruto de su vientre. Se queda imaginando todo lo que pudo haber hecho si no se hubiera casado. Piensa en los lugares en los que no estuvo, las aventuras que nunca corrió, los amantes que no conoció. La excitación, la pasión, el furor que jamás tocó su cuerpo ni inflamó su alma. Se ve sobre su tumba y lee con tristeza su epitafio donde dice: Esposa y madre.

Un hombre, otro como tantos que pasan por la mediana edad, trabajador, afanoso, a quien la vida ha dejado un sabor agrídulce en los labios. Un hombre que comienza a estar jorobado, a resignarse y caer por completo en la aplastante rutina. Sus sueños mueren con los días. Sus ideales, sus aspiraciones, su libertad están echando polvo en las cajas que guarda sobre su armario. La desilusión lo ha vuelto riguroso, el caos lo atormenta, la mínima variación le causa horror y ansiedad. Si no sabe lo que pasa, si no tiene control de lo que lo rodea sufre como los animales enjaulados y se hace evidente su impotencia.

Como estas personas hay cientos, miles, todas con los mismos problemas. Sus preocupaciones no tienen nada de extraordinarias. Así como ellos hay un sinfín de personas más atormentadas y un número igual de seres afortunados. Todos convergiendo en el mismo mundo, en el mismo absurdo, encerrados, condenados...

Mientras pasa el tiempo los pasajeros que están en el vagón del metro detenido en la mitad del túnel se desesperan cada vez más. Se sienten morir, el poco aire los sofoca, el calor los irrita. Sólo piensan en salir, escaparse de ahí y olvidar todas esas incipientes ideas que los atormentan en la quietud.

Al hombre de mediana edad le cruza por su mente lo que todos piensan y dice:



—¡Mierda! Esto ya tardó mucho... ¡Carajo! De seguro algún pendejo se ha de haber aventado a las vías.

---

Procoro Augusto López Huerta

25 años

México

### **Agua y vino para la cena**

Despertó en la torre más alta de la ciudad. Intentó recordar cómo había llegado hasta ese lugar. Su mente estaba en blanco. Miró alrededor para descubrirse solo en un punto demasiado elevado de la capital. Escuchó unos pasos detrás de él. Un anciano de barba larga y ropa sucia y desgasta, lo observaba. No pudo evitar pensar que quizá había muerto. Con nerviosismo, comenzó a hablar. Comentó que había sido un buen católico, que iba a la iglesia cada domingo y que escuchaba siempre con atención el sermón del padre. Un silencio sepulcral fue todo lo que recibió. Sin embargo, decidió seguir hablando. Le dijo que merecía llegar a su reino, pues había mostrado ser una persona fiel y entregada a los preceptos de la Iglesia. El viejo se acercó y tomó su mano. Con una sonrisa compasiva, le confirmó que estaba muerto y que no podría recordar nada de su vida pasada. Agachó la cabeza tratando de asimilar el miedo que sentía en ese momento. Después preguntó si podría irse con él. El anciano le confesó que no existía ningún reino a donde ir. Soltó su mano con ternura y finalizó el momento diciéndole que no sabía qué era lo que iba a pasar a continuación.

---

Renata Nájera Bravo

25 años

México

### **Plumas pesadas**

Las letras pesan,

pesan a recuerdos dichosos,  
y a mal intencionados,  
a malas decisiones,  
y a corazones robados.

Pesan en cada línea,  
de momentos desenfrenados,  
a los que decimos con el alma,  
y también a los que callamos.

Pesan a triunfos gloriosos,  
y a latentes fracasos.

Las letras pesan tanto,  
que al dejarlas libres en papel,  
sentimos que volamos.

---

Carlos Javier Aguayo Condo

29 años

Ecuador

### **Dolor de cabeza**

Te encuentras frente al ordenador, buscas y rebuscas algo con que entretenerte, así distraes tu mente cuando no hay acceso a internet. Robársela al vecino sería lo más indicado en estos casos. Te aburres siguiendo los consejos de una psicóloga. << Si estás triste dibuja arcoíris>> o <<Si estás perdido, dibuja laberintos>>. Escuchas

“hay muy poca gente” de *Bunbury* en su versión *unplugged*, descargada ilegalmente el mes pasado junto con el *MTV unplugged* de *Placebo*. Te sientes infeliz y sigues el coro: “Nadie puede dañarme con mis amigos”. Si los tuviera. Si ellos estuvieran cerca. Se alejan cuando alguien los doma.

Apenas te has recuperado del *trancazo* extraordinario, después del viaje a la playa para vender mercadería que necesitas para sobrevivir y comprar drogas. ¡Dios bendiga a este país! —Terminé la universidad hace seis meses y no encuentro trabajo. Conozco bachilleres trabajando para el gobierno o en el servicio público. El estilo corrupto del país. La campaña navideña del presidente, lanzando sonrisitas y miradas de comercial de dentífrico, invitado a la cena de noche buena. ¡*Mierda!* ¿Quién permite entrar a su hogar a alguien así y además tocar a sus hijos? —

Ayer tenía un fuerte dolor de cabeza, no podía hacer movimientos bruscos. Era como estirar mi cuerpo al máximo. Como estar atado pies, manos y cabeza a la mesa de tortura. Y darle duro a la manivela hasta desmembrarme. Tomé cuatro aspirinas de un solo golpe. Pero antes tenía la determinación de buscar a un amigo que siempre tiene *hierba*. Con marihuana todos tus dolores desaparecen.

Sentado frente al ordenador, escribiendo y repitiendo una y otra vez la misma canción con aplausos al final.

De pronto estornudas. Te sorbes los mocos. Regresas al aburrimiento. Coges una de las copias de tu mediocre tesis elaborada en tres días, pero, por trámites burocráticos tardaste un año en terminarla. Es una *mierda* este sistema. Todos esos trabajos investigativos eran una farsa. —Mi tesis tenía un tipo de *NORMA APA* para copiar texto. No me importaba si la revisaban y después de diez años me retiraban el *título*. En diez años me encontrarían en algo diferente o muerto. Falsifiqué los datos estadísticos. No hubo investigación. Todos lo hacían. Sus trabajos eran basura sin base científica. Nos inventamos problemas inexistentes. Las diapositivas para la defensa las hice la noche anterior al grado. Y nunca memorizo lo que he leído con anterioridad—.

Ahora la estoy rayando. La copia de una copia, siguiendo los consejos de la psicóloga. <<Si estás aburrido, llena una hoja con colores>>, << Si estás enojado, dibuja líneas>>, << Si necesitas entender algo, dibuja *mandalas* >>-. No soportas los mocos en tu nariz. Te la limpias con papel higiénico, ¡oh! ¡Qué maravilla!...lo que tanto habías esperado con estos dolores de cabeza. —Fluye sangre de mi nariz. Sangre negra y espesa. Ese era el dolor acumulado en mi cerebro. La presión que produce el exceso de sangre—. No dejes que se te vaya la oportunidad para librarte de una vez por todas del dolor. Te inclinas hacia el basurero y empapas el papel higiénico de tu resfriado con el tinte rojo que fluye de tus fosas nasales. Cinco minutos desangrándome es la norma para mí. Diez es algo habitual. Quince es normal. Veinte es porque me gusta. Treinta, me siento débil y debo parar la hemorragia.

Te acostumbras a vivir ahogándote en las noches por tener el tabique desviado. Te adaptas a los dolores de cabeza y desangramientos espontáneos. Te sientes feliz; siendo débil y pálido. << Si estás enojado, dibuja líneas>> << Si te duele algo, esculpe >> << Si tienes miedo, teje macramé o elabora aplicaciones de telas >> << Si sientes angustia, haz una muñeca de trapo >> << Si estás cansado, dibuja flores >>... si estas jodido como yo, pégate un tiro; eso animará tu vida y la de los demás.

¡BANG!

---

Karen Sofía Franco

22 años

México

### **Paralelo de un imposible**

Fuimos el "casi, casi" de Rubén Darío.

Fuimos el hubiera de un amor disfrazado de orgullo.

Fuimos admiración devota, que nunca dio fruto.

Fuimos miradas esquivas, añorando ser permanentes.

Fuimos un querer dicho a la ligera, sabiendo que de fondo, había muchas razones.

Somos el paralelo de un imposible.

---

Jorge Hernández Molina

38 años

México

### **El camino sin final**

He caminado por horas, sin rumbo alguno, sin mirar nada que igual me vea, me siento muy cansado y he tropezado muchas veces, no sé hacia dónde me dirijo ni por qué nadie me mira.

Recuerdo haber comenzado el recorrido, aun cuando el sol no salía y me dirigía a la huerta, casi tropiezo con don Chema y el viejo grosero ni los buenos días me contestó, no importa, ese anciano igual que yo siempre fue muy arrogante y contesta cuando quiere.

Creo salí muy de prisa, que ni mi café tomé o no recuerdo haberlo hecho. Y caray ni los zapatos me puse y no jalé mi machete.

Total, creo que me perdí porque mi huerta no la encontré, pasé por la casa de la señora Rufina y como siempre meciéndose en su hamaca, solo la miré de lejos y con mi mano derecha acerté un saludo discreto, como en cada mañana, pero creo que la muy ladina se hizo la que no me vio o quizá estaba dormitada la pobre con sus setenta años a veces ni saludar quiere.

El caso es que me llegó el medio día y el sol tan irritante como cada mañana, esta vez no me doblegó. Ahorita ya es muy de noche ya todo se oscureció ya siento mucho el cansancio y ya no sé cómo regresar a casa, seguramente me esperan con la mesa puesta, no sé ni por donde ando.

Entre tanto recorrer esta vereda sin gente dos, tres almas me he encontrado, pero ninguno me atiende, ese señor de sombrero, montado en su gran caballo y con unos tragos encima, al sentirme se espantó, creo es el único que me ha notado, yo solo quería pedirle un trago para calmar esta sed.

La señora de los bocadillos ni me contestó el precio, seguro se imaginó que no cargo ni un peso, y los tres en bicicleta ya no respetan los viejos, me vieron que ahí venía y casi me arrollan.

Ya me siento preocupado ya la noche está encima y no hallo cómo llegar, mis pies ya hasta me sangran y empiezo a ver gente rara.

El perro salió corriendo al sentir él mi presencia y las dos mujeres largas me vieron y carcajearon y solo se murmuraron otro pobre sin quietud.

Ya no quiero ver para arriba, me imagino tantas cosas, veo pasar los tecolotes y hasta parece que ríen al mirarme caminar.

Tampoco miro hacia atrás, pues veo sombras que me siguen, como esperando que caiga, para devorarme vivo.

Voy cabizbajo avanzando a un camino sin final, comienzo a presentir que en mi casa ya no esperan, pues alcanzo a escuchar, la voz de mi hija amada que tristemente murmura, – Ojalá descansa en paz –

---

Jorge Andrés Pérez Ruiz

México

### **A media calle**

—¡Basta!— decidí guardar mi nombre,  
buscar otra tierra, otros amigos  
y otra mujer que no sea tan familiar a la última.

Hoy a media calle de un lugar al que no conozco,  
me pregunto por qué la ciudad es un inmenso rostro que tortura,  
siempre a cada paso un lamento, una lágrima  
o una ausencia.

Hoy a media calle de un lugar al que no conozco,  
me olvidé de todo, incluso de la fuerza necesaria que brota de las palabras  
y me fui a gritar en las esquinas,  
la locura de mil voces que me asfixian.

---

Juan Luis Henares

57 años

Argentina

## **El basural**

Mediodía, la escena se repite en el transcurso de toda la semana, excepto los sábados y domingos: una veintena de personas bajo el sol de febrero observa impaciente al chofer del camión elevar la caja del mismo y vaciar su contenido sobre el terreno. Ni bien el vehículo arranca todos corren como si se hubiera dado la señal de partida. Entre ellos Ramón. Con sus trece años, desgarbado y descalzo pero acostumbrado a estos menesteres, es de los primeros en llegar junto a la carga que el camión municipal recolector de residuos depositó en el basural. Se tira encima de las bolsas y cajas; la experiencia le indica que el olfato es su mejor arma para detectar las que contengan comida aún aprovechable. El olor a podrido que una despide le indica que no debe entretenerse con ella. Es que allí el tiempo es oro, y abrirla le demandaría segundos que varios podrían aprovechar para encontrar alimentos en otras. Además, nunca

olvidará que Axel —el menor de sus seis hermanos— casi muere meses atrás por la intoxicación que le produjo ese pedazo putrefacto de pollo lleno de cucarachas que, al no haber ese día en la casa otro comestible, su madre lavó y volvió a cocinar.

Abre una, dos y diez bolsas, poco y nada encuentra; solo rescata un envase con algún resto de mayonesa, pan húmedo, dos papas, cartón, una birrome llena de tinta y una revista de televisión por cable. De pronto observa una caja de pizza, algo mojada, y de inmediato se abalanza hacia ella, ya que Jonathan —el rubio que vive en el rancho de la esquina— al verlo adivinó su intención, y de no ser por la agilidad de Ramón se hubiera quedado con ella. Destapa la caja; la pizza está entera, hasta aceitunas tiene. Luego de sacar las hormigas y pasarle un trapo mojado, la calentarán y comerán los ocho junto a la mesa. Justo son ocho porciones, una para cada integrante de la familia.

Después de revisar unos minutos más, se va camino al rancho, con la caja en una mano y la bolsa con los deshechos en la otra; se siente contento a causa de la tarea cumplida: es el hijo mayor, el que debe cuidar y conseguir alimentos a sus hermanos. Ya tiene el almuerzo: pizza, un par de papas y pan. A la tarde regresará a la hora que llegan los últimos camiones y buscará la cena.

Mientras imagina la cara de alegría que pondrá su madre al ver la pizza, camina por la periferia de los desparramados residuos, pues arriba de ellos todavía hay chicos y mujeres que revuelven la basura. Mira hacia adelante y nota un movimiento entre las últimas bolsas: no es el viento, el día se encuentra calmo. Sigiloso se acerca y ve un animal de color gris oscuro con su cabeza hundida en el nylon; al mirar su cola, larga y fina, se da cuenta que es una rata, tan grande como el inmenso gato castrado del vecino que duerme en el techo del rancho. Deja la caja y la bolsa en el piso, toma del suelo una mitad de ladrillo con restos de revoque y a modo de un felino se arrastra hasta su presa. Entretenida con la comida la rata recién presente el peligro cuando el cazador está sobre ella; intenta correr pero la mano con el ladrillo le aplasta la cabeza. El joven se incorpora, toma su víctima de la cola, y orgulloso reanuda la marcha ante la mirada envidiosa de los que siguen en busca de algo para comer.



Esta noche en el rancho de Ramón habrá banquete.

---

Carlos Tabachnik

66 años

Argentina

### **Lancha azul en puerto seco**

Cuando era chico vivía en Almagro, en la calle Venezuela, a dos cuadras de Av. La Plata. Todavía recuerdo el paso del tranvía 48 por la puerta de mi casa; las calles eran todas empedradas, mis amigos vivían a no más de 2 cuadras. Íbamos juntos a la escuela caminando y cruzábamos la avenida Independencia.

Era un barrio tranquilo y amigable, la gente también salvo las señoras que se asomaban a la ventana y nos gritaban que fuéramos jugar a otro lado.

Así lo veo a la distancia.

Jugábamos a la pelota en la vereda, en algún momento, fatalmente, la Pulpo se nos iba hasta la esquina e indefectiblemente caía en la alcantarilla de donde era imposible sacarla.

Tan tranquila era la vida que yo viajaba solo en el trolebús que pasaba por Av. La Plata, el 169, hasta la casa de mi primo que vivía en Villa Devoto, mi mamá le pedía al chofer que me bajara después de cruzar la barrera de Beiró y cruzaba Chivilcoy hasta la casa de Jorge.

Los sábados después de almorzar mi papá salía con una carpeta y volvía en un par de horas; a veces me pedía que lo acompañara y a mí me encantaba. Íbamos caminando dando vueltas, muchas veces pasábamos varias veces por la misma cuadra, Agrelo, Mármol, Muñiz, Spegazzini. Yo no entendía el porqué de esas vueltas ni me interesaba porque además charlábamos de distintas cosas, el colegio, los distintos árboles, los modelos de autos, de Boca. De tanto nos deteníamos en alguna casa y mi

papá tocaba el timbre, tres largos, uno corto. Rápidamente se asomaba alguien, podía ser desde una puerta o de una ventana, él le entregaba un pequeño diario doblado en cuatro y le devolvían unos billetes y continuábamos. En algunos lugares entrábamos en un pasillo largo y ahí era todo un poco más lento, charlaban unos momentos, me acariciaban la cabeza afectuosamente.

Siempre caminábamos en el sentido contrario al tráfico, si era necesario cruzábamos la calle.

El tramo final del paseo era ir hasta Av. La Plata y entrar en algún negocio que estuviera abierto. Antes, casi todos los negocios cerraban los sábados al mediodía pero casi siempre encontrábamos alguno abierto. Comprábamos las cosas más dispares, a veces podían ser facturas, elegí vos, me decía, mientras él iba hasta la puerta y miraba a derecha e izquierda como si buscara algo. También podía ser una tienda de barrio donde allí la elección se complicaba. Pero siempre había algo interesante, un par de medias, un pañuelo, por ejemplo.

Uno de estos sábados encontramos abierta una juguetería. Estuve un buen rato mirando, eligiendo. Mi papá, en la puerta. Cuando me decidí lo llamé. Estaba decidido, quería esa lanchita azul. Mire que lleva dos pilas grandes, le dijo el vendedor. Bueno, démelas, envolvió todo y lo puso en una bolsa de plástico.

Volviendo a casa, con la bolsa balanceándose en mi mano, yo me imaginaba a la lanchita surcando las olas de la bañadera.

De repente, un auto gris se detuvo bruscamente, bajaron tres hombres, recuerdo que mi papá tiró la carpeta pero rápidamente uno de estos hombres la levantó. Tiraron a mi papá en el piso del auto y lo sujetaban con sus zapatos, a mí sentaron en medio de ellos.

Primero fuimos por una avenida, luego por otra más ancha, de repente sólo eran calles angostas todas desconocidas para mí, empedradas, en ambas veredas había grandes galpones y camiones estacionados.

El auto entró en uno de estos galpones; me sentaron en una silla, a mi papá lo llevaron entre dos no sé dónde, pero cerraron varias puertas al pasar.

Cerca mío, en silencio, había un hombre, fumando en silencio. De tanto en tanto me miraba y me decía, vos, calladito.

Después de un tiempo, para mí larguísimo, apareció uno de los que se había llevado a mi papá. Sabés ir a tu casa, me preguntó, es que no sé dónde estoy, y mi papá, quédate tranquilo, después va a ir. José llévalo hasta Plaza, de ahí sale el 84, lo deja a una cuadra. Me dio unas monedas y me llevaron.

Ya era el atardecer y llegué a mi casa. Mi mamá me abrazó y comenzó una lluvia de preguntas. Cuando terminé de contarle todo, comenzó a hablar por teléfono, cosa rara ya que en mi casa nadie hablaba, sólo recibían llamadas.

Al rato llegaron personas que no conocía y se encerraron en el comedor alrededor de la mesa grande. Yo me fui a mi cuarto con la bolsa de la lanchita azul.

Fueron días raros; nadie me decía nada sobre mi papá, venían mis abuelos, mis tíos, mi abuela lloraba.

Seguían viniendo personas como el primer día. Yo escuchaba el timbre, tres largos, uno corto y mi mamá salía rápido a abrir la puerta. Venían con papeles escritos a máquina que ella debía firmar.

Pasaron muchos, muchos días y una vez llamaron por teléfono, mi mamá atendió nerviosa y luego bajó hasta la puerta de calle. Volvió ayudando a mi papá a subir las escaleras. Casi no me dejó mirarlo. Entraron a su cuarto y cerraron la puerta. Volvieron a llegar a casa otras personas, entraban rápidamente y se encerraban en el cuarto de mis padres, de tanto en tanto se escuchaban quejidos, lamentos, llantos.

A los 20 días, más o menos, pude entrar a ver a mi papá, estaba muy cambiado, hablaba en voz baja pero simulando tranquilidad, tenía varios vendajes en la cara y los ojos morados.

Fueron varios meses con estas rutinas. Finalmente, un día mi papá salió de la habitación, en pijama y con una bata, caminaba lentamente apoyándose en un bastón que no sé de dónde había salido.

Estaba muy cambiado, más viejo, triste.

Durante meses se quedó en casa, sin salir, y finalmente pudo ir a la oficina que compartía con mi abuelo.

Nunca volvió a ser el mismo, el que me llevaba a dar una vuelta por el barrio.

Yo había sacado la lanchita azul de su envoltorio y la puse en un estante de la biblioteca. Nunca tuvo su bautismo en el agua y desapareció en alguna mudanza.

---

Federico Bogavante

35 años

Colombia

### **Todas las cosas**

Pasó tres años en la prisión de Palmira, pero no parecía arrepentirse de ninguna de las cosas que había hecho para llegar hasta allí. De andar pausado y sonrisa cálida, de mirar sereno y manos de labriego, de ademanes bruscos y cachetes rechonchos, de nariz aguileña y estatura promedio; así era todo él.

Las cosas que sucedieron, sucedieron un domingo de feria, los campesinos pululaban por el pueblo enclavado en las montañas, la niebla descendía con calma, impidiendo a los rayos de sol llegar hasta la cara de las gentes. A un costado de la plaza se acomodaban en hilera desarticulada innumerables puestos de venta: carnes y verduras; enfrente estaban los artesanos, quienes a grandes voces promocionaban sus manufacturas cual saltimbanquis extraídos del medioevo. Las casas de los ricos, ubicadas a un costado de la iglesia de estilo neo gótico, estaban pintadas de colores

vivos y tenían hermosos balcones hechos de madera recia. Las casas de los pobres no se veían desde allí, ni tenían colores, ni balcones.

En una de aquellas ventanas de rico, creyó ver la cara (ya deteriorada por el tiempo) de uno de los hombres que sacó a su familia de la finca paterna. Nunca había vuelto a aquel lugar, otrora devorado por las llamas y la lucrativa ira azul.

Él caminaba tranquilo, con algo más que un par de tragos en la cabeza. “Ya me gasté lo del mercado ¡Ya qué hijueputas!”, pensó divertido. Saludó al pasar a viejos y buenos amigos, a conocidos y no tan conocidos, y a rostros perfectamente olvidables, los saludó porque tenía en ojos y corazón la jovialidad de quien ha bebido, no existía ninguna otra razón para ello. Entró en la cantina de don José y pidió dos cervezas al fiado, acomodó su machete colorado, su carriel y su mulera de manera que no entorpecieran sus movimientos. Y se sentó. Y estuvo allí sentado por muchas horas.

Nunca permitió, bajo ninguna circunstancia, que fueran retiradas las botellas vacías, pues era por todos sabido que de su presencia dependía la justicia de la cuenta futura. Pensó en Graciela y en los niños. Graciela también se llamaba Isaura, por cosas de la vida. Cuando estaba dispuesto a emprender la retirada ya moría el día.

De repente una voz amiga le alertó acerca de la presencia de aquel hombre: a caballo, deslizándose entre las últimas luces de la tarde, se dirigía como un espanto hacia la cantina de don José. Sus ojos, embrutecidos por el alcohol, confirmaron la identidad, era su enemigo. Las voces de alerta se levantaron por toda la plaza, los tenderetes cerraron presurosos, los borrachos alejaron de sí las melancolías y enfocaron todas sus energías en la contemplación de la escena, los cantineros ya comenzaban a retirar botellas vacías de las mesas. Los dos hombres buscaron la mejor posición para el combate.

Él miró al enemigo a los ojos y el enemigo clavó en él los suyos, la acción comenzó pronto; pudo esquivar con malicia las dos embestidas primeras, la tercera fue casi fatal y dejó en su brazo una pequeña herida. La desventaja era evidente, así que planeó su próximo movimiento con calma. Esperó. En el momento justo se hizo a un

lado y golpeó, como pudo, la mano de su oponente, quien observó de reojo algunas gotas de su propia sangre y las chispas que produjo su arma al caer contra el empedrado. Ante tal sutileza, el enemigo renunció al machete caído y tomó el juguete de su cinto.

Ese juguete se lo había dado el padre muchos años atrás, lo utilizaba para arrear el ganado, defenderse de animales salvajes, castigar a los domésticos o escarmentar a los niños traviosos. Las ondas súper sónicas, producidas en el instante en que agitaba su juguete con vehemencia, advertían de su presencia al ganado ajeno que cuidaba a cambio del sustento. Le había servido como apoyo al caminar por caminos de herradura y le había salvado la vida en más de una ocasión. Según el padre le había enseñado al momento de entregárselo, el juguete es una manufactura propia del campo y el artesano suele servirse del viril del toro o del madero del guayabo para fabricarlo; en ausencia de armas más letales podía usarse también como recurso válido en una inminente trifulca.

El juguete del enemigo salió del cinto rompiendo el aire y estalló contra su espalda, el dolor embraveció su espíritu, lanzó un golpe ciego que solo logró impactar el costado del caballo de su rival, giró sobre su propio eje, acomodó instintivamente su mulera y esperó el próximo ataque. El enemigo se acercó veloz y lanzó un nuevo golpe. Esta vez el juguete estalló contra su palma, el nuevo dolor le indicó el momento justo, cerró la mano con fuerza y atrajo hacia sí toda la humanidad del oponente. Fue tan solo un instante, mientras halaba con su mano izquierda el juguete cautivo del rival, su mano derecha blandió el machete colorado con una rapidez infernal. La fina hoja atravesó el cuerpo en el aire... piel, intestinos y espinazo.

Con el enemigo exánime a sus pies pensó en lo que había hecho, se examinó por dentro: se sentía bien consigo mismo, y aquello era muy importante, porque de eso dependen todas las cosas.

Adrián Gallardo Nada

38 años

México

## **Ojos de sal**

Había una vez una mujer, su mirada era melancólica pero esperanzadora, habitaba en un paraje de arenas blancas y montañas de sal.

Era solitaria entre los hombres e incluso hay quienes podrían decir que su andar era triste cuando recorría las playas desiertas para contemplar el mar y cantar a coro con la espuma.

Bailaba con dicha en los festivales del puerto y su danza era como el canto de las sirenas que se estrella contra las rocas en un canto desesperado pero poseedor de la más sublime belleza, algunos hombres posaban sus ojos sobre ella, pero nadie era capaz de mirar directamente a los suyos, sobre su mirada se escribieron mil canciones, y su sonrisa dio nombre a las tormentas, pero aún entonces su baile era solitario; Pues de entre los navegantes no había nadie capaz de amarla, sus manos de marino demasiado acostumbradas a hacer nudos y dirigir barcos eran toscas y torpes sobre la suave piel habituada a las caricias del viento y la marea. Sus oídos de palabras obscenas y truenos de huracán no sabían entenderla, sus mentes turbias de alcohol y mujeres vulgares de cantina eran demasiado cortas para medir su eternidad.

Ella encontraba consuelo en las cosas simples y sublimes como el coral y los rayos del sol, disfrutaba de la noche y sus misterios, además cuentan que poseía el lenguaje secreto de los delfines.

Una noche después de haber creído en las promesas de amor de un apuesto navegante y haberse visto abandonada sin respuesta al marcharse él en busca de una pasión en lejanas tierras, sentada en un viejo muelle contribuía a la inmensidad del mar con un par de lágrimas secretas destiladas por su corazón roto, escuchó un lejano sollozo,

como sí el océano en su infinita paciencia abriera su profundidad para responder el silencioso misterio de su soledad.

Y en efecto, las aguas revelaban una silueta bajo la luz de la luna que avanzaba lentamente hacia ella, el aire se impregnó del agradable aroma de las algas.

¿Quién eres tú? - preguntó la joven limpiándose las lágrimas sobre las mangas de su vestido blanco.

“Soy el mar y la oscuridad, soy un sueño terrible e incomprensible, soy la furia que devora navíos y la dulce brisa que refresca a los amantes por las noches”. - respondió el joven pálido y sombrío con una voz que era al mismo tiempo el viento y el trueno.

¿A que has venido?

El dios marino la miró unos momentos en silencio antes de responder, finalmente se sentó a su lado caminando sobre las aguas, y clavó en ella su mirada, la joven pudo reconocer en esos ojos todos los tonos de verde, azul y gris que jamás hubiera contemplado sobre las olas, incluso el cobre rojizo del atardecer destellaba dentro de ellos cuando sus palabras subían de intensidad. —“He venido a contarte un secreto y a salvarte de la soledad que te consume, tú mi dulce niña, naciste del mar como la marea y te elevas sobre los delfines, profunda y misteriosa. Sí, también eres soledad, pero soledad de luna entre estrellas, conoces el lenguaje de las hadas y de ellas provienen tus dones. Eres el canto silencioso del colibrí, tienes la magia de los gatos que juegan con las sombras. Tu sonrisa siempre será una promesa del amanecer y una bendición para los que como yo elegimos el exilio de los hombres. Por esto jamás mortal alguno compartirá tu destino, ya que no eres como ellos, perteneces a una raza antigua y maravillosa que inspiró a todos los poetas, los humanos ávidos de sueños y deseos se empeñan en poseer todo aquello que es inalcanzable, pero al despertar lo olvidan y prefieren entregarse a lo mundano frente a lo maravilloso para no ver dañado su orgullo frente a lo sublime que les muestra su verdadera dimensión, y tú mujer eres un sueño que perdí hace años, perfecta y divina como el recuerdo de un amor perdido pero no para ser apreciada por ojos mortales.”



Lo que dijeron después pertenece solo a sus oídos, pero cuentan algunos pescadores que una mañana de diciembre vieron una pareja tomada de la mano perderse caminando sobre las olas del mar rumbo al horizonte, ella era un ángel, una sirena o una ninfa no lograban ponerse de acuerdo todos la recordaban como alguien familiar pero no podían ubicar su rostro, como durmientes que en vigilia intentan revivir sus sueños, él era un dios oscuro con alas de rayo de luna que a pesar de lo temible de su presencia sonreía mientras charlaba con la diosa y movía las manos animadamente para invocar peces voladores y toda clase de prodigios en nombre.

Desde entonces no se les ha visto jamás, pero todas las niñas del pueblo acuden una vez en su vida al viejo muelle donde alguna vez una doncella confesó sus tristezas al mar, para entregar ofrendas y collares de coral a la diosa para que arrastre hasta el puerto hombres maravillosos para casarse con ellos y tener hijos hermosos. Además, el señor de los océanos aplacó su furia sobre los pescadores, ya no eran necesarias las tormentas que invadían los puertos con sal. Por fin había recuperado a su amada.

---

Sonia Arreguín Nava

29 años

México

## **Cuarentena**

El sonido del timbre me despertó de uno de esos sueños reparadores a media tarde, caminé medio dormida cuando abrí la puerta.

— ¿Quién eres tú? —pregunté sorprendida al extraño que estaba frente a mi puerta.

—Aquí vivo, bueno, a partir de hoy— me respondió serio y bastante convencido de que era yo la que no tenía toda la información al respecto.

Me dejó pensando que tal vez la casera ofreció una de las habitaciones vacías del departamento, pero estando en cuarentena se me hizo increíble que lo hiciera sin avisarme. Marqué a la casera intentando averiguar lo que estaba pasando, no

contestó ni una sola de mis llamadas, siempre iban directo al buzón de voz. Al final dejé de pensar si era cierto o no, había dejado el dinero de la renta y de los servicios de internet, agua y luz en la mesita de la entrada. Al menos pagaba puntual, pensé.

El departamento tenía dos baños y dos habitaciones, una sala común y una cocina con suficiente espacio para una mesita con un par de sillas que se miraban frente a frente. Había una ventana cerca del horno de microondas, el paisaje era impresionante desde ahí.

Él y yo nos sentamos en la mesita y nos miramos, no podía ver más que sus ojos cubiertos con la mascarilla azul, dijo que iba a usarla al menos una semana en lo que se demostraba que no estaba enfermo. Le agradecí. Además, prometió que no saldría más que a comprar la comida e iba a trabajar desde casa.

A partir de ese momento empezamos a conocer nuestras rutinas, nos encontrábamos a menudo en la sala, nos sentábamos en el sillón juntos a platicar con una taza de café, también lo invité a jugar cartas, así el aburrimiento del encierro quedó atrás.

Cierto día, mientras jugábamos al póker sentados en el sillón, mi mano rozó la suya cuando repartía las cartas. Sentí su piel suave que erizó la mía, cuando me di cuenta, él me estaba mirando fijo, se dio cuenta de las reacciones de mi cuerpo a través de algo tan simple como aquel accidente. Rio un poco, no parecía burlón, más bien divertido. Se acercó más a mí, su rostro estaba tan cerca del mío que sentía su respiración. Mi mano, como si me desobedeciera, se dirigió a su rostro y lo acercó más a mis labios permitiéndome sentir la suavidad de los suyos, noté lo delgados que eran y lo seductores que me parecían, no quería alejarme de ellos. Me acerqué nuevamente a él, lo jalé desde su camisa hacia mí para poder besarlo, su lengua humedeció mis labios y navegué con la mía en su boca, sentí que me perdía y no quería alejarme. Mi respiración se cortaba, quería más de él. Así que lo recosté en el sillón, todo ese tiempo él me miraba con dulzura, creo que jamás me habían mirado así, fue por eso por lo que me dejé llevar tan rápido.

Desabotoné su camisa, sentí la piel de su pecho entre mis dedos mientras desnudaba cada parte de él. Aún sobre su cuerpo busqué que se acercara aún más a mí, que se sumergiera dentro de una parte de mí que ni siquiera yo conocía. Me acercaba de vez en vez buscando sus labios, como un pequeño goce extra entre la explosión de emociones.

Me quedé dormida después de satisfacer mi atracción hacia él, no me importó cuando lo vi levantarse del sillón, me hice un ovillo entre los cojines, quería quedarme así siempre. Empecé a soñar, soñé con la cuarentena a la que estaba sometida desde hace meses, con la soledad que tuve que vivir antes de que él llegara a mi puerta. Recordé mi rutina, levantarme, hacer un poco de ejercicio, desayunar, bañarme, trabajar, ver televisión, dormir, y así día tras día hasta que él llegó al departamento.

Él significó para mí una bocanada de aire puro ante toda esa situación tan ansiosa y estresante, su llegada fue perfecta. ¿Perfecta? Lo noté, todo él era perfecto, su llegada, sus ojos, sus labios, esa forma de mirarme, la manera en que me aceptó tan fácil. Era demasiado perfecto. Demasiado como para ser real. ¿Es real? ¿Y si una parte de mí lo creó después de sentirse tanto tiempo sola? ¡No! Eso no era posible, yo lo sentí, tengo la memoria de sus dedos presionándose en mis muslos, las marcas de sus uñas en mi espalda. ¡Es real! ¡No! Nadie tan perfecto aparece en tu vida, en época de cuarentena, de encierro... Era obvio, yo lo imaginé, y si todavía estaba después de que abriera los ojos, mi enfermedad era más grave... debía alejarlo de mí.

Entreabrí los ojos, lo vi caminando desnudo en su habitación, dejó la puerta abierta, era obvio que esas cosas solo pasaran en mis sueños. Me dejé llevar demasiado por la soledad, pensé. Esperé a que llegara el día siguiente y le pedí que se fuera de ahí, que no iba a volverme loca, que yo sabía que no existía. Él lo negaba, decía que era de carne y hueso. Las alucinaciones pueden ser demasiado fuertes, creí. Él me miró con extrañeza, y hasta cierto punto asco, mi alucinación me odio por lo loca que parecía. Así que, con una pena en el pecho, por loca y por enamorada, lo corrí del departamento y cerré la puerta para no verlo más.

Respiré profundo, me sentí sola otra vez, estaba segura de que las alucinaciones podrían volver, entonces las disfrutaría un momento y correría de mi casa justo como acababa de hacerlo con él.

Mi teléfono sonó, la casera respondió casi un mes después de mi llamada, se disculpó varias veces, su hermano había enfermado y fue llevado a un hospital cercano, lo tuvieron en terapia intensiva hasta que, por fin, murió después de semanas de agonía. Lloró mientras me contaba. Me dijo también que por eso no había querido hablar con nadie ni hacer nada. No fue sino hasta ese momento que recordó que debía decirme que Miguel Hernández había firmado un contrato de seis meses para la habitación contigua a la mía.

---

Pablo Andrés Gómez Parra

31 años

Colombia

## **Amar**

Durante la media noche,

Abrazado por el frío, escuchando el sonar de las ramas con el viento,

Contemplo la existencia entre lo que está bien, junto a lo mal,

Espero la muerte, es la gran incógnita de la vida,

Nacemos sin propósito, y morimos sin saber, ¿qué sigue? ,

Es solo un sueño dentro de un sueño!

o una respuesta oculta en nuestro subconsciente,

Tal vez el verdadero propósito se encuentre en el amor,

Amamos de todas las formas posibles, morimos amando,

Por más daño que tengamos en nuestro interior,

Con almas rotas y cuerpos vacíos, el sentimiento del amor está ahí,  
Implementado como un sesgo, una ideología nata de amar,  
Somos maquinas construidas de amor de mil maneras posibles,  
Sin odio, ni cinismo, solo dejándonos llevar,  
Aunque siempre con el riesgo de fallar, todo se convierte en palabras, sin rumbo ni salida, solo destruidas.

---

Maria Trinidad Williams Fuenzalida

42 años

Chile

### **Estallido social**

Dime, dónde estabas tú mientras yo,  
hambriento y doliente en las tripas y en el corazón,  
recorría las calles mirando ausente,  
esta ciudad displicente, aborto del desarrollo.

Mírame a los ojos -al que me queda-,  
y responde sincera, como nunca has sido,  
si sospechabas que yo existía y que respirábamos  
el mismo aire, bajo el mismo cielo

Dime si sabías de mis labios dulces,  
que de tanto mascar polvo se volvieron agrios,

cuéntame si has llevado las uñas como las mías,  
desgarradas de raspar la mugre de las calles.

Nómbreme, como si fuera único,  
diferénciame de la turba y deja de llamarme lumpen,  
siente latir mi corazón y luego dime,  
si soy una condena o una consecuencia.

Explícamelo, porque yo no lo sé,  
pero sin usar palabras ni miradas lastimosas,  
ya que insensible a tu idioma, se ha vuelto mi mente,  
así como tu alma a mi dolor furioso.

---

Paul Orlando Vera Basilio

33 años

Perú

## **Nuestra historia**

Hace poco me pediste que escriba sobre ti.

¿Crees que no lo pensado? ¿Que no lo he intentado?

Sin embargo, hay cosas que no sé decir ni nombrar.

Cómo explicar, por ejemplo, el mar que soy cuando me tocas. La lluvia triste en que me torno cuando te marchas.

O el río que carecía de rumbo fijo hasta que tú bebiste de él.

O el niño perdido que nunca buscaron, y que encontró padres en tus ojos.

Nuestra historia es también un mar, vasto y melancólico. O quizá un río, apurado y desmedido. O, tal vez, simplemente un niño que pasea por allí.

No le demos un nombre, que todo lo que se nombra acaba por morir.

---

Nathalie Bejarano Realpe

24 años

Colombia

## **Conflagración**

Desapareció, no sin antes despedirse de ella.

Tommy era un joven desempleado de la ciudad de Bogotá. Viajaba en transporte público todos los días, por lo que debía partir con tres horas de anticipación. A pesar de esto, aunque saliese a las ocho, a las siete o incluso a las 6, nunca le era posible llegar a tiempo a su destino.

Su casa estaba escondida tras una fachada mal puesta en el barrio Ciudad Bolívar, adornada por ladrillos (como todas las demás), con manchas inexplicables que nunca olvidarían las cicatrices de la guerra. Tommy no comprendía las razones por las que seguía en el lugar que tanto daño le había causado, sin embargo, no estaba en sus planes abandonar aquella casa que lo había visto crecer.

Salir era el único escape para los problemas que concurrían a su alrededor. No le importaba esperar unos cuarenta minutos para subirse a un transmilenio repleto de personas, que todo el tiempo parecían estar de mal humor; pasar las calles llenas de huecos y llegar a las principales donde los trancones parecían esperarlo. Esa era la razón de sus días.

Nadie sabía por qué salía con tanta prisa. Ninguno, además, conocía los lugares que frecuentaba desde la madrugada. No faltaba los que pensaban que estaba en malos

pasos, que iba a hacer -vueltas- para unos cuantos, los que creían que había conseguido trabajo pero no estaba dispuesto a divulgarlo o, incluso, quienes decían que *él al fin y al cabo siempre había sido un muchacho raro.*

Una mañana todo desaparecería. No lo malentiendan, la vida no, ni Ciudad Bolívar, pero sí una parte de la historia en el momento en que Tommy empezó a ser recuerdo y se llevó cada uno de los olvidos. Cada promesa abandonada de las campañas políticas, cada persona que sin saber lo que le sucedería se mudaba a la capital en busca de oportunidades, cada sinsabor del desamor que había vivido en aquel lugar que le vio crecer, la memoria de sus padres que había sido relegada por todos. Todos los que ahora solo viven en los recuerdos de las promesas falsas de país mejor.

Una mañana desapareció, y lo único cierto es que alcanzó a despedirse de ella.

---

Pedro José Córdoba Valera

42 años

Colombia

## **Inmoral**

Al encontrarse el hábito

-dura-

prueba de ellos es cavar en el nombre

para saber el camino que llevas dentro

y cae la fecha

más allá de mí

de hecho hace de esto un después

que según el cuerpo

si lo desatan ilumina



Grace Suárez Rodríguez

27 años

Colombia

## **El autor que fenece al escribir**

En las épocas de lluvia donde claramente sus ojos se llenaban de crudos recuerdos el autor recorría las líneas de las letras con suma ligereza procurando encontrar las palabras adecuadas para describir el martirio que vivía en su cabeza. Cegaba sus emociones de tal forma que se perdía de la compañía de las personas con las que compartía su casa y hacía que su sensación de soledad aumentara aun cuando las voces sonaban animadas y la música llenaba cada rincón de la casa.

La tinta sobre el papel rugía con gran ímpetu y por medio de las luchas con las que batallaba el autor esta volvía sus fluidos espesos a causa de la negrura que se desprendía del cuerpo del escritor. Llevaba su vida sumida en una grave apatía, a veces hacía las mismas cosas, en el mismo orden y en la misma cantidad de tiempo.

Sus fuerzas abstraídas en una conservación de ellas le impedían esforzarse en discusiones inútiles o distraerse en actividades diferentes a sus garabatos que se le llevaban el alma a pedazos. No concebía el hecho de salir y adentrarse en el escándalo de las calles, aunque a veces le tocaba. Su piel perdía el color debido al encierro, a la ocultes de su figura al sol, a su ensimismamiento convertido en la pobreza máxima de su autoestima.

Como un arrugado papel mantenía sus ánimos, aunque ocultos a la gente. Se escribía a sí mismo como si se clavara mil puñales de eternos recuerdos, pero no hallaba otro consuelo que no fuera gastar miles de lápices en sus desgarradoras letras. Los caminos transitados en la pulcritud de sus oficios lo volvían obsesivo a la marcha de sus oscuras penas. Todo lo exterior era inverso a su interior.

Algunas veces se quedaba tan petrificado frente al estante de libros que parecía ser parte de la decoración despampanante del lugar, aunque este escritor lucía ruin, sin gracia y endeble. Se adentraba tanto en ese estado que trataba de clavarse las manos

en el centro de sus emociones para lograr plasmarlas con tanta pasión que no tuvieran otra opción que sangrar hasta lograr liberarse del mundo siniestro que las encapsulaba, pero a veces no lo conseguía.

Cuando salió por obligación la brillante y perpetua luz del sol quemaba su sensible visión volviéndolo irritable y con un deseo invencible de eliminar a todo el que caminaba a su lado sin formar parte de sus oscuras historias. Descubría su sonrisa con un encanto lleno de hipocresía mientras tomaba una taza de café tan caliente que se quemaba la garganta, pero esto último no le importaba.

Al volver de su inútil y poco productiva travesía sentía un malestar tan exagerado que lo tumbaba durante varios días, pero aun así su mano no dejaba de moverse sobre el papel, plasmando allí todas sus incomodidades hasta que el trabajo estuviera terminado. Cuando terminó el peso de su cansancio lo dejó perplejo frente al gran estante de libros. Repartió con gran sequedad los textos recopilados con amargura y se introdujo con victoria en el gran sillón.

Su exagerado silencio parecía ser parte de su personalidad, pero no, aquello era el reflejo de la tranquilidad que desearía tener apenas callasen las voces en su cabeza que le exigían escribir más. Sus ideas se escurrían sobre sus oídos que simulaban no escuchar, sus manos se agrietaban y se adormecían a la falta de actividad, la cabeza le palpitaba con fuerza y lo enviaban derrotado a la cama.

Cuando los animados y curiosos lectores empezaron a adentrarse en las letras de sus textos estos comenzaron a retumbar en el solitario cuarto del escritor, se transformaron en los ojos, en los personajes y en la oscuridad que se encontraban en ellos. La noche se transformó en el testigo, el cuarto en la escena, y el escritor en el muerto.

Al producirse el desenlace, las letras se fueron marcando sobre su piel y se fueron estacando en lo más profundo de su cuerpo, volviendo así a la cuna perversa que las había expulsado con la crudeza del rechazo que las dejó al amparo de otros ojos que no comprendían aún la fuerza de sus voces.

Mariela Benitez

26 años

Argentina

## Reina del agua

Volvemos al agua

A bordo de un ramillete de flor de sauco

Amor en los rincones lluviosos del ser

Hay que convivir entre el paisaje humano

Y habitarlo

Impedir que las moscas se acumulen

en un pozo de dudas

y con él la visión de que estamos vivos.

---

Mariana Pou Moragues

34 años

Argentina

## La página final

*Para mi mamá y mis hermanas*

Pasó mucho tiempo pero todavía lo recuerdo un ayer. El reloj marcaba las 8.23 a.m. cuando llegamos a la ciudad de Puerto Madryn. Ese era nuestro descanso anual pero también nuestro reencuentro después de muchos años. Por más que éramos una madre con sus seis hijas, todas habíamos tomado caminos distintos y éramos casi unas desconocidas entre sí, con rostros similares.

Hubo un desayuno bastante relajado mientras esperábamos el colectivo a Puerto Pirámides, creo recordar. Mientras, componíamos una charla de sobremesa en la que una iba, otra volvía, otra dormitaba y hasta yo también me levanté. Desde la ventana había divisado el cartel de una librería y mi atracción fue instantánea.

Crucé la calle y apenas un momento después crucé de nuevo la puerta de la confitería con el libro que había elegido para compartir mis vacaciones.

Puerto Pirámides no es un destino que todo argentino debería visitar. Porque Puerto Pirámides resultó ser un oasis de mar y paz que todo ser viviente debería poder experimentar. Incluso aunque no esté en realidad allí. Porque todavía hoy estoy convencida de que la aldea no existió jamás como yo la recuerdo sino que fue una construcción exteriorizada de algo desconocido dentro de mí.

La aldea existía, *tashikani*. Aún lo hace. Está ahí tranquila contemplando el mar con los ojos entrecerrados de quien sabe que va dormirse en brazos seguros. Despeinándose con el viento de la Patagonia que la recorre en sus pocas manzanas y que los días de frío la encierra en la casita de té para saborear tortas dulces.

La caminamos; la recorrimos; la conocimos. Probamos sus tortas, sus cervezas, sus noches de música y sus días de correr hacia las olas más claras que he visto. Pero lo que yo quiero contar es algo que creo que (me) pasó por una conjunción de detalles; entre los cuales la realidad empírica y tangible de Puerto Pirámides es solo uno.

Volviendo al libro (el factor importante de esta historia): comencé a leerlo en la playa. Ya el primer día descubrí sorprendida que casi todas habíamos llevado una compañía similar. Amor, ensayos, intriga, teníamos todos los géneros repartidos.

Mi libro de playa era de autor japonés. Una mezcla de géneros como solo un autor japonés amante del jazz puede escribir. Yo lo devoraba línea a línea, página a página, como una posesa.

En la playa, nos íbamos conociendo con mi familia. Mis hermanas y yo; nos reconocíamos. Nos conocíamos otra vez. Ahora ya éramos mujeres adultas. Esa era la

palabra que me pesaba y, a la vez, me hablaba: mujeres. No pude contar cuántos años habían pasado desde la última vez que habíamos estado así. Éramos un grupo que parecía moverse con el viento: ahora se separaban dos, se juntaban de nuevo; ahora se dividían otra vez, luego se reunían. El grupo de mujeres que giraba con el viento: cabellos largos, blanca tez de ciudad.

El libro decía todo esto que yo vivía con mi familia. Se encargaba de reunir todo entre sus páginas y devolvérmelo en forma de narración japonesa de ficción, ensayo, historia y espiritualidad.

Son aún recuerdos. La cerveza Heineken más cara de la historia en el bar, la caminata nocturna por la playa a oscuras, los churros de la tarde, el parche para la mochila, la serenata de Marcos, la ensalada de frutas, los regalos del día de Reyes Magos. Todo estaba curiosamente narrado entre las páginas japonesas.

Cuando mis vacaciones terminaron, volví de nuevo a la rutina. Pero el libro seguía conmigo y me recordaba que nada había sido mentira. Lo retomé con el ansia latente de conocer el final, aun cuando eso significara poner un punto final a Puerto Pirámides.

No había nada. Mi libro era un libro sin final.

La historia se truncaba abruptamente, dejándome con la certeza de saber que ese faltante era lo que tampoco tenía yo. No podía decir cómo lo sabía, pero estaba segura de que ahí estaba la respuesta a todo, en ese final. Mis dudas sobre la historia que habíamos visto y habríamos de vivir, sobre los ensayos que solía escribir, incluso sobre la espiritualidad cambiante que reinaba en mi alma. Nuevamente: sobre mi familia. Pero también sobre mí.

Me obsesioné. No podía encontrar otra copia por ningún lado. Nadie conocía al autor y, posiblemente, no lo conocerían jamás. No podía contar con nada que me diera ninguna pista sobre ese final truncado.

Volví a Puerto Madryn en cuanto un fin de semana me lo permitió. La librería ya no estaba frente a la terminal. Nadie supo decirme si la habían mudado o si la habían visto alguna vez, siquiera. Así crecí, envejecí y viajé. En cada destino busqué el final que alguien me había robado.

Hace poco volví a Pirámides. Solo quería ver de nuevo con mis propios ojos el mar de la península; quería recordar cómo me sentía al caminar sobre la arena de la mañana con mi bikini azul, cómo era exactamente el sabor de la cerveza en la terraza del bar frente al mar.

Este cuento que lees ahora, posiblemente sea lo último que escriba.

Yo encontré el final. El del libro y el de la vida mía.

Era una sola página y estaba pegada en el muro de la casa de té. La vi de casualidad mientras disfrutaba un recuerdo y una porción de torta de manzana. Mientras masticaba el dolor y la tristeza de lo que era y ya nunca más fue.

*«—No debiste dejar que nadie más escribiera por ti —dijo el coronel antes de morir. Pero ya era tarde. Yo había visto caer la nieve sobre Tokio y esa es una herida que no podía cerrar».*

21/01/2015

---

Luis de la Cruz Pérez Rodríguez

64 años

Cuba

## **Rumbo a Ítaca**

Camino sobre el silencio y la algarabía,

sobre el magma ardiente y las olas

que lo envuelven todo.

Camino entre poemas por escribir  
y disculpas de un futuro adormilado  
(e inconsciente de poder despertar).

¡Oh Tiempo, ábreme tus sendas! ¡Me urge Ítaca!

¿Quién soy? ¿El crujir de la nave Argos?

¿Un pastor sin báculo ni ovejas?

¿Un rumbo perdido en la media noche?

¿Quién soy? ¿Un náufrago de otra galaxia

o el legionario que busca su Imperio,

siglos después de caer?

¿Señor cómo puedo llegar a Ítaca?

¿Seré un versículo fuera de contexto?

¿El conjuro del druida al borde de la Selva Negra?

¿Una mirada de soslayo hacia la Roca Ancestral?

¿Quién soy? ¿Un soplo de viento triste

o la fértil esperanza de la Teoría del Todo?

¿Quién soy? ¿Acaso el debate de un susurro

que vuelve a oscuras para sembrar

—verso a verso— sus propios campos?

¡Oh Invisible Luz, Ítaca está más lejos que ayer!

¿Quién soy? No pretendo hallar la respuesta  
ni seguir buscándola, entre guardas con tridentes  
y hermosas mujeres que han plagado de errores  
mis peldaños hacia Dios.

Camino sin encontrarme ni encontrar a Ítaca.

Deambulo por tabernas y mercados, marismas y puertos...

Señor, no sé quién soy. ¿Acaso soy?

---

Juan Martínez Reyes

31 años

Perú

### **La muchacha de la playa**

La resaca llegaba silente a la orilla, y aquella mujer seguía sentada en la peña mirando el mar. Atardecía y los arboles eran llamaradas cubriendo el firmamento. Lentamente agonizaba el sol en el horizonte marino, y ella permanecía pensativa contemplando la caída del sol frente al mar.

Algunos albatros surcaban el firmamento. Estábamos cerca al peñasco, sentadas en la orilla, y desde ahí, solo podía observar su torso y su cabellera castaña ondulando al compás del viento. Creí que lloraba, porque su mano se deslizó sutilmente por sus ojos. Las olas habían crecido amenazantes, y ella se mantenía inmóvil. Parece que está triste, le dije a mamá. Debe tener problemas. Quién sabe, hijita. ¿Qué extraño, aún no se va de allí? Ya está atardeciendo y la marea está más brava. ¿Nos acercamos? le pregunté. Si no se va en unos minutos vamos a verla, me respondió.



Mientras conversábamos la perdimos de vista por unos segundos. Nos volvimos para ver si seguía en la peña, pero ya no estaba. ¿Cómo pudo marcharse tan deprisa?, le pregunté a mamá. Miramos a los alrededores, pero no la ubicamos. ¿Se habrá lanzado al mar o ya se habrá ido?, me pregunté intrigada. Pudimos haberla ayudado, pero no hicimos nada. La culpa invadió nuestros corazones. Nos acercamos con premura al peñasco donde había estado la mujer. Al llegar, escuchamos un dulce canto que venía del mar, y a poca distancia logramos distinguir el cuerpo de una mujer, que se movía bajo el agua.

---

Matías German Rodríguez

22 años

Argentina

### **La chica de los bosques**

¿Quieres que te cuente cómo conocí a la persona más bella del mundo? Bueno, vas a tener que escuchar mi historia... pero te anticipo, poca gente me ha creído cuando la he dicho en voz alta.

Todo ocurrió hace dos años, cuando decidimos ir con unos amigos a un bosque a las afueras de la ciudad. No voy a mentirte, no era muy fanático del exterior, pero... tras mucha insistencia de la mayoría de ellos, tuve que ir.

Nada más llegar, debíamos armar una carpa y organizar las cosas para el campamento, y... me perdieron. Me excusé diciendo que quería revisar los alrededores y los dejé a la suya. No había venido hasta acá para buscar ramitas y clavar estacas.

Decidí empezar a caminar, con la intención de perderme un rato, disfrutar un poco del lugar. Fue allí que encontrar a otro grupo de personas, bastante grande, que habían armado un campamento a unos metros del nuestro. Me gritaron un saludo nada más verme

– ¿Andas buscando leña? – me preguntaron.

– En realidad... no quería venir originalmente, pero supongo que sí.

– Tenemos ahí una pila, llévate un poco si quieres – me dijeron señalando una pila enorme de palos y ramas a metros de su campamento. Tome un poco y le grite un agradecimiento, antes de volver al campamento... los chicos habían intentado sin muchos éxito estaquear la carpa. Me vieron llegar con la leña y me preguntaron cómo la había obtenido.

– ¿Saben que aquí a unos metros hay una gente que parece que la tiene mucho más claro que nosotros? Quizás nos vendría bien pedirles ayuda.

Días más tarde, nos reunimos cerca del lugar donde los había encontrado el primer día, con mis amigos, a comer algo juntos. Una joven de su grupo, de pelo caoba y con una remera verde pastel, nos bombardeó a preguntas sobre nuestros trabajos en la ciudad, pero en miras a que el único que respondía con algo de alegría a esas preguntas del grupo era yo, concentró sus preguntas en mí... a un nivel que resultaba intimidante.

Era extraño. Aparentaba tener mi edad, pero desconocía cosas básicas de la ciudad (como el funcionamiento de los poderes del estado); sin embargo, en ocasiones, traía cosas de su conocimiento de la naturaleza, o de pensadores históricos que me dejaban sin palabras. Lo que sí noté es que había leído mucho en su vida. Conocía cada historia del planeta, al parecer. Definitivamente necesitaría hacer una lista de todas sus recomendaciones.

Recuerdo, que minutos antes de que tuviéramos que irnos, le pregunté de dónde era y me señaló el bosque a nuestra espalda. Habíamos estado tomando unas cervezas juntos, y estipule que era una broma, así que solo me reí. Deduje que vivía en el campo, quizás en un lugar muy alejado de la ciudad.

Ella, muy seria, me miro a los ojos, y me dijo «Ya que no me crees, te enseñaré», antes de tomar mi mano y llevarme al medio del bosque. La seria cara de ella, volteaba a

mirarme cada cierto tiempo, a mi rostro que se volvía más serio a cada segundo. Hasta que llegó a una explanada rodeada por árboles y se quedó quieta.

– Aquí – me dijo, seria. Pero al ver que mi expresión no cambiaba, camino hacia uno de los árboles, lentamente.

De a poco su figura se volvió menos clara, desvaneciéndose por segundos, mientras un camino de hojas empezó a aparecer tras su espalda. Mejor dicho, un tornado pequeño de hojas la envolvió un segundo, haciéndola desaparecer. Y allí supe, que siempre volvería a aquel bosque.

---

Susana Corullón Paredes

57 años

España

**Poema s/t**

A veces

sombras nuevas

sobre días pasados,

retuercen el recuerdo

hasta fundirlo en negro.

Yo digo que los días

fueron bellos

y que una mente sabia

los defina después

como ella quiera

Williams Saddam Sernaqué Huaranga

29 años

Perú

## **En blanco**

¿Por qué escribo? No lo sé, es difícil contestar. El medio literario está plagado de escritores que han respondido, a su manera, bella, sublime, visceral, tal interrogante. Sería absurdo pretender contradecirles o poner en tela de juicio sus consideraciones. Solo quiero encontrar mis propias razones, porque, eso sí, prefiero decir una auténtica estupidez antes de hacer un plagio descarado e indigno. Intento pensar en una respuesta original (craso error, no se piensa, se siente), no obstante, creo estar lejos de tejer un argumento que explique el origen de este ejercicio literario, o de plasmar el sentir que subyace al momento preciso en que me toca fabular. Entonces, mejor tomo otro camino y describo qué me sucede cuando no lo hago, ya que, al fin y al cabo, es lo que me pasa más a menudo.

Es mediodía y comienzo a sentir el revoloteo furioso de ideas en mi mente, intento apaciguar ese remolino transformándolo en palabras, frases, párrafos, relatos con algún sentido; nada, hoja en blanco. Me quedo petrificado mirando el teclado; las letras, los números y los caracteres saltan alborotados entre sí formando sinsentidos; el caos reina, estoy más confundido que nunca. Bebo un gran sorbo de agua, exhalo profundamente e intento hurgar en mi memoria buscando temas que agiten mi imaginación; películas, anécdotas, recuerdos, leyendas, rumores, miedos, sueños, profecías, inventos, ciencia, filosofía, historia... ¡mierda!, ninguna maldita línea.

Un pequeño ardor se aloja en mi estómago, las horas comienzan a obstruir mi respiración. La pantalla, más vacía y blanca que nunca, me enceguece. Golpeo el teclado, logro construir un texto, lo leo, lo borro, lo odio, tan simple, tan ordinario, aborrezco mi creación. La impotencia es una amiga recurrente, me devora, se sirve de mis entrañas. Reviso libros, relatos, cuentos, en busca de la chispa creadora, pero solo me hierve la sangre de envidia; quiero escribir así.

Oscurece, el peso de la noche cae sobre mis hombros, me fulmina. Siempre es lo mismo, un círculo tormentoso, triste y vicioso. Miro el ordenador y solo veo minucias, trivialidades, escritos banales que con las justas encajarían en la categoría de las buenas intenciones.

Escucho los ecos del silencio, ya es de madrugada. Me duele pensar que tal vez no sirvo para esto, que no tengo el don de la escritura como me lo hicieron creer. Quizá cierto mito callejero, transmitido por lenguas escurridizas y ociosas, tenga razón: todos nacemos con una estrella, con un talento innato que debemos descubrir en el transcurso de nuestra existencia. Un capricho del destino. Sin embargo, empiezo a creer que todo es una farsa, que el destino no existe y que no tenemos ninguna estrella. Todo se consigue con determinación, a punta de sudor, disciplina y un poco, o bastante, suerte. Requisitos que me son esquivos en la actualidad, sobre todo la suerte. Me siento atrapado en un laberinto, mis pasos transitan agazapados bajo la sombra de la incertidumbre, navegando sin rumbo por un mar de dilemas, mentiras y decisiones que no me atrevo a confrontar; de las cuales, hay una que, últimamente, ha estado rondando con vehemencia en mi cabeza: desistir, de una vez por todas, de este sueño malsano de ser escritor.

Ya es de mañana, otra vez sin dormir, y otra vez sin terminar relato alguno. Me rindo por hoy. Otra batalla perdida. Ya recostado a punto de cerrar los ojos, balbuceo irreflexivamente casi sin fuerzas: tal vez mi oficio no sea la escritura.

---

Claudia Carolina Ortiz

37 años

Argentina

## **El hogar del hogar**

No hay sol que en la tibieza de la simpleza

del nido no pueda arropar,

al invierno que se vuelve tierno y empieza abrigar.

Hay fortunas, miles en una que hace desbordar:

la simple dicha que se encapricha

para que la *“familia”* sea las aguas del mar...

¡Es la riqueza que con firmeza ella hace inundar!

¡Es el lecho del hecho de que ella sea realidad!

Donde el refugio es el efugio donde anida la serenidad,

que abriga y mitiga el desierto incierto con simplicidad.

Es la fortuna que acuna de tener una y la posibilidad

de calor que con fervor cobija y envuelve con afectividad.

Cielo que provee el manto y el dulce encanto con mansedad,

el arrullo del murmullo que mece con hilaridad.

Firmamento que en su aliento ofrece un mundo singular,

uno que con poco o con nada puede enrollar,

todas las corrientes que en sus vertientes tiene el mar.

Perfecta o imperfecta es la que al sol puede despertar;

con dilección ver sus rayos su vuelo desplegar.

*Jardín en el que “flores” con sus diversos colores ve decorar,*

*el sello del destello que de ellas se pueden desglosar.*

Jesús Jaramillo

17 años

Venezuela

## **Iluminación**

Me pregunto cuántos días le quedarán a la tierra, habrá un día en que me tocará morir y ya no quiero pensar en ello. No quiero hallar lo perfecto en la tristeza matriarca, y aún menos quiero hallar el defecto en la paz de nuestros tiempos, efímera como el deseo y mansa como el linaje santo. Quiero pensar en una eternidad descalzo, saboreando la arena en mis fibras, delirando en el horizonte donde te encuentras tú. Seré el inepto insípido que no controla el tiempo y tampoco lo infinitesimal, pues encuentro temor al preguntarme desafiando el cénit cuántos días le quedará a la tierra y qué será de mí, de nosotros. Me consume el aire y él aplasta mi condición hasta convertirla en papel corrugado, por culpa de la duda. Si la vida es débil y la carne es triste, ¿Por qué me depara una eternidad? Seré efímero y olvidaré mis palabras, las palabras de mis palabras, los pensamientos derivados de las palabras de mis palabras, y tal vez así deteste el sentimiento que me empapa el cielo con el algodón del invierno, comentando que quizás ya se acercará el fin, o quizás ahora es que vive la vida. Entonces quiero encontrarte de nuevo y tomar tu mano, llevarte a los Campos Elíseos o a la marejada vulgar que cada medio siglo surge en Australia, incluso sin conocer el nado; a tu lado no encuentro la paz ni la felicidad: encuentro la inmortalidad. Tal vez deba silenciar la paranoia, y comenzar a obedecer la plenitud del amor. Tal vez seamos nosotros la sal en este océano gris.

---

Gaius A. Scipio

27 años

Chile

## **A Flote**

De espaldas era fácil mantener su cuerpo a flote. Era lo único que podía hacer. Ningún barco o playa se manifestaría frente a sus ojos, así que fijó la mirada en el cielo; admirando la libertad de las pocas aves que veía pasar. Ya llevaba un par de horas así, esperando a alguien que viniera por él. Alguien que no iba a aparecer. Un estornudo lo hizo hundirse por unos segundos. Cuando emergió decidió salir del agua. Había estado demasiado tiempo en la piscina.

---

José Rodolfo Espinosa Silva

30 años

México

### **El domador**

El circo de los hermanos Silva era famoso por su espectáculo de leones, en el cual las bestias mostraban su destreza brincando aros de fuego y caminando sobre dos patas. Recorrían la República Mexicana de norte a sur. Ulises Silva tenía más de veinte años siendo el domador del circo. Yo me escabullía detrás de las gradas para verle ensayar. Si tuviera que escoger cuál de sus prácticas me impresionó más, sería la siguiente:

Bajó las rejas de seguridad. Colocó el candado. Guardó la llave en el bolsillo de la camisa. La carpa estaba desierta. Le gustaba ensayar en la madrugada. Había indicado a los tramoyistas que pegaran la jaula de leones bajo la pista antes de que se fueran a dormir.

Tomó el látigo y se aproximó a la jaula. Cuando llegaba un nuevo felino se debía domesticar junto a los otros antes de presentarlo en una función. Con los cachorros era sencillo, pero el león que habían traído ya era un adulto.

Abrió la escotilla y retiró el candado a la jaula. Ningún león salió. Acercó su cubeta de premios, más de sesenta cuadros de bisteck crudo. Lanzó un latigazo al suelo.



—¡Mane! —gritó. La leona más vieja salió de la jaula, subió por la rampa y se formó en una línea imaginaria. Arrojó un pedazo de carne que la bestia atrapó en el aire. La fiera dio un giro y se sentó.

—¡Kuwe! —un león de tres metros de largo salió de la jaula. Rugió. El domador dio otro latigazo al suelo. El felino bajó la cabeza y se formó junto a su compañera. Después de recibir su premio, se sentó.

Los siguientes dos leones eran mellizos. Ashanti y Duma. Hembra y macho respectivamente. Eran obedientes, debido a que fueron criados desde pequeños.

—¡Madaki! —algo raro pasaba con el león nuevo. El domador se asomó a la jaula y de ella salió un hombre desnudo. Subió por la rampa, tenía la piel morena y los ojos leoninos.

—Dame las llaves —dijo el hombre, cuyas manos parecían garras.

El domador suspiró y negó con la cabeza.

—Tendré que hablar con Kraven, es el tercer nahual este mes.

Tomó la cubeta de premios y le arrojó su contenido al hombre, llenándolo de sangre y carne cruda. Este dio un paso hacia atrás, desorientado.

—Hora de comer.

Se escucharon varios rugidos. Cuando el nuevo reaccionó, ya tenía a las cuatro bestias sobre él.

---

Karla Fabiola Hernández Carrola

45 años

México

## **Microcuento de Insectos y gusanos**

*Tras vuestros daños vendrá el llanto*

*originado por un justo castigo.*

*Dante Alighieri*

¿Quién pensaría que esa estirpe de cazadores de mamuts quedaría relegada a tiernos vecinos de los colosales insectos actuales?

En la mañana pude tomar el metro mientras, cual David, increpaba al anaranjado gusano Goliat:

-¡No me convertirás en tu odioso vomito gris de gente antes de llegar a Pantitlán!

Perdí la batalla con la monstruosa oruga roja, por la tarde, sí, el metrobús pareció burlarse de mí: ella sin corresponder a mi caballerosidad, ni notar mi conquista decidió viajar en los asientos rosas, rodeada de sus hermanas rosas.

Al llegar la noche el viejo grillo me consolaba con su *cri cri* metálico:

-¡Antonio, el triunfo es tuyo al final!

Aquí desde las alturas de este, tu amigo el trole, contempla a los habitantes del hasta ahora desconocido “décimo círculo del infierno”: ahí habitarán los que no se bajan del coche ni para ir a la esquina y los que no ofrecen el carro a los que van en su misma dirección... justo castigo por anteponer la comodidad al bienestar del planeta.

---

Norma Minniti

61 años

Argentina

### **La joya lírica**

Las luces no le permiten ver más allá de la primera fila. Le llegan fervorosos los aplausos. Lloro, alguien pensará que es por la emoción del momento; es mucho más que eso, es un logro resultante de mil batallas. Sólo ella sabe cuántos pasos debió impulsar para no replegarse.

Como aquella vez que se dirimía un primer puesto y no recibió ningún aplauso, simplemente porque se enternecieron con su contrincante de tres años de edad... Pero ella tenía siete, era suficientemente pequeña para necesitar un aliento y sobradamente sensible para padecer tamaño desprecio.

Fue entonces cuando comenzó a cantar en el patio, entre las plantas, con sus mascotas como improvisado público. Pero allí estaba su padre, eximio sabedor de desprecios. “*Si cantás así los vecinos van a pensar que sos tarada*” El peso fue inmenso y el lastre dejó surcos de vaivenes entre los sueños y el miedo.

De su madre recibía estímulos, sin embargo, eso le causaba dudas... “*¿Qué puede entender mamá si no sabe nada de música? Es mi mamá, por eso me alienta*”.

La carga acentuaba los surcos, donde se empantanaba con lágrimas de inseguridad, con lágrimas de temores. Cantaba cuando estaba segura que nadie la escuchaba, cuando pensaba que estaba sola. Así desplegaba su talento innato en el extremo más alejado del patio trasero. Una vecina -profesora de canto- descubre el prodigio. Su buena fe y la buena voz aligeran el peso. Hay lastre, siempre lo hay. Una fuerte timidez da cuenta de ello.

Ahora los fervorosos aplausos le llegan salpicados de vítores. Se seca las lágrimas y agradece. Los diarios hablarán de una talentosa y tímida joven como la nueva joya de la lírica. Ella y sólo ella conoce los nudos que su garganta debió desatar durante el trayecto.

---

Victor José Alberto Lasala

41 años

Argentina

## **Si me convierto en fantasma**

Si algún día

me convierto en fantasma,  
no me busques  
en las mansiones oscuras  
bordadas con telarañas,  
búscame en el fondo de mi casa,  
bajo la sombra de mi parra,  
sentado en silencio,  
o acompañado de otros fantasmas,  
recordando viejos tiempos  
o anhelando otras hazañas.

Si algún día,  
después de muerto,  
llego a ser un fantasma,  
y mis manos ya no pueden  
acariciar las hojas de mis plantas  
o el lomo de mis perros,  
no buscaré cadenas ni sábanas  
para espantar incrédulos,  
seguramente me quedaré  
soñando nuevos pasados,  
asombrado siempre

por la forma en que el mundo  
gira sin esperarnos.

Si algún día,  
después de muerto,  
llego a ser un fantasma,  
no me convertiré en el demonio  
que asoma en la oscuridad  
cosechando miedos;  
quisiera ser esa briza fresca  
que en el calor del mayor esfuerzo,  
te renueva el aliento para no renunciar.

Pero si algún día,  
aún antes de estar muerto,  
me convierto en fantasma...  
no me dejes solo en el silencio,  
ni anclado en mi soledad,  
no dejes que me convierta  
en el demonio (con cadenas)  
que cosecha miedos en la oscuridad,  
ayúdeme a recordar

que cada día es una vida  
por la que vale la pena pelear.

---

Gustavo Estrada

23 años

México

## **El diagrama de Chetes**

A veces el ocio más puro puede derivar en resultados monumentales, acciones tan tenues y constantes que terminan en la glorificación del aburrimiento. En esto pensaba al mirar una mosca, para que después me inundara el recuerdo de mi viejo vecino. Martí Chetes era un vecino ejemplar; discreto y sumamente organizado. Cualquiera pensaría que el encierro no iba a pesar en él, pues era un hombre con una estructura mental muy sólida, propia de un arquitecto. En nuestros encuentros de pasillo y charlas en el elevador su conversación divagaba en el fascinante mundo de los rascacielos y los sistemas que hacen que una ciudad se mantenga en pie.

La pandemia del 2020 fue difícil para todos en el edificio, cada uno de nosotros se tomó la cuarentena a su manera, pero la de Chetes fue más allá de hacerse hobbies nuevos o ver series hasta que pesen los ojos. Algo se fragmentó y reacomodó en él cuando se quedó viendo todo el día la ventana al final del pasillo, más exactamente, desde las 7:00 am hasta las 8:00 pm. Para la cuarta semana de confinamiento, el vecino pasmado frente a la ventana formaba parte del decorado, siempre con los ojos en una órbita diferente a la nuestra. La mayoría de los vecinos concluían que Chetes enloqueció por la cuarentena. A mí me parecía intrigante lo que podría absorber al joven arquitecto en la contemplación de una ventana.

Algunos días me paraba junto a él. Su presencia emanaba absoluta paz y concentración, sólo se movía de vez en cuando para acomodar sus lentes o rascarse la barbilla. En este trance nos encontrábamos ambos hasta que la casera se nos plantó

a un lado, hizo una mueca y mató a la mosca parada en la ventana con un eficaz golpe de periódico. Chetes se limitó a carraspear, limpiar sus gafas y darse la vuelta camino a su departamento. Mientras miraba la mosca en el suelo, me di cuenta que tal vez mi vecino no observaba la ventana, sino la mosca que rondaba aleatoriamente por el cristal...

El encierro continuaba y Chetes pareció perder su hábito. Los pasillos del edificio se tornaron desérticos, la ausencia de vida entre la madera y el concreto se volvió densa. Sólo los sonidos revelaban que aquel era un lugar habitado. Durante las noches el silencio se apoderaba casi por completo del ambiente. El único eco de vida que llegaba entre la oscuridad eran los pasos de Chetes, que noche tras noche hacía más evidente su ansiedad dando vueltas por su departamento a ritmo de minuterero.

El aire impregnado de soledad y una curiosidad crispada me inclinaron a intentar acercarme a mi vecino. Toqué a la puerta de Chetes para invitarle una taza de café. Apenas asomó la mitad de su cara y con un gesto cansado aceptó mi invitación. En los días que no lo había visto, Chetes dio un cambio sutil y al mismo tiempo fulminante. Unas prominentes ojeras se asomaban debajo de sus anteojos, la barba descuidada hacía juego con unas ropas hoscas que seguro sólo elegía por pura practicidad. No nos dirigimos la palabra durante la primera hora del encuentro, pero no hizo falta. Cada movimiento de mi vecino, por nimio que fuera, estaba dotado de una serenidad cuasi divina. Tan sólo el agarre de sus dedos sobre la taza de café me hacía sentir testigo del más perfecto equilibrio. En cuanto terminó su bebida, respiró muy hondo y me empezó a hablar de los temas de siempre, en cierto momento, la conversación se volcó en un discurso que me conmovió profundamente, pero el cual me siento incapaz de replicar.

El resto del confinamiento se me fue en intentar descifrar las palabras de Chetes. No me sentí preparado para acercarme a él de nuevo hasta reflexionar correctamente en nuestra charla. El tiempo adquirió una dimensión espesa dentro de mis pensamientos. Cuando me sentí listo para abordar a mi vecino, no acudió a mi llamado. Decidí no molestarlo y esperar al final de la cuarentena. En su momento, la

vida de todos fluyó como era habitual. Los pasillos del edificio rebozaban de vida en comparación del abrumador silencio que se impuso durante el encierro. El único lugar silencioso era el departamento de Chetes, cuya ausencia me pesaba inmensamente. Cuando pasó el tiempo pertinente la casera y yo decidimos entrar en el hogar de mi vecino.

Nuestro desconcierto no fue pequeño al encontrarnos frente a una cantidad inquietante de papel y garabatos en las paredes. Al ver más de cerca los pliegos inacabables me percaté de que todo era parte de un sinfín de líneas, dibujos y esquemas que seguramente se relacionaban de alguna forma. De Chetes no quedó rastro más que la infinidad de diagramas que, tras años de estudio, dieron en la explicación del vuelo de una mosca por la ventana.

El Diagrama de Chetes, como se le conocería posteriormente, trazaba perfectamente cada posibilidad del recorrido de una mosca por el cristal de la ventana del final del pasillo, tomando en cuenta todas sus variables. Desde el clima, la disposición del edificio, y la frecuencia del aleteo en relación con la densidad del aire. Para muchos todo esto era un cumulo extraordinario de trabajo inútil. Todo hecho por un hombre enloquecido en el encierro, quien después desapareció inexplicablemente. Para mí, Chetes encontró secretos incomprensibles en el vuelo de la mosca, secretos que lo hicieron entender el mundo de una manera única e inexplicable. Lamentablemente estos secretos sólo quedarán en Chetes y en la mosca que encontró su muerte bajo un golpe de periódico.

---

*Atilano Sevillano*

*66 años*

*España*

## **Rumor de Senryus: Ráfagas**

Sobre los muros

se escriben los graffitis



de los fracasos.

Mientras lo escribo  
se deshoja en tres versos  
la adolescencia.

La noche entera,  
tejedora de sueños,  
libra fantasmas.

El loco quiere  
siempre sacar la lengua.  
Monotonía.

Mar de sonidos,  
andamios de la lengua.  
Así el poema.

Flecha del tiempo.  
Siempre estamos de paso,  
el tiempo fluye.

Ya no se observan  
plantas en el balcón.  
Ahora se vende.

Noches de trenes,  
vaivenes de penurias,  
incierto meta.

Transcurre el tiempo.  
Rutinarios relojes  
tictaconean.

El mundo es  
un libro que nos lee  
y que escribimos.

Qué vulnerable  
La mano del poeta  
Cuando no escribe.

---

Luz Enith Galarza Melo

45 años

Colombia

### **Solsticio**

Lluvia despertó bruscamente. Le inquietaba presentir que aquello habría sido mucho más que un sueño, y sin embargo, no paraba de repetirse que se trataba de algo sin importancia. Intentando así, encontrar una razón que le exorcizara los temores y le evitara pensar.

No obstante, aquellas imágenes se tornaron recurrentes y con ellas, regresaba también, sin poder evitarlo, el sobrecogerse de frío tras recordar la misma visión: un incensario de platino en forma de ave, las rocas pulidas y talladas con las figuras de la luna y las olas, una estrella gigante de ocho puntas y en el fondo de la niebla, una mujer menuda; pálida y alargada, con cabellera de humo, que cuando giraba el rostro, la amedrentaba con un grito mudo pero a la vez lastimero, logrando arrancarla de aquel sueño, en medio del desasosiego y la incertidumbre.

Todos los días, calle abajo y todavía a oscuras, la esperaba en solitario, la estación del autobús que la conducía justo hasta el frente de la tienda de libros, donde había empezado a trabajar meses atrás.

La madre de Lluvia, Efigenia, la hermanó con los libros; narrándole historias fascinantes sobre las pasiones humanas y divinas de sus antepasados los Pastos. Relatos, tejidos con lana virgen y agujas, sobre telares artesanales. Figuras de colores que tenían la facultad de transformarse en lenguajes secretos con mensajes para descodificar.

Quien lograra descubrir alguno, quedaba con la tarea de realizar un nuevo tejido utilizando más colores: otras reflexiones o interpretaciones que se volvían a plasmar con secuencias de matices y puntadas que solo ellos sabían cómo combinar. Estaban convencidos de que el don de recrear el mundo les había sido dado a todos.

En memoria de su madre, Lluvia en ningún Inti Raymi dejó de realizar el mismo ritual; tal y como ella le enseñó: conjurando la perfección del círculo, el poder atribuido al humo para espantar todo lo indeseable. También a la fuerza renovadora del fuego; del calor que hace brotar la vida (la razón por la cual las abuelas mantienen las semillas encima del fogón de leña). En sí, invocando y ahuyentando todo aquello que en su mundo, oscilaba entre lo real y sobrenatural.

Los Pastos, se situaban frente a la vida desde un espiral sorprendente y enigmático; para Lluvia, el más fascinante relato, pues describía las dos dimensiones en que fluctuaba su mente. Le instruía en el singular arte de entenderse como la ínfima parte de un todo; de entrelazar los acontecimientos pasados para mejor interpretarlos en lo que acontece y será, y de cara a esto, le resultó imposible librarse de la obsesión de averiguar la relación entre la alegoría que revivía en sus sueños cada noche y el mensaje que quizá, deseaban revelarles sus ancestros.

Ideó una estrategia, que consistía en ser dueña de sí misma en el interior del sueño; pues sólo así podría confrontar a aquella aparición. Después de intentarlo durante muchas noches, al final pudo conseguirlo. Decidida tomó por el brazo, escuálido y

nacarado a aquella sombra, con la firme resolución de retenerla hasta que le transmitiera aquello, que deseaba ella entendiese. Pero no hubo necesidad de mucho esfuerzo; la mujer con pelo de niebla, parecía haber aguardado aquel momento desde siempre y moviendo con agitación su otra mano, apuntó con un dedo interminable hacia el incensario, a la estrella que era el mismo sol y a los grabados de luna y de olas. Todo, ubicado dentro de un mismo círculo perfecto.

Por sucesivas noches, solo le fue posible llegar hasta esa parte de la visión. Lluvia se sentía confundida e incapaz de descifrar aquel jeroglífico, en el que los signos le resultaban familiares pero imposibles de leer.

Una tarde, en la librería, se le ocurrió que debería asirse a la cintura de aquella criatura onírica, no ya a su brazo; sino aferrarse a ella, hasta conseguir que le diera una nueva señal. Así lo hizo, pero experimentó tal frío, que logró traspasarle hasta los huesos y al final, no tuvo más remedio que largarla.

Lluvia, recordó que guardaba un chisquero en el bolsillo y le volvió a tomar muchas otras noches lograr encenderlo para darle luz a aquel incensario. Cuando estaba a punto de darse por vencida lo consiguió y entonces, la mujer empezó a desvanecerse y en su lugar, quedó un viento fuerte que la hizo batallar en el intento de mantener su lámpara encendida y conjurar a la penumbra.

Entre tanto, la ciudad se había tornado del gris más oscuro de todos sus matices. La neblina que bajaba cada tarde, ahora se adelantaba a cerrar las calles y las puertas de las tiendas y una llovizna menuda barnizaba las piedras de la calzada colándose por todos los rincones. Entre tanto, el dueño y los clientes habituales de la librería se preguntaban por qué la chica no había vuelto a su trabajo.

El viento era cada vez más violento. Lluvia estaba agotada, pero reuniendo todo su valor logró situar ambos pies dentro de aquel círculo. Un poco más y las puntas de sus dedos le permitirían alcanzar los petroglifos. Sintió un calambre terrible, pero pudo más su determinación. El poderío del astro rey parecía envolverla. Se estiró todo cuanto pudo y con la punta del pie izquierdo llegó al borde de la figura de la luna,

mientras procuraba apoyar el talón sobre el suelo, para no caerse. Sin pretenderlo, este rozó las figuras de la luna y la tierra al mismo tiempo, y de los dos; surgió un chorro de luz, un torrente de energía, incluso superior a la que emitía el sol. Literalmente, las fuerzas se equilibraron; logró mantenerse en pie y retornar la armonía entre todos los elementos allí presentes.

—Elige un misterio, te será revelado y te pertenecerá para siempre —le dijo una voz, que sin ser la suya le resonaba por dentro.

Lluvia, titubeante ante los innumerables pensamientos que se agolpaban en su cabeza, dudaba sobre su respuesta. Lo pensó, sintiéndose incapaz de decidirse.

De repente, arremetió de nuevo el viento, arrojando en el centro del círculo a un jaguar enorme que salió del medio de la niebla. Sus rugidos eran truenos.

Lluvia se asustó tanto que cayó de espaldas y sintió desvanecerse. Sin embargo, minutos antes, había logrado descartar ideas y quedarse solo con dos; una relacionada con el tiempo, y la otra... que se le esfumó con el susto. El sueño terminó mientras ella se obstinaba en vano en recordarla.

Desde aquel 24 de junio Lluvia luce taciturna. Especialmente, al volver del trabajo y encontrarse con los ojos de su gato Tizón. Pero, en medio de todo, por fin tiene una certeza; cree que su vida sería distinta si solo hubiese sido capaz de elegir al tiempo.

---

Daniel Chevanier Brito

22 años

México

## **Neblina**

Las calles de París se vieron invadidas por una neblina muy densa. El sol estaba oculto detrás de las nubes, el viento gélido y húmedo congelaba la nariz y los oídos.

Elliot no podía ver nada; parecía que caminaba sin rumbo, pero sabía perfectamente adonde se dirigía.

No recordaba haber visto tal neblina en su vida, parecía como si lo hubiera visto en alguno de sus sueños. Elliot solía tener pesadillas que provocaban una agitación extrema: muchas veces se despertaba en medio de la noche con un gran pánico, como si alguien lo estuviera persiguiendo. En muchas de estas pesadillas, escuchaba la voz de su amigo que lo llamaba: en esos momentos sus sueños desaparecían y veía solo oscuridad, comenzaba a perseguir la voz de su amigo, mientras hacía lo posible por poder despertarse por sí mismo. Sólo lo lograba al ver una luz que se acercaba más y, finalmente, aparecía su amigo con gran preocupación en la cara.

*Pourquoi le soir tu t'endors dans mon lit ?*

En la mañana con la particular neblina, Elliot había tenido de nuevo un sueño que lo alteró: su amigo desaparecía de su vida completamente y dejaba un hueco en su corazón difícil de llenar. Esta vez su amigo puso su mano en el brazo de Elliot porque no lograba despertarse, necesitaba ayuda para volver a la realidad. Este último, al despertar, sólo puso su mano sobre la de su amigo. No hubo una luz que se acercase. Ambos volvieron a acostarse, Elliot tenía miedo de cerrar los ojos y de no encontrar a su amigo.

Una vez que decidieron levantarse, el amigo de Elliot se fue hacia el *Théâtre Mogardor*; ni siquiera comió su *croissant* de la mañana: lo dejó en el plato. Salió del apartamento muy aprisa, como si se le hubiera hecho tarde. Elliot sabía que todavía era temprano, sabía que era puntual, pero no para llegar con mucho tiempo de anticipación. Probablemente, tendría algo que hacer antes de llegar al teatro. Aun así, le pareció extraño que hubiera olvidado su preciado pan.

Elliot lo alcanzaría más tarde, no tenía necesidad de salir con antelación. Decidió tomarse su café y comer su tostada. Mientras desayunaba, veía fijamente el *croissant* de su amigo, que le daba una extraña sensación verlo sobre el plato.

La mañana se volvía más fría y con más neblina a cada minuto. El ruido parisino comenzaba a descender poco a poco. Elliot se dio un baño, se arregló, tomó su abrigo y se salió. No sin antes ver el *croissant* solitario. Cerró lentamente la puerta, sin quitar su vista del pan.

Volvemos al punto donde partimos: Elliot en las calles gélidas y húmedas de París. Pasó frente a una iglesia, se detuvo y vio cómo las personas rezaban, cada quien por su lado. Todas estaban separadas, lo único que los unía era el espacio físico que compartían. Dio un par de pasos, y se quedó en el umbral de la iglesia, sentía un viento cálido por todas las personas que estaban adentro, protegiéndose del clima matutino.

Después de unos minutos, continuó con su camino. Tenía mucho frío, pero no le dio importancia: tenía que reencontrarse con su amigo. Mientras caminaba, sintió la presencia de alguien, la misma presencia que lo perseguía en sus sueños. Pensó que esta percepción desaparecía al llegar con su amigo, tal cual como en sus sueños.

*Pourquoi la mort vient après la vie ?*

Finalmente, llegó al *Théâtre Mogardor*. Sentía el soplo de alguien detrás de él; volteó y no notó la presencia de ninguna persona. Abrió la puerta, se quedó un momento inmóvil; sus dedos se movían instintivamente de manera nerviosa; su corazón latía con gran velocidad; finalmente, decidió entrar.

Cuando llegó al área de butacas, vio a un par de conocidos que discutían sobre una puesta en escena: luces, sonido y un piano es lo único que escuchó. Todos saludaron a Elliot y éste sólo siguió su camino hacia el escenario.

Subió en él. No había nadie en el escenario, solamente un piano con una rosa. Volteó hacia las butacas y una luz enceguecedora lo iluminó directamente. Elliot se sorprendió. La luz se apagó.

Se paseó durante unos segundos por el escenario. Tuvo un presentimiento de que no estaba su amigo en el teatro, Elliot miró por todo el escenario y el área de butacas en busca de su amigo. Su respiración comenzó a acelerarse, sentía un vacío dentro de él.

Todos notaron la respiración acelerada de Elliot y comenzaron a acercarse hacia el escenario, sin embargo, no dieron señales de preocupación. Elliot se dirigió al piano y se sentó como si fuera a tocar una melodía. En las teclas había una carta con su nombre escrito con la letra de su amigo. La abrió y la leyó.

Todos lo miraban fijamente. Elliot no se movió ni un segundo, la luz volvió a encenderse, las luces de fondo comenzaron a apagarse, sus compañeros se convirtieron ahora en su público.

Junto a la rosa dejó la carta sobre el piano, empezó a entonar una melodía melancólica en el instrumento; todos se sentaron en la primera fila de las butacas, un par de luces azules iluminaron el escenario, la luz enceguecedora bajó su brillo, y Elliot comenzó a murmurar unas palabras.

*Pourquoi on est ici étranger ?*

*Pourquoi on est là-bas étranger ?*

*J'donne ma langue au chat*

*Répondez-moi !*

---

Kathia Elizabeth Flores Rincón

23 años

México

## **La herida de Salamandra**

Ella nunca entendió por qué sus padres decidieron llamarla así no sentía que tuviera sentido o que significase algo en realidad. Aun así, Salamandra disfrutaba de tener un nombre que casi nadie supiera escribir o pronunciar correctamente a la primera



ocasión y lo portaba orgullosa, caminaba por los pasillos de la preparatoria, tenía enormes y brillantes ojos, su cabello negro brillaba y se movía con el viento, era feliz, una chica tranquila, disfrutaba de amar a sus amigos y seres queridos y quería tener una vida llena de cosas y momentos interesantes llena de sueños y metas para el futuro.

Tenía dieciocho años cuando en su puerta apareció una jaula de barrotes dorados, eran apenas las ocho de la mañana. Ella conocía el motivo del regalo y quién se lo había dejado ahí, no era lo que esperaba y se quedó pensando sentada frente a la pequeña jaula.

Salamandra se sabía descuidada, distraída y un tanto inmadura. Pensó, entonces, que no podría con la gran responsabilidad de cuidar al pequeño de plumas ligeramente rosadas, casi blancas que ya asomaba su pequeño pico por entre los barrotes dorados de la inmensa jaula que seguía ahí, frente a su puerta.

-Yo no quiero un ave. Se dijo a sí misma, mientras metía la jaula al comedor, poniéndola contra su abdomen y abrazándola con sus manos.

-Yo no quiero un ave. Repetía, mientras, subía las escaleras a gran velocidad pensando en un lugar dentro de su habitación para esconderla jaula. Tomó el teléfono y marcó el mismo número de siempre. Ahora sólo recuerda que iniciaba con el siete.

- ¿Tú quieres un ave? A mi mamá no le gustan los animales que hacen ruido y popó. Y, este pájaro pronto aprenderá a cantar, le romperá el corazón si le digo que me diste un ave.

La voz en el teléfono esa vez no dijo nada. La llamada se cortó. De pronto, Salamandra sintió mucha tristeza por aquella pobre ave que no podría conservar. Además, ni siquiera la podría acariciar, dado lo estrecho de los barrotes de la jaula. Ya sentía cariño por ese pájaro rosa pastel de ojitos brillosos, pero ya eran las nueve de la mañana y tenía que correr a clases.

Esta noche dormirás conmigo y mañana decidiremos qué hacer.

Al día siguiente, Salamandra, de dieciocho años, se levantó antes de que el sol saliera. Tomó su bicicleta color lila y, con su bufanda amarró la jaula dorada a la parte trasera de su bici. Pedaleó tan rápido como su coraje lo permitía y sin pensar en mirar atrás, pero no lo suficiente para espantar al pequeño pajarito que ya empezaba a aletear y a cantar suaves notas dentro de su jaula.

Subió empujando la bicicleta hasta un pequeño monte, lejos de su casa. Era un lugar seco y desagradable. Sin embargo, ella sentía que podía ser el mejor lugar que pudo elegir. Ya los primeros rayos del sol se asomaban por ahí. Tomó la jaula con el ave adentro y la abrazó fuerte, hasta que los barrotes se le quedaron marcados en los brazos y en una de sus mejillas. Mientras, las lágrimas caían sólo podía pensar en que quizá era un acto demasiado cruel lo que estaba por hacer. Le repitió por última vez.

-Perdón, pero te juro que no puedo tener un ave.

Salamandra apretó los ojos y abrió la puertecita de la jaula dejando así, que el pequeño pájaro emprendiera su vuelo.

Cuando Salamandra abrió los ojos de nuevo solo pudo ver entre las nubes la sombra de aquella ave pequeña que ya no se veía rosa, entre las primeras nubes del amanecer su característico color ya se perdía y ahora solo se veía blanca.

Salamandra secó lo que pensó que sería su última lágrima. Tomó su bicicleta para regresar a su casa, volteaba atrás de vez en cuando. Al voltear por última vez juraría que vio un toque de pasto floreciendo en ese viejo monte seco

Dejó la jaula en ese lugar, pensó que en un futuro volvería, cuando pudiera ya poseer un ave y si la jaula tenía algún pajarito nuevo esta vez se quedaría a vivir con él.

Natalia Contreras

17 años

México

## **La Camella**

Una mujer me puso “La Camella” porque antes de conocerla, le tenía un horror a los humanos que hacía que se me pusieran los pelos de punta y mi lomo se erizara, asimilándose a la joroba de un camello. Antes de que aquella joven bella y buena me acogiera, no conocía un nombre ni un hogar, tan solo el desdén de los humanos que ignoraban mis maullidos de hambre o que se sentían intimidados por mi pelaje negro. “Los gatos negros dan mala suerte”, escuchaba decir, padres a sus hijos, viejos a jóvenes. Mi mala fama parecía ser producto de mi mera existencia.

La mujer que me dio mi nombre tuvo otro motivo aparte de mis características físicas para nombrarme así. Su nombre era Camila, así que se asemejaba al mío. El agua, la comida y un techo son suficientes para atraer a cualquier gatito callejero, pero ella cargaba algo dentro de sí que yo no podía ignorar y que, fuera como fuera, aun siendo tan pequeña, aun sin hablar el mismo idioma, me hacía sentir la necesidad de ayudarla.

La soledad. Creo que, sin necesidad de expresarlo con palabras, era lo que ambas sabíamos que teníamos en común y que nos había hecho sellar un pacto secreto en el que las dos acordábamos ser la compañía una de la otra. Ante los ojos de los humanos, Camila no estaba sola, pues tenía por compañero a un hombre. Las sonrisas de mi dueña, sin embargo, eran falsas y cuando caía el telón sobre la pareja perfecta, el detrás de escenas era muy oscuro.

El hombre que la acompañaba no estaba de acuerdo con que me diera comida y techo, algo que me quedó muy claro cuando los oí discutir al respecto. Sin embargo, lejos de preocuparme por volver a las calles, me pareció más grave la tristeza de mi dueña al recibir por imposición el no tenerme y que lo aceptara. No tuvo otra opción más que

bajar la cabeza y asentir ante la amenaza de que ella misma se quedaría en la calle, de que, según el otro humano, “sin él no era nada”.

Para mi suerte, Camila se dispuso a alimentarme a escondidas. A pesar de que en otros aspectos tuve que volver a valérmelas por mi misma, el cariño de mi nueva dueña era suficiente para arriesgarse a hacer lo que estaba haciendo y yo apreciaba el gesto. Me sorprendió la desconfianza que tenía de que yo la escuchara, cada vez que nos veíamos me contaba sus problemas y, esbozando una sonrisa triste, dirigida a la nada, decía “es inútil, no es como si entendieras”. ¿No era mi ronroneo, con una dulzura solo para ella, suficiente para hacerle entender que no estaba sola?

Yo la cuidaba mucho más de lo que ella se imaginaba. Todos los humanos que aman a los animales están más protegidos por ellos de lo que piensan, pero es en su arrogancia que se vuelven incapaces de darse cuenta de ello. Así, no solo estaba con ella aun cuando estaba distraída, sino que escuchaba y percibía las cosas que ella ocultaba al resto del mundo.

Mi sensible oído me permitía escuchar los gritos provenientes de la casa donde Camila y su otro humano vivían. Casi siempre eran de él hacia ella, pues ella no se atrevía a contestar la mayor parte del tiempo o contestaba cosas ininteligibles, entre dientes. Con el paso de los días me fui dando cuenta de que, cuando se atrevía a hablar, por bajito que fuera, era cuando más consecuencias sufría. Cuando me alimentaba, lloraba conmigo, incapaz de acomodar las palabras como podía hacerlo normalmente y, aunque tapara las marcas de su rostro con esas cosas que usan las mujeres humanas para pintarse, no me podía ocultar que su cara estaba cada vez más triste. Para una mujer tan bella, la tristeza provocada por aquel hombre la hacía parecer otra persona diferente a la que yo había conocido.

Camila no solo sufría aquellas marcas feas en su cuerpo y en su cara. Con el paso del tiempo, empezó a expresarse peor sobre sí misma. Yo soy una gata y por ello me creo una reina, como todos los demás gatos independientemente de que vivan en la calle o con un humano. Pero Camila, aunque yo veía todas esas cualidades que la hacían una

reina a mis ojos, no se percataba de eso, de lo que ella misma era y de lo que la hacía ser única. Los humanos son graciosos porque creen que necesitan de otra persona para sentirse bien con ellos mismos. ¿Alguna vez han visto un gato que necesite a otro para limpiarse, afilarse sus uñas y adueñarse del lugar en el que está? Nosotros nos agrupamos para sobrevivir, pero también podemos estar perfectamente bien si estamos solos. Si otro gato viene a interrumpir nuestra paz, no lo perseguimos para que cambie, lo perseguimos cuando un zarpazo no es suficiente para que se vaya.

Como sea, a lo que iba era que un día esas lágrimas que brotaban de sus bellos ojos fueron demasiado para soportar y la humana huyó. A dónde, quien sabe, pero al no despedirse de mí, asumí que era algo importante. El hombre intentó correr tras ella, pero se veía decidida. Quise pensar que era lo mejor, así que la protegí una última vez desde lejos. Por si acaso regresaba, la seguí esperando, pero a pesar de extrañar a mi mejor amiga humana, mi instinto me decía que era lo mejor y que ese hombre y ella no debían estar juntos nunca más.

Los días pasaron y, aunque seguía teniendo mi rutina de juntarme con los otros gatos y cazar ratones, me aseguraba de dar una ronda por la cuadra al menos una vez al día. Las paredes de la casa donde vivían eran delgadas, así que una vez que me subí al techo pude escuchar que el hombre hablaba con ella, sonando desesperado. Así, Camila, sin ponerse a ella misma primero como era su costumbre, regresó.

Yo ya había dicho que mi instinto me decía que era mejor que no regresara. Hoy desearía haber estado en lo equivocado, o tener la capacidad de transformarme en humana por las noches para advertirle. Aquellas cosas, tanto palabras como golpes que la habían lastimado antes, no cesaron en ningún momento. A mi me han arrojado agua caliente en las calles y mis habilidades felinas me han salvado, pero en un arranque de ira de su compañero, el cuerpo de Camila no resistió más.

Yo le hubiera querido decir que no estaba sola, pero lo único que podía hacer era frotarme contra sus piernas mientras ronroneaba. Ojalá, siempre me dijo “ojalá esto”, “ojalá aquello”, pero de verdad, ojalá ella hubiera hablado gato para entender que me

preocupaba por ella, que tenía miedo de que su sonrisa no solo delatara tristeza, sino el conocimiento de que estaba en peligro y que debía salir de ahí.

Hoy me froto contra una especie fría de piedra que lleva su nombre y unas flores que no le hacen ni la mitad de justicia a su belleza. Si he de irme, quizás algún día venga por mí, pero por ahora, mis amigos gatos me visitan y yo les digo que corran por el mundo frotándose contra las piernas de las mujeres más tristes. Quizás así se salvarían más vidas de las garras de humanos malvados.

---

Abril Salvarredy Durandó

26 años

Argentina

## **La línea**

Había una línea en el papel.

En el centro de la blancura, dos centímetros a la izquierda del vacío, junto a una sangría ridícula.

Una línea que esperaba ser dibujo, canción, poema o receta.

Una línea difusa, apenas marcada, solo visible por el contraste con su entorno.

Hacía más sentido el silencio alrededor que esa línea imprecisa.

Pasaban los días y en lugar de agrandarse iba marchitándose con cada falta de motivo, la razón de su existencia.

Desesperadamente buscaba, si no fuese un significado sin propósito, mínimo un garabato colindante que la completa... ¿-tase o -mentase?

Daba igual lo que fuera, podía justificarlo luego. Mendigaba simplemente un rayón desorientado, una mancha aburrida o una gota de café a la que pudiera ponerle nombre.

Una lágrima seca también servía, pero ni eso habían querido darle.

Murió la línea en el anonimato de un insomnio mentiroso.

---

Carlos Tarrac

67 años

Estados Unidos

### **Mirada nácar**

Hermosa criatura de mirada nácar,  
rendida tiernamente  
frente a mi imaginación anhelante  
bailas con ritmo sin parar.

Suaves movimientos  
en cada giro irradas,  
sensaciones melodiosas  
que acarician mis ojos.

Persigo tu cabellera  
brillante y sedosa  
ondeando sin tregua  
en el viento reposa.

Tu cara se asoma,  
cuerpo oculto bajo un mantón de lino,  
percibo las caricias de tu aroma  
envueltas en suave remolino.

Tu figura mima mis sentidos,  
cautiva mi ser  
con dulces latidos  
y un ansia de placer.

Danzas de puntas sin titubear  
con sensual vaivén y sonrisas,  
mientras me hechizas  
con tu misteriosa mirada nácar.

---

Gastón Germán Caglia

44 años

Argentina

### **Nunca mirar al espejo**

La decrepitud le llegó, tarde, pero como a todos nos comprenden las generales de ley, nadie pareció notarlo. Cuando mi amo entendió ello, a partir de un momento en particular, que no se precisar, dejó de observarse en los espejos de la casona en que residía o mejor, residíamos.

Lo digo en el sentido de observarse existencialmente, de escudriñar su identidad o tal vez su alma, como cuando nos acercamos al espejo más de lo recomendable intentando captar algo de nuestro rostro que no se puede apreciar desde lejos. Tal es así que mandó retirar el espejo de su baño particular no sin antes subirse a una silla y declamar a viva voz que, además, las habitaciones siempre se mantendrían a oscuras, sólo con la luz suficiente para realizar los mínimos menesteres diarios.

De improviso la casa se transformó en un, como decirlo, cementerio de seres cuasi vivos o cuasi muertos. Esto también me incumbe a mí.



Con el tiempo comprendí que todo esto para mi amo era una cuestión científica, o metafísica, una traspolación de ideas de no-se-que-filósofo: “un ambiente que está constantemente iluminado –con luz natural o artificial- es asimilable a una persona que saca a la luz todas sus miserias o secretos”, decía mientras hacía círculos en el aire con su dedo índice derecho, supongo que señalando los ambientes de la casa.

Con el devenir de los días sus ideas se tornaron insostenibles, hasta yo comencé a percibir que los ambientes de la mansión se volvieron transparentes, y por lo tanto, concluimos, que nos asimilábamos a los ambientes, en el sentido de ser algo parecido a inhabitables, inabordables, imposibles de empatizar.

Esa fue su última locura, luego de un tiempo cayó en un sopor cada vez más profundo y más duradero.

Al principio esas ideas cobraban fuerza con el ocaso de la tarde. A los paisajes bucólicos que podía acceder mi amo desde su habitación eran atribuidas sus ideas. Luego se extendió desde las primeras horas matinales y duraba en ese estado de meditación hasta bien entrada la noche, en que yo lo arropaba y hacía dormir, no sin antes navegar por los mares de las ideas intrascendentes. Yo era el capitán de su nave filosófica.

Al cabo de un tiempo, un año o tal vez menos, todos los días eran iguales, comprendí que, en definitiva, quería irse con algún secreto a cuestas. Con algo sin decir, no tan transparente.

Al resto de mis compañeros de trabajo literalmente les importaba un comino. Estaban allí por el salario, por la comodidad de no tener que hacer mucho por un viejo decrepito y senil que no estaba en condiciones de reclamar nada relacionado con la vida terrenal.

Antes de que se apagara del todo fingí contarle un secreto, un secreto que me abrumaba. Le comenté que había hecho abortar a una noviecita de la adolescencia. Ello supuestamente me quitaba el sueño por las noches y era demasiado cobarde para confesarlo ante un sacerdote.

“Eres valiente” se limitó a decir, en un murmullo entre dientes, entre un hilo de expiración. Las palabras le salieron por entre la saliva que se le pegaba a los finos labios opacados por la incipiente muerte. Luego de unos minutos: “Eso fue un crimen, un simple y sencillo crimen, tan concreto como lo que dije hace tiempo, nadie puede vivir con una persona que vomita sus secretos sin ton ni son ¿Me comprende?”

Dicho esto ordenó que no lo atienda más. Según mi reemplazante mi presencia en su habitación se había tornado intolerable, había violado una regla.

A la semana tuve que volver a ocuparme de su persona. Tanto por la ineptitud fingida de mis colegas como por lo siguiente: hice correr el rumor de que algo muy profundo me atormentaba, lo del aborto era un secreto conocido por todos, así que instalé en la mente de mi amo la idea de que algo más grave me atormentaba. Así se lo hizo saber un involuntario cómplice.

“Acá estoy mi señor”, le dije aguardando la orden para poder ingresar. Me miró furioso, como reprochando el hecho de haberme convertido en un ser inhabitable.

Una fría tarde de otoño, cuando el patio estaba cubierto de hojas secas y rojas, murió, no sin antes decirme: “De joven cometí un crimen”.

---

Eliana Andrea Miramag Buesaquillo

31 años

Colombia

## **El sueño de Eli**

De chiquita, Eli brillaba y jugaba a brillar, cada noche cuando se posaba en el cielo, esperaba emocionada a ver una estrella fugaz, pues su gran sueño era ser una de ellas, pero que alumbrara mucho más. Así que cada noche brillaba y brillaba con más intensidad, no pensaba más que en convertirse en la mejor estrella fugaz. Llegó el gran día y Eli por fin logró cumplir su sueño. Se había vuelto la más brillante de

todas, viajó por muchos lugares alumbrando con sus mejores destellos que, ella sola sabía hacer.

Más tarde, empezó a sentirse un poco triste, no había nadie con quien compartir su alegría, recordó que antes había pasado el tiempo con sus hermanas estrellas, quienes con cada resplandor le jugaban una broma, pero algunas bromas no le gustaban y se ponía furiosa, tanto que comenzaba a gruñir como un dragón, otra veces esas bromas le causaban tanta gracia que empezaba a reírse tan fuerte como una cabra loca; en ocasiones las bromas eran tan agradables que Eli conmovida abrazaba y sonreía a sus hermanas, mostrando su alma tierna; De igual forma había momentos en que no entendía las burlas y le llamaban ingenua.

Así que también recordó que no le gustaba que la juzgaran, claro, había sido gruñona y todo eso. Por eso, se alejó, porque quería encontrar a una amiga que la quisiera tal y como era. Ahora su propósito era encontrarla. Para la siguiente noche emprendió su búsqueda, tomó más brillo y recorrió horas enteras entre los cielos más estrellados. Pero nada resultó aquella noche, al siguiente día se vistió de un bello resplandor, a ver si alguna otra estrella se fijaría en ella, una vez más permaneció hasta el amanecer, sin embargo, no logró nada todavía.

Nuevamente era de noche, pero no quiso salir, se sentía triste, desanimada, no probó bocado alguno, ni siquiera se levantó de la cama. De repente se le ocurrió una idea y dijo a sí misma:

-si nadie de aquí quiere ser mi amiga pues iré a buscar en otros lugares- Sonriendo se acostó a dormir.

Muy de traspasada se levantó se puso su mejor destello y salió a buscar. Esta vez miro abajo, se dio cuenta que también había luces, pero tenían algo extraño. Y se preguntó:

-¿por qué ellas no parpadean? ¿Acaso les hace falta un amigo? – descendiendo Eli se iluminó porque a pesar de todo le parecieron lindas.

Una vez abajo, mientras flotaba en el aire miraba a todo lado, flotó durante horas. De repente vio que en un edificio verde, tras un ventanal del segundo piso, brillaba muy fuerte algo. No supo que era, se acercó y cada vez que se acercaba brillaba aún más, cuando quedó justo enfrente vio que era una niña de sonrisa enorme y se dio cuenta que aquel destello salía de los ojos de aquella niña. Pegó un brinco de alegría. De inmediato supo que serían las mejores amigas y nunca más se sentirían solas, pues la niña al fin había encontrado su estrella fugaz y Eli una amiga.

---

Pilar Sanjurjo Murujosa

Argentina

### **eterno retorno**

las orillas son indescifrables

no sé si esté es el final o el punto de partida

me obligaron a contemplar

el azul del cielo besando el azul del mar

hay tanto sexo en sus caricias

quisiera unirme a ellos,

morderle las estrellas

tragar su agua salada

cada ola es un paso más a mí

mi cuerpo es invadido de a poco

tengo los ojos abiertos

tengo los pulmones entregados

vinieron a buscarme

ahora se apagan  
los rayos y las nubes se esfuerzan  
por montar la escenografía más cruel  
la más apropiada para los finales  
una espesa nube violacea  
me rellena el cuerpo de nostalgia y guata

ahora que todo terminó  
las ráfagas me llevan, abro la boca  
soy un agujero negro. absorbo al viento,  
su acidez me electrifica la lengua  
la sobrecarga me hace implosionar

quizás terminar es eso  
desaparecer después de tanta tensión

---

José Antonio Santos Rodríguez:

70 años.

Cuba.

### **Todo por ella**

Una longeva ha manifestado varias veces el deseo de morir. El hijo que la acompaña en el hospital está dispuesto a ayudarla. Ve que todas las noches entra a la sala un extraño hombrecillo con documentos bajo el brazo. Los consulta y uno de los enfermos es conducido a la morgue en breve tiempo. El cuidador supone que se trata de la muerte e indaga por el turno de la madre. *No está programada para este lustro; haga que un Medium se comuniquen con sus ancestros para que la reclamen desde allá, si es*

*que ella tiene tanta prisa* ---contesta la supuesta muerte después de buscar el nombre de la centenaria en sus listas. Pero el acompañante sabe que su madre no tiene familiares en el cielo dispuestos a complacerla. Entonces, se suicida en el cuarto de baño.

---

Poesía: Chirag Bangdel (Nepal)

traducción: Miguel Ángel Izquierdo Sánchez (México)

### **La Divinidad, o Dios: ¡celebrando la divinidad!**

1.

Soy polvo

cada vez que tú llueves.

Atrápame

jamás me dejes volar.

2.

Esta noche lo volvió a hacer

sembró semillas por todos los negros cielos

(¡vélas brillar!)...

¡para mañana, un día soleado!

3.

Eres una hoja que cae.

La razón por la cual cayó eres tú.

Eres el viento que cabalga y el gusano que se alimenta de ella, ¿no otro sino tú?

4.

Aburrido del azul al atardecer,

Dios cambió el cielo a naranja.

5.

Bermellón sobre una roca solitaria,  
¡es tan fácil encontrar a Dios!

6.

Te vi esta mañana sobre una hoja de pasto.  
Tú relumbrabas sobre él, el Sol.  
Te veías tan perfectamente esférica,  
¿no eras tú la gota de rocío?  
¡Te diviertes contigo misma!

7.

Te vi esta mañana sobre una hoja de pasto.  
Tú relumbrabas sobre él, el Sol.  
Te veías tan perfectamente esférica,  
¿no eras tú la gota de rocío?  
¡Te diviertes contigo misma!

8.

Un ave cantaba para ti esta mañana  
¡La escuchaste con mis oídos!

9.

¿Cómo lo haces?  
El intenso azul del cielo.  
Cada pétalo de la caléndula.  
¿Por qué me haces escribir esto?

10.

Te tomaste un año para florecer en el jardín,  
Azalea de color rojo sangre,

llegaste como la tormenta y aventaste todos tus pétalos.

Sólo tú entiendes tu misterio.

(La entrada a TU suelo es una alfombra roja).

---

Daniel Frini

56 años

Argentina

### **Ganas de joder a las estatuas**

Hoy me puse los ojos de usar zapatos rojos y llovía. Salí, desnudo, a la calle que olía a números imaginarios. Mis brazos comenzaron a susurrar una melodía color sepia, muy parecida a un viejo blues que cantaba Trixie Smith. Quise llorar, solo por hacer algo distinto, pero no.

Caminé siguiendo planos de tesoros sin el menor asomo de letras equis; esquivando dragones chinos y unicornios montados en pelo por gendarmes con gorros frigos y camaleones invisibles sobre los hombros.

Dos milenios después habían pasado diez minutos y llegué a la farmacia por designio de los dioses o por la más solitaria casualidad. Quién sabe.

Entré. El farmacéutico, boticario de la vieja escuela, me miró de arriba abajo con sus anteojos para leer inglés antiguo.

«Consiga aquí nuestras píldoras para ser más alto», decía el aviso —«píldoras», decía, y no «pastillas»—, «píldoras para ser un guerrero bantú, para tener pelos en la lengua, para ser chueco, para derrotar al enemigo, para que perdonen nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden, para ser pelado, para bailar sobre el puente de Avignon, para adivinar el futuro en las entrañas del café, para escuchar cómo crece el maíz en las tardes nevadas de otoño».

—Caramba —me dije—. Y aspirina. Una simple aspirina, ¿tiene?

Tenía. Y también tenía agua.

La tomé y miré al cartel, otra vez. «Pastillas para la acidez estomacal», decía.

Volví a la calle y seguí caminando por un día soleado, completamente chato.



Carlos Bravo

21 años

México

## **Martha**

*Para Martha Alejo*

Veintidós años  
han servido para resumir  
todas las lágrimas que esculpí en mi cama,  
todos los gritos que se ahogaron  
en silencio por tu abandono.

Cada noche la luna cortaba otra flor de mi cuerpo;  
tú no estabas para cuidarlas;  
mi piel ahora es albina  
por ausencia de tus besos.

Todo ocaso me era un martirio  
al ver mi sombra  
suprimirse en soledad,  
tuve que acostumbrarme al frío nocturno,  
pues las sábanas me eran glaciares:  
aprendí a dormir en cama de mármol.

El árbol de mi casa,  
donde me recostaba mientras esperaba llegada tuya,  
es reloj perpetuo que ha marcado

todo el tiempo que mantuve  
puerta abierta tratando de escuchar el sonar de tus pisadas.

Hoy regresas después de veintidós años,  
con mi alma acostumbrada a tu partida,  
regresas cuando mi brazo  
reposa sobre el de alguien más,  
cuando ya el silencio me arropa  
todas las noches al apagar la luz.

No tienes idea de todo lo que soñaba despierta:  
al terminar de impartir mi última clase  
tú me recibirías en casa,  
entonces no me importaría la cantidad de trabajo  
que tuviera por hacer,  
no importarme que al día siguiente  
debía aplicar examen que no he preparado,  
pasar la noche juntos viendo nuestra película favorita,  
leyéndote los poemas más hermosos que conozco  
e incluso unos de mi autoría;  
que me cuentes de tu día  
o de cuándo volveremos  
a viajar al extranjero.

Tú con tu vaso de licor  
y yo con mi cigarrillo sobre la mano,

celebrando por lo felices que somos.

... tengo miedo, ¿sabes?,  
miedo de tu regreso,  
miedo de lo que sientas por mí,  
miedo de lo que me compartes;

ese temor se viste con tintes de ansiedad,  
pinceladas de nerviosismo.

No quiero lastimarlo,  
él ha sido mi consuelo durante todo este tiempo,  
mi compañero, buen confidente.  
Sin embargo, no he logrado dejar de abrigarte amor.

Tantos años han transcurrido  
que en ocasiones llegué a pensar  
que la fotografía que tengo  
escondida de ti es único  
conducto por el cual puedo  
seguir recordando aroma de tu esencia.

Ya no tengo la misma apariencia  
que cuando nos conocimos,  
ni tú tienes la misma anatomía,  
se mutaron nuestras voces

(nuestro cabello es testigo de ello) ...

Pero indagemos en nuestros ojos,  
averiguaremos que son inmortales,  
como sentir nuestro.

Charlemos.

Estoy bien...

Cuando te ausentaste  
estuve a punto de morir,  
pero un cisne me salvó de fatal defunción;  
ese cisne es Mariela.

A su lado viví para ella,  
pero ahora quisiera vivir para nosotros.

... así que, dime, ¿cómo has estado...?

---

Alejandro Cano García

25 años

Perú

### **Mi patria es una fotografía**

Mi patria  
Es una fotografía en blanco y negro  
Con tantos rostros empolvados  
y una sonrisa mal dibujada.

Yo la miro  
y qué pena me da mirarla,  
tres niños que juegan  
a olvidar el hambre  
y dos que partieron  
a buscarla  
a otros tiempos donde no llegan las aves.

---

Heber de Jesús Muñoz Castaño

62 años

Colombia

### **Triste final**

Era una tarde lluviosa del mes de abril, en abril lluvias mil, época en la que nos encontrábamos en plena temporada de invierno, donde a diario es notorio los constantes aguaceros en nuestra querida ciudad. Y que, además también se encuentra desolada como la mayoría de las ciudades del país debido a la pandemia que nos está azotando.

En el fondo de una de las habitaciones de la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos), del hospital central, en el área de ventilación artificial, suena un monitor con un frenesí inusitado, inundado con su característico sonido el tenebroso silencio que rodea los cuartos de los enfermos que se encuentran más delicados indicando, con su terrible repiquetear, la emergencia que se presenta. El enfermo que ocupa la cama 32 de la unidad de respiración asistida que hace un mes se encuentra luchando por su vida contra el maligno virus, que lo tiene reducido a un manojito de cables, agujas y tubos por doquier, pero, así como empezó de aceleradamente, se fue apagando muy...lentamente hasta quedar en completo silencio, por el pasillo se escuchan los pasos acelerados del personal médico, más que pasos, son pequeñas carreras tratando de llegar lo más pronto posible para averiguar qué sucede, al llegar, se encuentran

con una enfermera de rostro pálido y mirada cansina que advierte: -Este tampoco lo logró. ¿Qué sucedió? ¿Qué pasó? Es la pregunta obligada, la enfermera con un deje de tristeza en la voz responde: -Este también perdió la batalla, su estado era muy precario, su salud se había complicado demasiado, sus pulmones colapsaron, no sobrevivió, es otra víctima más y aún tenemos otros contagiados que también están luchando por sobrevivir, hay dos más que se encuentran en muy mal estado y están en proceso de ser entubados para trasladarlos a la sala de respiración asistida, ¡esto es un verdadero caos! Unos entran, otros salen, es una locura. -replicó la enfermera.-

-¿Quién le avisará a la familia?- indaga el médico internista que se encuentra de turno a esa hora. , Es muy triste, sólo se les informa del fallecimiento a sus familiares y no hay nada más que hacer porque los protocolos de bio-seguridad no permiten que se hagan presentes para reclamar el cuerpo, esto es una pesadilla para las familias que pierden un ser querido, porque todo el que muere por el virus debe ser sepultado lo más pronto posible, no tendrá duelo ni podrá ser acompañado por sus familiares, es una orden expresa de las autoridades sanitarias, para que no se vayan a contagiar más personas de la misma familia cuando se realicen las honras fúnebres, porque así como estuvo luchando solitario contra la enfermedad, así se debe marchar...Sólo, sin quién derrame una lágrima, ni le brinde un último adiós en su partida hacia la eternidad, parece que los contagiados fueran seres sin parientes, ni amigos, ni tan siquiera un doliente, son personas que han quedado a la vera del camino sin compañía y sin esperanza alguna, solo nosotros les rezamos una oración y una plegaria de descanso eterno y los despedimos en nombre de sus seres queridos, que los lloraran a lo lejos, en sus casas, en el más completo silencio, llenos de dolor y angustia por no poder tan siquiera darle el último adiós. Duelo por lo demás, muy triste, porque sientes la ausencia del ser amado y el dolor de la partida es inmenso por no tenerlo, para poder despedirlo, estará sólo en el cementerio, así como estuvo en el hospital... sólo, sin poder sentir la compañía de su familia, ni sus conocidos, se encontrará esperando que llegue la hora de ser sepultado, sin una lágrima, sin un adiós, Sin un te extrañaré, sin una última mirada de quienes en vida lo amaron.

Es la deplorable historia de muchas personas que han sido contagiadas por el maligno virus sin saber dónde, ni cómo y sin darse cuenta se encuentran luchando por sus vidas, en medio de una soledad que los agobia y los debilita, porque la soledad es tristeza, es olvido, es abandono, es melancolía, es la nostalgia de no poder ver, tus seres queridos, tu familia, tus amigos en esos últimos momentos de tu existencia, para poder despedirte y dejar ese recuerdo indeleble, que te hará ser recordado por las acciones buenas o malas que tu hayas hecho y te recordarán hasta que comienza a llegar el paso inexorable del olvido y entonces serás un esporádico recuerdo, en la memoria de los más allegados, la vida seguirá su curso hasta que también a todos nos llegue el día de partir hacia el más allá, en el viaje sin regreso. .Suceso por lo demás nostálgico para los que seguimos en la lucha por el diario vivir, pero es una realidad que nos está acechando día tras día y en cualquier momento también nos llegará y tendremos que vivir el TRISTE FINAL.

---

Erick Pavell Galeana Mayo

20 años

México

### **El amor no existe**

—El amor no existe —dijiste aquella

última vez que

en medio del frenesí

decidimos poner fin a

todo lo bonito que solíamos compartir

Y si el amor no existe

¿Por qué llegamos a anhelar

estar por siempre  
el uno para el otro?  
Si el amor no existe  
¿Por qué fuimos tan  
persistentes,  
tercos,  
aferrados  
en que no terminará esto  
que hoy por tener principio  
tuvo final...  
a pesar de que intentamos evitarlo?  
Si el amor no existe  
¿Por qué después de haber  
quemado tus fotografías  
me sigue torturando durante las noches  
tu rostro en mi pensamiento?  
Si el amor no existe  
¿Por qué intento olvidarte  
y la vida me reprocha  
en cada lágrima que derramo por ti  
que incluso muriendo  
seguiré recordándote?



Si el amor no existe

¿Por qué mi costado

se siente vacío cada madrugada

al no sentir la calidez de tu cuerpo?

Si el amor no existe

¿Por qué evitamos las miradas

al toparnos

casualmente de frente

mientras caminamos en la calle?

Si el amor no existe

¿Por qué no me besas y compruebas

que un beso no revive

lo que sigues sintiendo por mí

y hoy finges haber olvidado?

Si el amor no existe

¿Por qué no tomas hoy mi cuerpo

y mañana lo sueltas sin anhelar se quede

anidado a tu piel por toda la eternidad?

Si el amor no existe

¿Por qué duele este difícil azar?

En el cual no sabemos si por hoy estar

separados por el orgullo

mañana nos olvidaremos...

Si el amor no existe

¿Por qué no me miras a los ojos

y me dices que ya no me amas?

Al fin y a cabo,

sé que será una mentira más,

como esta loca idea de que... el amor no existe.

---

Ricardo Ventura

23 años

México

## **Ginkgo**

*En memoria de Hiroshima*

*y lo que, ante todo,*

*sigue en pie.*

I

Nunca te preguntaste Little Boy

qué ha de comer aquél niño

a quien no lograste arrancar toda la piel

pero sí su raíz genealógica.

Plomo del desahucio

arrojado a ciegas.

Se movió entre la ruina un escombros

sin acertar a ser muro

reconociéndose lleno de una luz  
que todo aniquila.

Alguien se supo vivo en la ciudad muerta.

¿Estarán conscientes,  
apenas vivos  
los dioses allá en los cielos?

Desde las entrañas  
el temor de haber olvidado  
la balada del jardín.

## II

Aún ayer soñaron las aves  
que todo estalla y  
aún así cantan  
algo parecido al perdón  
y vibran cerca  
del tronco siempre vivo  
a sabiendas de que ginkgo se expandirá  
como queriendo abrazarlo todo.

.

## III

Nunca más hojas de uranio  
ni oír entre estallidos de muerte

el silbido del que tiran caballos  
de lomo estrellado  
ojos rojos y  
falsa sangre azul.

Otro agosto, Little Boy  
y desde el cielo algo brilla:  
posa la grulla  
sobre el eterno amarillo.

Nunca más, Little Boy,  
nunca más.

---

Álvaro López Ithurbide

37 años

Argentina

## **Escombros**

El florero cae y estalla contra el piso de madera. El agua se expande y forma un pequeño lago que pronto se escurre y desaparece por entre las uniones del piso de madera. Las flores, aleteando como peces muertos, se esfuerzan por absorber la última gota de vida.

—Mirá— dice y con el dedo señala la vereda que vemos desde la ventana del balcón francés. —Una mariposa muerta en el cordón—. La observo con indiferencia.

—Yo estaba mirando por la ventana —dice— cuando tiré el florero. Por un momento se queda estático, esperando una respuesta que jamás llega. —Y en el momento exacto en que el florero se estrelló contra el suelo, ¡paf!, la mariposa cayó muerta desde el árbol.

Sonríe con esos ojos grandes y marrones que parecen inflarse y ocupar toda la habitación, como si su idea hubiese demostrado su irrefutable genialidad con aquel simple e improbable acto. Yo arqueo la ceja izquierda, la única que puedo arquear. Él resopla y husmea por el living alguna otra cosa para romper. Prendo un cigarrillo y me acerco al balcón francés para mirar la mariposa. Sus alas la envolvieron formando un minúsculo punto azul que resalta en el gris adoquinado del cordón de la vereda. Las hojas amarillentas del otoño alfombran las veredas y en vano busco *las golondrinas en los bandos cielos*, como decía Keats. Más bien, ya no hay cielo para golondrina alguna. De pronto, un fuerte ruido metálico irrumpe y conquista el silencio. Desde la ventana rastreo los gritos con la mirada, hasta que la imagen, tan abstracta como aterradoramente intrigante, aparece en la esquina de la calle. Dos autos encastrados a la fuerza, convertidos en uno solo. Alcanzo a ver movimientos dentro. Una mujer, carne y metal, grita los dolores de parto de una nueva criatura.

Él se para al lado mío. Piensa que no me doy cuenta cuando me saca con torpeza el cigarrillo de los dedos. —¿Qué pasó?—, pregunta. —Un choque, respondo sin desviar los ojos de la trágica escena. —¿Ves? ¿Ahora te das cuenta?—, dice con ese tono condescendiente que detesto. Lo miro sin comprender. —El choque. Rompí un cuaderno—, y al mismo tiempo señala pedazos mutilados en el suelo. Curvo la boca y me alejo de la ventana. Prendo otro cigarrillo. Se escuchan sirenas y más gritos de dolor. Una voz llama desesperadamente a su bebé. Yo, mientras tanto, me pregunto de donde habrá sacado ese cuaderno que destruyó. Muevo la cabeza e intento que se dé cuenta de lo ridículo que se ve.

Él respira fastidiado. Le molesta mi incredulidad, lo sé. Lo miro con lástima fingida para molestarlo aún más. Da un salto y comienza a dar vuelta todo el departamento, rompiendo más cosas a su paso. De la ventana se escucha la sirena de la policía y algunos tiros. Los gritos de dolor se tiñen con saña.

Tres platos, un vaso, dos portarretratos y una taza rota. Según él, tres estornudos míos, un trueno, dos heridos de bala y una niña muerta.

Barro los escombros y siento su mirada furiosa sobre mi nuca. Busco una bolsa para tirar sus teorías. Él se acomoda en el sillón y prende otro cigarrillo. Lo observo con el rabillo del ojo. Apoya sus codos en las rodillas y fuma escupiendo el humo con fuerza, como un espasmo. Ya no quedan teorías desparramadas por el piso.

Tose y se refriega los ojos que lagrimean por el humo del cigarrillo. Me voy, dice de pronto. Se levanta y llega hasta la puerta, toma el picaporte y se queda quieto, esperando algo que no logro comprender. Desde afuera ya no se escuchan gritos ni sirenas. Sólo queda una tumba abstracta hecha de metal y sangre. Tres muertos, dos heridos de bala, toda la escena frente a mi ventana, aunque difusa y pronta a olvidarse. Abre la puerta muy lentamente y la cierra de la misma forma, casi sin hacer ruido. Y el vidrio de la ventana del balcón francés estalla en mil pedazos.

---

Daniela Perez Taborda

17 años

Colombia

### **Como cualquier otro animal mudamos de piel**

embadurnamos con nuestro polvo  
los recuerdos que olvidamos en el camino;  
el beso con el árbol muerto,  
el riachuelo de un sueño.  
Movemos de aquí para allá  
lo que creemos ser,  
los cachivaches del amor,  
el guijarro que deslumbro los ojos,  
el trasto comprado para el hijo que nunca nacerá,  
nuestros pies saben del exilio  
del destierro al que nos sometemos,

respiramos la tierra desértica  
donde ha muerto la maleza,  
ubicamos los muebles de nuevo  
sin advertir que ellos se han perdido en el espacio,  
los niños vuelven a gritar cuando encuentran sus juguetes,  
arman un mundo en medio del desorden,  
los niños ya grandes miran el hogar  
en el que reposa el regazo tibio de la madre  
y desean regresar al útero desangrado por el tiempo.

---

Alma Karina Enríquez

24 años

México

## **¡Destruyelo todo!**

Hola mamá:

Sabía que encontrarías esta carta, nada difícil pues siempre ha estado debajo de mi almohada. Lamento que no sea una carta como las que te he obsequiado, si la estás leyendo en este momento significa que te encuentras desesperada por no saber nada de mí, así que te atreviste a revisar en mis cosas. Me imagino que se te hizo raro encontrar una carta debajo de mi almohada en un sobre color negro y letras rojas que dicen “destrúyelo todo”.

Imagino tus ojitos llorosos y el nudo en tu garganta, tal vez tus manos están temblorosas, al ver que preví que llegaría este día que no pude regresar a casa. Debería ser un delito que te hagan vivir con tanto miedo, ¿No lo crees?

Por favor no creas que yo fui también culpable, a través de mi manera de vestir, el lugar donde andaba o la hora que era, odiaba ese sentimiento que me provocaba el ver estas frases injustas tan llenas de machismo. ¡Ya bastante era el miedo que sentía!

Claramente, en estos momentos no se en dónde estoy, ni quién es el culpable. Puede ser un desconocido, o alguien en quién alguna vez te dije que confiaba. Quizá mamá, quizá ya me han hecho innumerables cosas, ni siquiera sé si podré verte de nuevo. Espero no tardes mucho en enterarte de mi paradero. Creo que es mucho peor nunca saber qué pasó conmigo que tener la certeza de que me han asesinado. Por ello, te prometo que estoy haciendo todo lo que esta en mis manos para escapar de este infierno, aunque me cueste la vida. Quiero que sepas tú y papá qué pasó conmigo.

En caso de que ya te hayas enterado que he muerto, quiero decirte nuevamente esas dos palabras que por nada quiero que olviden: los amo. Gracias por tus consejos y tu inmenso amor incondicional. Lamento estar haciéndolos pasar por estos momentos tan amargos, no pedí ser mujer. Recuérdame como tu niña que viste crecer, tan cariñosa e inocente, no dejes que lo que me pasó pueda manchar ese recuerdo. No dejes que mi sangre manche mi alma.

Te preguntarás también porque dirigí la carta a ti, sino vivo con ustedes. Nada difícil de saberlo pues, sé que ese amor que me tienes y por el simple hecho de ser mamá no dejarás que a nadie más le pase esto. Dale a leer mi carta a mi hermana, a mis amigas, a quién sea, con tal de que hagamos que alguien sea consciente de lo que está aconteciendo nuestro país. ¿Recuerdas lo que hablamos en un par de ocasiones por llamada? Dijimos que seríamos capaces de todo para que la muerte no quede exenta, no temas de alzar la voz, rayar monumentos. Que no te preocupe causar alboroto. Lucha por defenderme. No me regresarás a la vida con eso, lo sé, pero por lo menos contribuirás a que alguien más no viva nuestro dolor.

Si mi muerte les hace ruido, ayuda a que sean más conscientes, empáticos y se olviden de los prejuicios. Entonces sabré que mi muerte habrá valido la pena.

Mamá, por ti, por mí, por nosotras: ¡Destruyelo todo!

Con amor, tu hija que no dejaron volver a casa.

---

Eduardo Omar Honey Escandón

51 años

México

## **Manifiesto sobre el reino de los reflejos en fotografía**

*Un reflejo, eco de la realidad,*



*saludos de la otredad aliciana,*

*cortina de utópicos escapes.*

*Sir Gateway Node*

No le tengo horror a los espejos como Borges, sólo a mi imagen reflejada: no me gusta verme. Encuentro en los reflejos un escape y un pretexto. Así que empecé desde pequeño a mirar para otros lados y fue cuando me topé con el Reino de los Reflejos. Existen allí varios ámbitos aunque bastará con un listado inicial.

El reflejo directo, el evidente que dan los espejos: el del baño, al costado de un auto, al interior de un elevador. Son los reflejos que no piden permiso, que te asaltan de frente. Debido a esto son los más simples y menos retadores. Por lo general están verticales, a la altura de la mirada. Cuando son orgullosos cubren todo el cuerpo. Casi siempre tienen el mismo nivel de luz y en la misma posición (bueno, con la excepción de los reflejos móviles en autos). Son los reflejos de clase trabajadora: siempre fieles a pesar que rogamos mentiras o que nos cuidan al vigilar nuestros puntos ciegos. Cabe mencionar que también hay los picarescos: aquellos que cuelgan de los techos de ciertos moteles. El reto con ellos es romper la normalidad inversa que nos presentan y que todos conocemos. ¿Quién ha puesto un espejo en el suelo? ¿Oculto entre sombras? ¿Quizás dialogando con otros espejos? ¿O mostrando parcialidades en vez de totalidades? ¿Un espejo roto son siete años de mala suerte o un bello accidente fotográfico? Si los espejos tienen formas regulares, ¿un trozo irregular es una bienvenida a una nueva imagen? Estos reflejos se tratan con respeto porque de vez en cuando hacen la broma de mostrarme.

El reflejo posible, el que se insinúa en las ventanas o en cristales de cualquier lugar (un centro comercial, un paradero de autobuses, ciertos monitores, etc.). Es cercano al reflejo directo pero distinto en carisma y capricho de luz. En la calle dependen de la luz ambiental para decidir tener personalidad o algo que contar. En interiores pueden ser traicionados por las luces del techo o de una lámpara. Por lo general los mejores están a la sombra en un día soleado. ¿Cómo es esto? Tomen una calle a temprana hora donde el sol caiga en diagonal. Supongamos que la luz pega del lado derecho, lugar de donde casi todos huyen para tomar algo del calor matutino. ¡Alto! Den la vuelta y miren hacia la sombra: si las casas o negocios tienen cristales en la fachada descubrirán el reflejo de la zona con iluminación. Allí está la maravilla. Con paciencia y tiempo notarán cómo la luz se mueve hasta que el reflejo duerme en la esperanza del día siguiente.

Si tienen oportunidad de apreciar este ciclo por semanas y meses se darán cuenta que también la iluminación y el reflejo tienen su ritmo. Estos son los reflejos desconocidos,

los que no prestamos atención (fuera de algún niño maravillado) y que existen diariamente a nuestro alrededor. Para fotografiarlos a veces hay que tener especial cuidado: si hay mucho brillo del lado de sol se requiere un adecuado manejo de exposición. Para esto es muy útil el empleo de medición puntual sobre la región más iluminada. Así se compensa el resto y las sombras alrededor dan un toque poético.

El reflejo acuático perecedero. el que nace por aguas itinerantes y que muere ante el polvo y suciedad. Nace por lo general tras una lluvia (las de primavera generan inocencia, las de verano tiempos de libertad y las de otoño anuncian despedidas). Son mis preferidas, las que casi siempre cazo: si cae una lluvia y es buen momento por la tarde, salgo con la cámara a capturar las joyas brindadas por el clima. Los amo porque son fútiles y porque son pequeños cantos al Eros y Tánatos. Son los reflejos que casi todos insultan ya que son esquivados o pisados. Por lo general nadie se detiene ante ellos y los observa con cuidado. Sin embargo, en ese anónimo desprecio es cuando surgen enormes poemas a lo urbano y a lo campestre. Brotan como hongos en muchos lugares y si los rodeas te replicarán en un diálogo de imágenes. Nunca los veas desde el mismo ángulo o posición: arrodíllate, ponte de puntillas, mueve la cámara en posiciones y ángulos insospechados. Cada reflejo tiene mucho que decir. En particular, cuando los tomas recién nacidos, puedes acunar la dualidad del reflejo y del fondo ya que tienen la debida transparencia. Juega con el enfoque manual entre los dos ámbitos: cada uno tiene su poética y su sentido. Si los tratas con respeto y amas mirarlos, ellos te acompañarán toda la vida y contarán más de un secreto. Algo que es agradable del otoño es que proporciona hojas y ramas que alimentan al reflejo y le confieren un discurso distinto. Esto, a su vez, nos enseña que también podemos jugar con el reflejo (p.e. la sombrilla con la que uno sale en espera del siguiente chaparrón), con las personas que pasan o un niño que le encanta brincar charco tras charco. Puede ser buena idea escoger uno y esperar a ver qué le ocurre.

El reflejo acuático atemporal, creado por lagos, lagunas, fuentes y otros elementos que no dependen del azar líquido para su existencia. Es la versión líquida y vasta del reflejo directo. En paisajes es el punch para una toma, para una plaza de un pueblito es un tema decorativo, en la arquitectura contemporánea es un elemento integral. Cada uno tienen sus momentos y cualidades. Cuando hay un paisaje por medio es de los reflejos más respetados y queridos porque son lo que generan una "bonita foto". Dada su dimensión y distancia difícilmente se puede hacer algo más. Es cuando el empleo de técnicas de posprocesamiento (p.e. pasar a blanco&negro, sepia, proceso cruzado, etc) puede dar otra dimensión a la imagen típica. En cambio, cuando es una fuente, pueden ser todo un reto obtener algo diferente a una mera foto decorativa. Aquí la solución es buscar un momento del día en que haya personas sentadas alrededor o cuando no las haya, quizás por la noche y se aproveche la iluminación

nocturna (por favor carguen siempre tripié para estas ocasiones) para crear el encuadre justo. La ventaja que se tiene es que ni la fuente ni el derredor se mueve y pueden experimentar a gusto. Finalmente, para esos espejos y fuentes relacionados con arquitectura permiten integrar elementos diseñados para considerarse en conjunto. El reto es buscar esa foto que nadie más ha visto o tomado: quizás una nube, una persona pasando, un momento en que haya poca agua, a la mitad de un aguacero, durante una exposición de arte plástico, etc. Incluso (de preferencia con permiso) agregando objetos o modelos como parte de la toma.

El reflejo artificial. Es el que cualquiera puede crear manipulando líquidos (no sólo el agua refleja) o sólidos como fragmentos de espejos o cristales. Soy pionero en este reino y me intriga, pero por el momento prefiero ser cazador que creador. En este último reino se habla con reverencia de los Amos del Reflejo. El tiempo dirá si también seré uno de ellos.

---

Jéssica Luisa Lupaca Chaparro

38 años

Perú

## **Ficción**

Hoy descubrí que nada es real, salgamos o nos quedemos aquí encerrados, nada de cuanto existió volverá a ser lo mismo, aunque hiciésemos los mayores esfuerzos por detener la ola asfixiante de la desolación. Mi hermana Estela sacudió la almohada hecha jirones casi mecánicamente, pretendiendo sostenerse en una realidad extinta. Nos quedaban apenas algunas migajas de panecillos que se revolvían en el plato una y otra vez ante nuestros desvaídos intentos por soportar la vida. Lo que nos aguardaba afuera era la angustia de sabernos con vida en medio de la extinción, sin embargo, aquello no nos desconcertaba ya, habíamos sobrevivido a la catástrofe, mirábamos de pie tras la ventana el suave crujir de la muerte llevándose a miles de seres sin nombres ni rostro. Desde hace mucho nos habíamos recluso y sin salir de nuestra casa esperábamos el llamado de la muerte; pero no llegó para nosotras, apenas se había llevado a nuestros padres en solitario cortejo hacia el hospital, sabíamos que no los volveríamos a ver cuando expiraran desde la camilla palabras entrecortadas de constante dolor.

Superamos al fin los días de funesta espera, sin saber si quiera si alguien más, a parte de nosotras, se mantenía con vida. La primera en salir fue mi hermana y mientras lo hacía murmuró entre dientes:

-No sé si pueda ver esto, hace tanto tiempo... No recuerdo ni mi nombre, menos el tuyo, hermanita.

Sus débiles pasos como sobrellevando una resignación a cuestas me hablaban también, una lejana letanía de vuelo interrumpido se estremecía. Aquella era mi hermana, dubitativa, infeliz, no se parecía a aquella resuelta mujer que conocí hace tres años. Para darle ánimos le dije:

-Ya somos libres, libres de salir, de sobrevivir fuera, siento que todo a acabado, tú y yo lo sabemos, es lo único que sabemos ahora.

-No lo sé, hermana, ¿y si el virus vive aún entre nosotras?, ¿será posible contagiarnos en este campo de aflicción?

No quería oírla, sabía muy dentro de mí que todo había acabado, incluso el mundo, nada era real, éramos criaturas del purgatorio o seres sin alma soñando despertar. Sin embargo, había concluido la etapa más triste de la historia que conocíamos.

Mis manos se agitaban confundidas ante la brisa extraña y letal del norte, íbamos tan juntas que chocábamos en movimientos imprecisos. Queríamos reír y llorar al mismo tiempo, pero no teníamos fuerzas ni si quiera para levantar los brazos o gritar. La ciudad estaba completamente vacía, el olor putrefacto era intolerable, no queríamos ver más horror, pese a ello, por única vez nos deshicimos del miedo y recorrimos cada calle, cada instante se hizo más lacerante, sabíamos que solo eso nos quedaba por hacer.

De pronto, antes de que mi hermana exhalara su último suspiro, cogí su cabello y rostro hacia mí, quería aspirar el veneno del virus para seguirla allá donde iba, no soportaría quedarme viva en un mundo que no existía.

---

Delsa López Lorenzo

66 años

Cuba

## **Tormenta local**

El viento, la lluvia y los truenos, se adelantan al pronóstico de su sistema y lo toman desprevenido. Tampoco ha previsto la intensidad de la tormenta, que inexplicablemente, supera lo consignado en la lectura de advertencia. Sentado en un tronco escucha el retumbar que precede a los relámpagos y teme ser víctima de una de las tantas centellas que alumbran el firmamento. Sus pensamientos viajan hacia

la emisora local donde su esposa frente a sofisticadas cámaras y micrófonos anuncia el acontecer diario. También recuerda el asombro de su hermano cuando le dio la noticia de su unión con alguien tan diferente a él.

Se pone de pie ansioso por alejarse del palmar donde ha laborado por tantos años, pero apenas comienza a moverse, cae fulminado por un rayo.

Al restablecerse las comunicaciones la locutora con voz quebrada y ojos enrojecidos, ofrece a los televidentes los primeros reportajes de la zona afectada: una de las imágenes más impactantes –comenta es la figura totalmente calcinada del desmochador de palmas, que yace con las cuencas vacías, la boca descolgada y los miembros deshechos. Según especialistas que realizan una inspección in situ, no existe ninguna posibilidad de reciclaje para nuevo diseño—finaliza la comentarista que no espera a que cambien las cámaras para desmontarse la cabeza y otras piezas del cuerpo.

---

Carlos Saldívar

38 años

Perú

## **Odiosa llegada**

El último hombre sobre la Tierra estaba sentado solo en una habitación de su casa

Tocan a la puerta...

Sabe quién ha venido. No se trata de un visitante, sino de varios.

Pensó que tardarían mucho en encontrarlo, sin embargo, llegaron rápido.

Es necesario contarle todo desde el principio. Hubo una pandemia en el mundo, llamada COVID-19, que causó serias medidas de protección entre la población del globo y severas normas por parte de los gobiernos. Algunos pensaban que el virus era de origen natural, otros creían que había sido creado en un laboratorio. Surgió en el otro lado del planeta, pero llegó a Perú, donde vivía el sujeto, el cual tomó las precauciones necesarias. Se fue a vivir a la cima del Huascarán con víveres para muchos años, en una fortaleza. El hombre era millonario y abandonó a toda su familia para salvarse a sí mismo. Sabía que a una gran altura la amenaza invisible perdía efectividad. No obstante, el virus mutó, se hizo más agresivo y los asesinó a todos, a excepción de él. No quedaban otros humanos. Lo peor fue que el coronavirus creció, tan grande como una persona, y ahora podía fusionarse con su huésped. Se multiplicó,

pero ante la ausencia de individuos fue muriendo, hasta que solo quedó un puñado que podía oler, rastrear al último habitante de la Tierra. Es así como, tras una intensa travesía, donde fallecieron muchos de estos virus gigantes, poco más de un centenar logró encontrar la residencia del hombre.

Llaman insistentemente a la puerta. El varón sabe que no debe abrir, puede verlos desde las cámaras instaladas en las afueras de su hogar: son horribles, rojizos, redondos, llenos de apéndices que le recuerdan a ciertos horrores lovecraftianos de los libros de ese gran autor que estuvo leyendo hace poco.

No les hará caso. Los muros de acero están desinfectados. La amenaza visible no podrá penetrar. Sin embargo, siguen golpeando, aporreando el umbral; eso desespera al tipo. Debe eliminarlos, es la única solución, si no, no conseguirá dormir. Empero, no sabe cómo enfrentarlos. No guardó armas en su vivienda. Además lo superan en número.

Maldita sea, se dice, el último hombre vivo, ellos no se detendrán, lo necesitan, es un exquisito manjar. Treparán los muros, rodearán el domicilio, y cuando lo tengan cerca, se pelearán entre ellos para conseguir a su presa.

No conseguirán ingresar, es imposible, empero, el ruido que hacen es intolerable. Han empezado a gruñir, a rugir cuales bestias salvajes. Solo hay una solución para el tormento.

El último hombre vivo sobre la Tierra no podrá vivir con auriculares por siempre, debido a ello decide destruirse el sentido de la audición. No habrá de escuchar su música preferida nunca más. Lo bueno es que tampoco los oirá a ellos: los infernales coronavirus, los cuales se han adaptado al clima frío de la zona y no perecerán fácilmente. Estarán años allí, tras él, lo harán pasar por el suplicio de saberse asediado.

Internet ya no sirve. No obstante, el sujeto tiene una nutrida biblioteca en su celular. Encuentra el libro apropiado. El procedimiento para provocarse sordera es complicado pero eficaz, y realizado con cuidado, llega a ser indoloro. Se prepara.

Más bullicio obsceno en las afueras de su morada.

Es hora de hacerlo, se dice, riéndose a carcajadas.

Silvia Alejandra Postigo Segovia

21 años

Perú

### **Sólo son niños**

Los objetos del cuarto empezaron a surgir frente a mis ojos cada vez con mayor nitidez, parece que regreso del sueño. Inclino mi cabeza y la almohada se cae, allá está la tele malograda, ya conseguiré otra nueva, he ido juntando los sencillos de fin de mes. Probablemente no viaje a ver a mi madre estas vacaciones, otra vez, llamará indignada. Escucho llorar a los niños del inquilino de a lado, pienso, no es muy diferente a mi infancia. Veo la puerta de reajo, está bien cerrada; a veces, los niños de la vecina se escapan desnudos e irrumpen en mi cuarto para pedir que les ayude, su madre les pega. Ella llega con esa sonrisa nauseabunda—son niños— dice —usted entiende—. Y se va sujetando sus niños como dos trapos de nada.

Me levanto y comienza el dolor punzante en la cabeza. Ya oscureció, saldré a buscar algo de comer. Cuento las monedas—dos...tres soles, a nada—. El parque de al frente es un verde opaco de postes torcidos. Un borrachito tendido en el suelo gira su espalda y me saluda. Regreso al departamento con pan y tajadas de jamón de la bodega de la esquina. Veo en las rejas de la entrada una niña que no es de por aquí con vestido corto, está en cuclillas abrazando sus piernas y con la cabeza gacha. Pasaré rápido, no quiero problemas. Pero la niña, temblando, me sujeta la pierna. Marcan las 7:00pm y da inicio el mecanismo de la piedad absurda que logra convencerme y bajo los hombros a la altura de los suyos. — ¿Qué te pasó?—. La niña no responde, hay un miedo que le esconde el rostro. — ¿Qué te pasa, pues?, si no te dejas ayudar... Ella reacciona y llora, me dice que se fue de no sé dónde pero no quiere volver. Esto es cosa de la policía, —vamos, párate. Sin embargo, ella no quiere moverse de allí, las luces amarillas del poste parpadean, ningún transeúnte, y le veo en la entrepierna una línea de sangre. Con más razón: que vamos, que párate, que nada. Ella suplica por cincuenta soles, que se irá lejos. Le veo la cara de doce con moretones, cabello desgredado, empapado de sudor, y en los brazos arañazos. —Con cincuenta soles no haces vida—.

Le abro la reja del departamento y subimos silenciosamente hasta el tercer piso, solo puedo darle unas ropas y dos panes con jamón. Le paso un trapo para que se limpie la entrepierna, le doy la única silla del cuarto, y me acomodo en el reducido espacio sentándome en la cama. Mientras, apago el hervidor y sirvo. —toma, para ti—. Parece más calmada. —¿Tus padres?—. Ella no responde, está como que acá, pero perdida en otro lado. Solamente reaccionó al pan, mordiendo con tristeza cada trozo,

pensativa. —Mira, solo puedo darte esto, pero tengo que llevarte con los que se encargan de ti— ella asiente lentamente.

De pronto, mi celular comienza a timbrar, cuelgo. Era mi madre, seguro para reclamarme, ¿Con qué excusas más seguirá llamando?, me fui de su casa porque estaba harto de su vida entremezclándose con la mía. Me pulsa la sien, la niña se puso a mirar desde la ventana estrechando algunas lágrimas y dando las últimas bocanadas de pan. Por un momento, si no es la lumbre blanca y mi vista cansina, creí proyectarme en su silueta. Entonces, se nubla mi alrededor y realmente soy yo el que está en la ventana. Se entrecruzan por mi mente cuadros borrosos de recuerdos infantiles. Mi madre buscando cobrar sus insatisfacciones a golpes y un cuerpo desnudo a su lado, lllagado de marcas salvajes. Solo son niños ¿no?

Me levanto de la cama y saco los cien soles de abajo de la tele malograda, lo meto en un morral junto al último pan con jamón y se lo doy —Esto que ves, guárdalo bien— le digo. Bajamos al primer piso con la misma reserva de entrada, hasta las rejas. La acompaño unas cuadras hasta la parada del bus y la dejo ahí, después, todo es suerte. Regreso a casa, veo con resignación la tele malograda, tendré que reiniciar los ahorros de fin de mes, nuevamente. Los niños de a lado ya no lloran, espero que no lo hagan más. Ya sin nada en el estómago me voy a recostar, recojo la almohada y mi extendo encima.

Los objetos del cuarto empezaron a desvanecerse frente a mis ojos tornándose cada vez más borrosos, parece que regreso al sueño.

---

Oscar Daniel Araiza Lona

32 años

México

### **Luz y carne**

Lentamente el humo que emanaba de las brasas, contenidas en el incensario llegaba a los orificios nasales, que poco estaban acostumbradas a tan pesado aroma. El perfume de copal quemado y agrio sudor se había vuelto habitual en aquellas noches de desvelo en donde el estudio teológico debía ser más importante incluso que la última comida del día.

Las lágrimas que humedecían la venda que contenía uno de sus más preciados sentidos, le recordaban que esas cenas o la comprensión de los textos divinos poco importaban ya.



La búsqueda de expiación en aquel momento, ya no era propia ¿tenía que desobedecer a un mandamiento para terminar tal suplicio? Se distraía un poco de su situación actual pensando que era el quinto mandamiento según lo habían adoctrinado en la catequesis. ¿Era ese? Aquellas enseñanzas en años de pre-adolescencia ahora le sonaban distantes si no, ya inexistentes.

El peso de su alma no era tan insoportable como el lastre de aquello que le oprimía por encima de la espalda. Y aquel espantoso miasma, que se percibía tibio y quemaba aún más que el dulce amargo del mineral que se consumía de a poco en la sacrílega vasija, que sólo miraba morbosa con su ojo ardiente el profano hecho que se consumaba, sin apresuración ni obstrucción alguna.

La tenue y sombría luz que, temerosa se asomaba entre las majestuosas columnas de aquel monstruoso templo, poco se levantaba para proferir un susurro o alguna palabra de aliento.

Los días más gloriosos del oscurantismo del pensamiento y la falsa iluminación que otorgaban los metales preciosos, se reflejaban en las lágrimas que corrían en cada pómulo. En su mirada, con la venda ya caída por las violentas sacudidas, los acabados barrocos, las imágenes virginales de bronce y las miradas de personajes santificados en tiempos muy lejanos, se apagaban. Su espíritu, devoto, debía mantenerse solemne, cimentado por unas enclenques y castigadas rodillas; esos pequeños soportes de carne y hueso se notaban tan radiantes como los últimos momentos de la cabeza de aquel a quien coronaron con espinas y fustigaron hasta secarle.

Un heraldo de la iluminación, con una segunda piel de algodón que recubría a la primera, que más bien proyectaba sombras de una bestia carnívora, gustaba de saciarse con sollozos ajenos, sudor que limpiaba a lengüetazos y cuando emanaba más amor por su prójimo, gotas del humor carmesí contenido en el cuerpo humano.

La penumbra que se proyectaba bajo la capucha del immaculado heraldo, era, comparado con su alma; un resplandeciente astro en su máximo fulgor de vida. Los crímenes cometidos por esa silueta, no podrían ser redimidos en decenas de generaciones.

Y el pobre devoto, que sin sus atavíos y arrodillado tenía que esperar al término de la búsqueda del heraldo por iluminación, no entendía, por qué el amor que le proferían antes de llegados once inviernos en su vida, se daba de forma tan dolorosa.

Y una revelación, que tuvo como vehículo inocentes gritos que clamaban auxilio, se perdían en la estridencia del grotesco espectáculo de la apresurada vida diaria fuera de ese medieval edificio, en pleno siglo XX, en algún lugar del ombligo de la luna.